



Edición facsímil del
ARCHIVO DEPORTIVO DE SANTANDER
de Fermín Sánchez González (Pepe Montaña)

Aurelio Quintanal, José Termes, Manuel Peñalver, Miguel Villabeitia y Alejandro San Emeterio.

«Montañés».—Capitán, Luis Aedo; F. E. A., Francisco Quintanal, Enrique Setién, Amado García, Fernando Alonso, Victoriano Urbina, Julián San Juan.

Cuentan que «jugaron con todas la de la ley, y eso que no tenían el estímulo del público, pues éste no aplaudió por desconocer bien el juego».

El tanteo, fué:

«Montañés» 0 0 1 0 1 2 0 0 1 = 5
«Cantabria» 1 0 2 0 0 1 1 0 0 = 5

Por ser tarde no se desempató, pero se pretende hacerlo en otra fecha, para la cual se hará una rebaja en los precios de las localidades.

Y ahora el último parte oficial: «En una entrada sufrió un capitán un pelotazo en las narices, que se le pasó nada más que lavándosele con agua fría.» Y agregaba el crítico: «ello es debido a la temeridad de jugar sin careta el que se coloca detrás del bate, para recoger las pelotas que con toda fuerza le tira el *picher*».

Y con este comentario y con anunciar, el día 9 de septiembre de este año de 1903, que el organizador del *Basse-Ball* en Santander había disuelto los bandos y se trasladaba a Bilbao, para organizar este deporte, se sume en el mayor silencio la vida fugaz de un juego que no encontró el calor preciso para desarrollarse en nuestra ciudad.

BOLOS

Un bando célebre.—Alfonso XII, jugador de bolos.—Un fallo con crítica.—Debut de Mallavia, el viejo.—Inauguración de Las Boleras.—Federación Bolística Montañesa.—Primeros campeonatos oficiales.—Sin brújula y a la deriva.—La «Cuerda» Royalty.—Primer campeonato oficial.—I Campeonato de la «Cuerda» Royalty.—Los «zurdos».—En la Feria de Muestras.—Otro intento malogrado.—Un mano a mano célebre.—I y II Campeonato de España.—Dos campeones nacionales: Salas-Gándara.—Del «estacazo».—Ángel Maza, campeón de España.—Nuevos campeones de España.—El cisma.—Campeonatos con ausencia de «ases»

UN BANDO CÉLEBRE

Figúrese el lector el Santander del siglo XVII. Rodeado de muros, con foso exterior para su defensa por la parte de tierra y con el mar lamiendo el resto de su contorno, como parapeto natural contra sus posibles enemigos. Un castillo, que atalaye la entrada del puerto, hasta divisar la Peña de Mouro, y una abadía con su torre cuadrada, predicando a los cuatro vientos la religiosidad de sus moradores. Siete puertas: San Francisco, Atarazanas, San Nicolás, Santa Clara, la Sierra y el Arcillero, abren el paso a los labriegos de sus alrededores, y una Ribera deja entrar hasta las Atarazanas los barcos de vela. Hay un claustro en el templo de los Santos Mártires, con jardín «fragante siempre», donde pasean clérigos y hombres versados en Humanidades. Fuentes de agua purísima: Santa Clara y de la ciudad dentro de la zona amurallada, y San Francisco, Becedo, Bóveda, Río de la Pila y Molinedo, a las que va la gente plebeya a llenar sus cántaros. Edificios de piedra y madera, en un reducido espacio, presididos por dos monasterios famosos: de frailes de San Francisco y de monjas de Santa Clara. Comercio de lanas y harina de Castilla para Ultramar; rivalidades y pendencias entre sus contados habitantes, que las dirimen muros adentro no pasando de la fuente de Becedo; pescadores que no se alejan mucho del puerto, porque la pesca es abundante y exquisita. Una grúa para toda operación de carga y descarga, que es el pico avanzado del muelle viejo, y allá, en las alturas de la colina, muy cerca de su cúspide, sobre la que está recostada tomando el sol del mediodía, la bella ciudad que forma parte de las Asturias de Santillana, una rica viña, que completa los frutos y granos de toda la huerta vecina. Y para regir esta villa de San Andrés, hay seis concejales, un secretario y un procurador, que, elegidos al comenzar el año en la capilla de San Luis, de la iglesia de San Francisco, por los principales de la población, están revestidos de la máxima autoridad y defienden, hasta si preciso fuera con su vida, «los privilegios e inmunidades, que ni el Rey, ni ningún otro señor» puede quitarla. Hay un pregonero que anuncia públicamente los acuerdos y providencias de estos magistrados de la ciudad. Por el año 1627 este buen hombre tuvo que hacer redoblar su tambor para que los habitantes escucharan un acuerdo del Concejo santanderino. Las calles mal empedradas o simplemente «sorrapeadas» a fuerza de azada, servían para que en ellas se jugara con demasiada frecuencia al juego montañés por excelencia. Es posible que las boleras improvisadas impidieran el tránsito, más de una vez, de las carretas castellanas y montañesas, que traían

y llevaban mercancías al puerto, o que las discusiones de los jugadores fueran tan acaloradas, que turbaran la paz y sosiego de la vida íntima y recogida de los santanderinos. Fueren éstas u otras las causas, lo cierto es que el juego de bolos se practicaba con asiduidad, con lucha en las calles y en todas las ocasiones propicias. Y para poner en orden la desorganizada vida urbana, los hombres de bien que regían la villa, se reunieron solemnemente, bajo la presidencia del alcalde mayor don Santos Villegas, y tomaron el acuerdo de prohibir jugar en calles, entregando el correspondiente bando al pregonero, para ser leído en los sitios de costumbre. Y el probo funcionario, con la pompa y gravedad de su cargo, en voz alta y entonada, después de desenrollar pausadamente el manuscrito, leyó así:

«El Concejo de Santander, a 29 de junio de 1627, hubo de tomar este acuerdo: »Que se pregone que ninguna persona sea osada de jugar a los bolos en ninguna calle de la villa so pena de doscientos maravedís, aplicados por tercera parte entre Juez, Villa y denunciante y que sean castigados con todo rigor.»

Y el buen pueblo, sumiso y respetuoso, lo cumplió, buscando en las afueras de la ciudad lugar donde poder satisfacer su afición favorita. Afición, que transmitida de padres a hijos, de generación en generación, nadie sabe cómo ni cuándo nació, aunque la gente docta cree que el juego es genuinamente montañés. Mas la primera noticia que se ha encontrado en las viejas reliquias de la historia santanderina, la que tiene marchamo oficial, es la que transcribimos, como hallazgo interesante, que no podía faltar como pórtico de este ARCHIVO DEPORTIVO del juego de bolos. Y quiera Dios que otros más afortunados en la investigación, puedan ofrecernos fechas más rancias y sabrosas. Por lo pronto, ahí queda esa.

ALFONSO XII, JUGADOR DE BOLOS

La Montaña tiene un deporte propio, ideado por sus hijos—¿sabe Dios cuándo!—y conservado de generación en generación, como la más pura, higiénica y noble de sus diversiones. Los pueblos de la provincia de Santander, los de las altas y orgullosas cumbres de Peñas Arriba y los de los Valles que bajan al mar, siguiendo el curso inofensivo de sus ríos; los de las Vegas pasiegas y los de las Siete Villas; los de la Abadía de Santillana y los de la ermita humilde de la Virgen de las Nieves, en Campóo, todos tenían la misma estampa costumbrista en el siglo XVIII. La aldea montañesa era praderío jugoso; mies amarilla con panojas que brillan al sol de agosto; iglesia de torre cuadrada y porche con alero de teja roja y curvada y, junto a ello, su corro de bolos, abierto a todos los espectadores; sencillo, abrigado por álamos, robles o cagigonas centenarias; con su terreno duro, sus bolos de madera ligera para ser fácilmente derribados por el golpe de una bola hábilmente lanzada sobre ellos, y unos mozos robustos, con brazos poderosos para «trabajar» con el estilo clásico una bola «a la mano» o «al pulgar». En estas típicas boleras, los días de fiesta, severa-

mente dedicados al descanso, por imposición de un profundo sentimiento religioso, los buenos hombres del lugar se congregaban para jugar sus partidas.

Y había de ser en domingo o festividad religiosa, porque en los pueblos de la Montaña se perseguía al holgazán, era obligación el trabajar toda la semana, para descansar, como Dios ordena en sus mandamientos, en los días de precepto religioso.

Y este divino mandato quedó bien expresado en las ordenanzas municipales, algunas, como las del año 1722, de Ampuero, taxativamente decían en su artículo 36:

«Item por lo perjudicial, que es en las Repúblicas, y más especialmente en las que casi todos los que las componen viven del cuydado de sus haziendas, y propia industria, como en ésta, el que se permitan juegos, ni toleren gente veldia, y olgazana, está ordenado, y aora de confirma, y repite, que ningún vezino pueda ocuparse en el juego el día de trabajo, de día, ni de noche, no hallándose con conocidas y suficientes conveniencias, como tampoco (sea de la calidad o medios que fueren) el día de fiesta, hasta que se ayan dicho las Misas Mayores, y si lo hizieren se les castigue en los cien maravedises de la pena ordinaria; y cualquiera, que viva del trabajo, si se hallare holgando considerable parte del día, pague la misma por cada vez, que assi se le hallare ocioso; y si no obstante permaneciere con el mismo descuydo, y poca aplicación, se dará cuenta a la Justicia Real, para que se le castigue con mayor severidad.»

Y estos mandatos se cumplían inexorablemente, sin que hiciera falta formular denuncia alguna, antes al contrario, los bolos sólo se sacaban al corro cuando la gente salía de misa mayor, aunque por la mañana hubieran ido a cumplir este precepto los más madrugadores. Unos y otros esperaban a que saliera el sacerdote de la iglesia para, todos juntos, labriegos, médico y cura, encaminarse lentamente al lugar del juego de bolos. Una vez allí, los viejos, con sus cachavas, sus albarcas de altos tarugos y su pipa en la boca, se sentaban en las paredes de piedra que limitaban la palestra; los hombres metidos en años, en mangas de camisa, ocupaban el terreno de la lucha, donde no había más trofeo deportivo que alcanzar la victoria para no pagar los cuatro cuartos que costaba el cuartillo de vino blanco que tomaban los jugadores, muy despacio y en varios sorbos, como si gustaran de recrearse en aquella modestísima libación. Y la partida, jugada sin más regla de juego que la que la costumbre había trazado, se deslizaba tranquilamente. Ni jueces, ni árbitros para dirimir las dudas que surgían, sino la simple consulta que se pedía al más viejo del lugar que presenciaba la pugna, para que recordando lo que el uso había impuesto como ley de juego, diera su opinión. Y el fallo emitido, que no estaba escrito más que en la tradición oral, se respetaba, y siguiendo el consejo del viejecito, se cumplía por todos los presentes del corro, lo mismo por el señor cura de teja de ala grande, que por el médico de polainas altas, que por el indiano de sortijona y cadena de oro. Y es que se hacía deporte de la manera más ingenua y sencilla. Por eso era puro y sano y como todo respiraba sencillez, contagiaba a los que veían jugar este noble deporte. Y primero fueron los aldeanos los que le practicaron; después, los señores de los pueblos, que gozaban alternando y partiendo el pan con sus convecinos; más tarde, los que, oriundos de la Montaña, acá volvían en la época estival, buscando la alegría y clima benigno de

nuestros veranos. Y de vez en cuando, lo más elevado de la Grandeza de España había recibido en su mano, salvada de las callosidades que producen los trabajos manuales, por los guantes, el áspero roce de una bola cuando se la hace girar para que tome efecto. Y en fecha ya lejana, el 8 de septiembre de 1881, la figura regia de Alfonso XII recibía en un corro de Comillas su bautismo deportivo en bolos. Dejemos que la fantasía describa lo que se le olvidó consignar al corresponsal que tenía en la villa de los López y López el diario de aquella época, *El Aviso*.

Era un verano en que presidía el Ayuntamiento de Comillas don Andrés Lanuza. El señor por antonomasia del Concejo, el hombre que vivía para su pueblo y para su Patria, era don Antonio López y López, naviero honorable, cristiano ejemplar, padre amantísimo de los hijos de la Montaña. Su fortuna inmensa, forzada por aquella prodigiosa intuición que Dios le había dado para los negocios, no era dilapidada. Crecía su flota naviera, comunicaba América con España, dispensaba a su pueblo los más solícitos cuidados y amante fervoroso de Comillas, empezó a crear una colonia veraniega que encariñada con las costumbres y hospitalidad de los montañeses, correspondió construyendo palacetes. El mismo don Antonio hacía el suyo y edificaba un suntuoso panteón, que bendijo el Obispo de Santander, con la presencia de su compañero de Zamora.

Este año de 1881, atildado el pueblo, limpias sus pequeñas casas, doscientos obreros de todas las profesiones, pagados por el futuro marqués, trabajan asiduamente, convirtiendo en ricas mansiones las fincas particulares, adecentando los establecimientos oficiales, arreglando las carreteras y el improvisado puerto. Y el 25 de agosto se avista, frente al puente Portillo, la fragata española *Sagunto*, que conduce al Rey Don Alfonso XII y la Reina Cristina. Del muelle arranca el *Auxiliar* de la Compañía Trasatlántica, que lleva a su bordo a las Infantas Paz y Eulalia, que transbordadas a la goleta *Concordia*, salen al encuentro de sus augustos hermanos. Es un día de entusiasmo popular. Cuando el gentío que, atraído por la presencia de la Real Familia, había llegado de toda la provincia, se encuentra presenciando las operaciones de la llegada y las campanas voltean y los cohetes y bombas cruzan el espacio, por el camino real de la capital, por el barranco con que iníciase la cuesta de Tramalón, trotan cuatro mulas que arrastran una lujosa berlina. En ella va la españolísima Infanta Isabel, que habiendo pernoctado en casa del general Ceballos, en Torrelavega, sigue viaje para unirse con sus hermanos en Comillas. Apresuradamente entra en este pueblo y se hace llevar al puerto. Hay en el muelle una rotonda severa, señorial, antesala lujosamente adornada con ricas telas de las Indias, con maderas de Filipinas y Cuba, con alfombras inglesas, con plantas tropicales y flores andaluzas. Sobre el rico alfombrado pasean su nerviosismo damas y caballeros. Ellas, con sus trajes de largas colas, blancos en su mayoría, ceñidos por la cintura, sus peinados son altos llevando las matas preciosas de pelo encima de la frente y dejando ver las orejas como preciado sostén de las alhajas de pedrerías cristalinas y limpias de aguas, que las adornan. En sus manos hacen jugar con soltura y gracia los caprichosos abanicos de Manila, en los que hay escritos

madrigales, improvisados por Zorrilla, Menéndez Pelayo (E.), Amós de Escalante. Junto a cada dama, el caballero de pechera blanca planchada, con su frac impecable de corte inglés, su barba recortada, su peinado a lo Amadeo o con raya al costado. Es un cuadro tan bello, que andando el tiempo el Marqués de Comillas le encargó inmortalizar al pintor Llorens Masdeu.

Avanza el día y la Familia Real arriba a este embarcadero y complementa el maravilloso espectáculo. El alcalde, Lanuza, lleva un precioso ramo de flores a las manos de la Reina Cristina. Don Alfonso estrecha la de su Presidente, Sagasta. Martínez Campos, como Ministro de la Guerra, presenta al comandante militar de la provincia. Los generales Pavía y Echagüe, el Duque de Sexto, la Duquesa de Medina, el Conde de Sepúlveda, la Marquesa de Santa Cruz, la Condesa de Llorente, el doctor Camisón, conversan animadamente. El Gobernador civil, Fragoso, acompaña a las Infantas, y la familia de los López y López explican al séquito palatino el modo admirable con que han de quedar distribuidos y hospedados en los palacetes y villas de recreo de Güell, el hijo político del señor López, Pérez de la Riva, señores de Riera Mitjans. Y cuando el entusiasmo popular ya no puede ser contenido por unos guardias civiles de largos mostachos y polainas de tela, los Reyes abandonan el embarcadero, y en coches abiertos, que se llenan de flores y palomas, llegan a la casa señorial de don Antonio López y López.

Días después, la más cariñosa y ruidosa acogida se ha convertido en un silencio campero. Por brañas y peñas, el rey caza y pesca, sin más compañía ni escolta que la de los hijos políticos de don Antonio López y López, que eran don Joaquín del Piélagos y don Eusebio Güell, y algún joven como don Lorenzo Sánchez de Movellán.

Un día, el 8 de septiembre, llega por la tarde al corro de bolos. Era domingo. Los jugadores, al ver llegar a toda la Familia Real, dan por terminada su partida, derribando el pinche todos los bolos y saltando del corro los contrincantes. Por una escalerilla de piedra descende don Antonio con su hijo don Claudio, tras ellos el Rey Don Alfonso XII y don Fermín Riera. Cogen sendas bolas y el Monarca inicia un birle. No le ha parecido mal el intento y se anima a jugar unas tiradas. Se escogen compañeros y don Antonio es el preferido del Rey. Sus contrincantes son don Claudio y don Fermín. Haciendo quedas, segando y birlando, se pasan dos horas, en que estas partidas alternan con otras formadas por los particulares del pueblo. Y al caer la tarde, cuando el sol iba poniéndose a la altura de Tina Mayor, la Familia Real y sus acompañantes aún gozaron del tipismo montañés, oyendo cantar nuestras tonadas y observando cómo las mozucas de Ruiloba y Comillas, en justa emulación, bailaban a lo alto y a lo bajo, mientras sonaba el pandero y triscaban los dedos de los mozos y el clavel reventón que llevaban sobre la oreja, que guardaban para su novia, caía al suelo al descubrirse respetuosamente ante la presencia del Monarca. Y horas después, el corresponsal de *El Aviso* enviaba un propio a Torrelavega con una carta que decía:

«Ayer, domingo, el Rey y la Real Familia, estuvieron dos horas viendo jugar a los bolos. Su Majestad, tiró algunas boladas.»

Y el pobre hombre no se daba cuenta de la importancia que tenía para los deportistas de hoy que un Rey de España diera el espaldarazo al deporte montañés por excelencia. ¡Lo que un cronista de nuestros tiempos hubiera escrito si llega a presenciar el acontecimiento!

UN FALLO CON CRÍTICA

Carretera que sale de la ciudad. Blanca y polvorienta, con baches y rodadas pronunciadas. Atrás queda la silueta de las últimas murallas de la ciudad de Santander y al frente, en un altozano, el recinto sagrado de Ciriego. Por este camino, diariamente, con sol y lluvia, en verano y en invierno, hacían sus recorridos las aldeanas de Soto de la Marina. En sus borriquillos, con cuévanos de varas de avellano, transportaban las hortalizas, las ollas de leche y la ropa recién lavada. Regresaban a sus casas contentas y alegres, de haber vendido sus mercancías en la Plaza de la Leña. Lo hacían cobrando por un par de pollos diez o doce reales; por una gallina, catorce; por la docena de huevos, tres y medio. Y ellas podían comprar, pero no lo hacían por la vida austera que llevaban, un salchichón de perdiz, pollo, liebre o faisán, en siete reales; una botella de vino «Vinícola del Norte», por una peseta y si devolvían el casco se le abonaba un real, y un kilo de cabeza de jabalí o de jamón en dulce, por doce reales. Y esto era cierto y probado por los *papeles* donde lo anunciaba el comerciante señor Barredo. Lo leía una de aquellas aldeanas a las demás, la misma que había comprado el periódico por encargo de su marido, un empedernido jugador de bolos. Y siguiendo esa bendita curiosidad de toda mujer, iban deletreando las letras más gordas del periódico, enterándose de quién había muerto, para sacar la consecuencia de lo que le costaría a la familia la esquela de defunción, sabiendo, por haberlo ya leído otro día, que a dos columnas y en primera plana se cobraba la inserción veinte pesetas. Y después de mucho buscar encontraron la noticia que tanta impaciencia había causado a sus hombres. Y era ella el anuncio que hacía la Comisión de Festejos del Ayuntamiento de un certamen de bolos, con estas condiciones: se celebraría en los días 26 y 28 de julio de 1890, un concurso de bolos en la bolera de la Alameda y de no ser en ésta en la de la calle de San José. Se formarían grupos de cuatro jugadores, admitiéndose solamente doce de estos grupos. Seis de ellos habían de residir en la ciudad y las otras seis agrupaciones en la provincia. Se daría siempre la preferencia a las que primero se inscribieran, bien entendido, que una vez cubierto el cupo, no se admitirían más. El día 24 se haría un sorteo, dando a cada partida un número. Logrado esto, la que alcanzó el número uno jugaría contra la dos, la tres contra la cuatro y así sucesivamente. Los partidos empezarían a las tres en punto y cesarían a las siete y media, a no ser que el Jurado dispusiese otra cosa. Se otorgarían los siguientes premios: sesenta pesetas, cincuenta, treinta y veinte. Las reglas de juego son las señaladas en el reglamento vigente en esta capital, para lo cual se tendría presente un ejemplar en la mesa del Jurado, y si se presentara algún caso que no estuviere previsto en el articulado del mismo, el Jurado,

compuesto de cinco personas nombradas por la Comisión de Festejos, resolvería según su saber y entender.

No hicieron comentario aquellas buenas y honestas mujeres, que nunca supieron lo que era una barra de pintar labios, ni zapatos de tacones altos, ni siquiera polvos para *parecer blancucas*, y cruzando el Seminario de Corbán, se perdieron por el caserío de su aldea.

Días después, en la calle de San José, con la presencia del alcalde señor Peñalver y todos los miembros del Jurado, con concejales y aficionados, verificóse el certamen, con estos resultados: partida de Santander, capitaneada por José Silva, vence a la de Torrelavega, de Emilio Revuelta. La de Guillermo Núñez, de Torrelavega, pierde contra la de Selaya, que dirige Narciso Gutiérrez. Y la de Joaquín González, gana a la de Antonio Sordo, ambas de Santander. Esto sucedía el día 26, y el 28, se obtiene este resultado: José Agüero, de Santander, elimina a la de Molledo, de Jesús Quevedo; la de Santander, que manda Fernando Mazorra, vence a la de Puente San Miguel, que actúa a las órdenes de Baldomero González, y la de Santander, de Antonio Lloredo, batió a la de Soto de la Marina, de Francisco Muñiz. Aunque el resumen es sumamente encomiástico para la capital, ya que todas sus partidas han ganado y solamente la de Selaya, de las forasteras, triunfa, y eso sobre una de Torrelavega, no debió ser muy brillante el juego desarrollado, acusando una decadencia momentánea en la calidad de los jugadores. Y este criterio, que debió imperar en las discusiones habidas y en los comentarios de los testigos de la lucha, no pudo ser silenciado y salió a la luz pública y dejó una huella imborrable en la historia del deporte montañés por excelencia, en una nota que el Jurado que actuó en el concurso publicó en la prensa. He aquí el fallo, íntegro, que es, a su vez, una crítica dura del estado del juego de bolos en aquella fecha. Dice así:

«Al hacer la adjudicación de premios correspondientes al concurso de jugadores de bolos, el Jurado no puede menos de lamentar y hacer patente que ha visto defraudadas, con muy raras excepciones, las esperanzas que lógicamente hacía concebir la antigua y legítima reputación por los montañeses adquirida en su diversión favorita, en el típico juego del país.

»Desgraciadamente, y bien sea por la premura con que hayan sido formados los grupos inscriptos, bien por cualquier otra causa, lo cierto es que los jugadores, en general, no han correspondido, ni con mucho, a su histórica fama provincial.

»El único partido o grupo que ha demostrado suficiente habilidad, haciéndose, por tanto, acreedor al primer premio, es el de don Fernando Mazorra, de esta ciudad.

»Sigue en orden de importancia y se adjudica, por consiguiente, el segundo, al de don Bernardo Agüero, también de esta capital.

»Y aquí concluiría el Jurado la adjudicación de los mismos, declarando desiertos los otros dos, si no tuviera el deber ineludible de cumplir las reglas dictadas para el concurso, y en virtud de las que, y apreciando sólo el mérito relativo, adjudica el tercer premio al partido de Selaya, comandado por don Narciso Fernández, y el cuarto, al de don Antonio Pacheco, de Santander.

»Cumpliendo gustosos una manifestación de estricta justicia, hemos de hacer presente que el partido de Puente San Miguel, formado por don Baldomero González, demostró, no obstante haber perdido, excepcionales condiciones de habilidad y fué uno de los pocos que dignamente han figurado en el concurso.

»Santander, 30 de julio de 1890.—El presidente del Jurado, Carlos Saro; vocales: Tomás Bezanilla, Santiago Castaneda, Celestino F. Uslé y Eduardo Jiménez.»

DEBUT DE MALLAVIA, EL VIEJO

Esa situación admirable que tiene el puerto de Santander, aquella inolvidable Trasatlántica que prestigiaba la bondad de nuestros muelles y ese título de hospitalaria que orgulloso campea en el escudo de las dos cabezas, trajo a la vieja villa de San Emeterio, lo más florido de la juventud española, para embarcar con rumbo a Cuba. Navarricos de Pamplona, riojanos de Logroño, vizcaínos de Bilbao y guipuzcoanos de San Sebastián, venían en trenes especiales, vestidos de rayadillo blanco a rayas negras, con gorros redondos cuarteros o con quepis. En la estación les esperan los guardias municipales, que han de irles llevando a su alojamiento. Por sorteo ha tocado el primer turno a las calles de la parte Norte de la ciudad, y las modestas familias que habitan en Viñas, San Roque, Atalaya, Puerta la Sierra, reciben y atienden, con fervor patriótico, a la muchachada. A los dos días siguientes, cuando el trasatlántico *León XIII* está amarrado a la boya de frente al promontorio de San Martín, las casas amanecen engalanadas y en el Café Suizo se hace una concentración de la fuerza expedicionaria. El generoso Club de Regatas, el veterano Club de la grímpola roja y blanca, costea el desayuno de la tropa. Jefes, oficiales y soldados, toman chocolate, café, dulces, vinos y cigarros, atendidos personalmente por los deportistas. Y cuando la mañana se solea, el Batallón Peninsular número 6, que tal nombre ha tomado la agrupación formada con las sacas habidas de todas las guarniciones vecinas, entra por los claustros de la Catedral y oye la misa dominguera y la palabra cariñosa del Obispo Sánchez de Castro. Y al terminar el santo sacrificio salen a los acordes de la Marcha de Cádiz, camino de los muelles, donde cada recluta recibe un donativo con que la Diputación de la provincia y el Ayuntamiento de la capital les obsequian. Parte el barco, festoneado su contorno por el agitar de gorros, apagado su ronca pitada por los gritos de ¡viva España! y ¡muera Maceo!, y quedase en el muelle y en los balcones y ventañas del caserío que mira al mar, los vecinos todos de Santander agitando sus pañuelos, que al cesar de flamear, guárdanse humedecidos de tanto enjugar las lágrimas vertidas, ante la suerte incierta de aquella juventud que fué a morir por España con sublime patriotismo. Y así iba, días y meses, sucediéndose la negra partida, según frase feliz de Echegaray, en los años 95 al 97, hasta que la guarnición de Santander quedó reducida a cuarenta hombres. Meses vividos ante un dolor intenso y un amor a España digno de mejor gloria.

Y alternando con estas escenas, sentidas con escalofrío, se perfilaban en el ambiente deportivo estampas puras y sencillas, que van marcando la historia del deporte. Así, el 12 de agosto de 1897, el Ayuntamiento patrocinó un concurso de bolos regional, para partidas de cuatro jugadores. En la Plaza de Toros de Cuatro Caminos, en el mismo redondel, se improvisó la bolera, colocándola en la parte de sombra. En la parte contraria, pero próxima a la caja, se puso una tribuna para el Jurado. Allí estaban, presidiendo, don Tomás Bezanilla, y como vocales, don Eduardo Presmanes, don Victoriano Vega, don Paulino Canales y de secretario, don Celestino F. Uslé. A las tres comenzó el certamen. La primera partida que jugó, fué la capitaneada por Hermenegildo Bolado,

y estaba constituída por cuatro buenos mozos de San Román. Tiene por contrarios a los santanderinos que dirige José Gómez y son los de la capital los que vencen. Tras ésta sale la de Bezana, con Arsenio Fuentes al frente, cuya estampa viril y fortaleza de brazo causa sensación. Tiene en el juego poca fortuna, pues la cuadrilla que al mando de Francisco Vega presenta la ciudad, les vence. Y surge al estadio de la lucha la figura más señera que ha tenido el juego de bolos, el viejo Telesforo Mallavia, fundador de una dinastía de famosos jugadores. Su debut, en la Plaza de Toros, es un triunfo clamoroso. Derrota ampliamente a sus contrarios, los hombres de Juan Valle, de Rucandío. Y con este buen sabor se acaba el día, anotándose, como éxito, el haber logrado que se adquirieran 400 entradas, cuyo importe no cobraba íntegro el Ayuntamiento, sino que se destinaba el 50 por 100 como donativo a las casas de beneficencia de la ciudad.

Al día siguiente, 13, juegan otras partidas, también inscriptas: Manuel Allende, de Santillana, gana a Fernando Mazorra, de Santander; Ricardo Teja, de Rubayo, gana a Gregorio Pérez, de Ruiloba, y Clemente Callejo, de Monte, pierde contra Eulogio González, de Cerrazo. En último lugar luchan la partida de Solares, con Luis García de jefe, contra Rosendo Barquín, de Santander. Es tal la lucha habida y tan discutidas las jugadas, que al final de ellas quedan empatados y por falta de luz se suspende el encuentro, y el día 14 se reanuda el partido, que gana los santanderinos. Juegan también Francisco Díaz contra Isidro González, ambos de la capital, venciendo el primero, y en último lugar, José Silva, de Santander, contra los mozos de Piélagos, que figuraban como suplentes del concurso.

Y el Jurado, a la vista de los resultados habidos, proclamó la siguiente clasificación: 1.º, la partida de cuatro mozos capitaneada por Francisco Vega, de Santander; 2.º, la de Francisco Díaz, de Santander; 3.º, la de Manuel Allende, de Santillana; 4.º, la de Ricardo Teja, de Rubayo, y 5.º, la de Rosendo Barquín, de Santander.

Asimismo concede los premios para los jugadores más distinguidos, por este orden: Vega, de Santander; Fuentes y Arturo Zamanillo (de Bezana los dos); Antonio González, de Cerrazo.

Y aunque Mallavia no figura entre los premios individuales, el hecho cierto es que fué la nota más saliente el juego que desarrolló y la agradable sorpresa causada a los espectadores. Hay veces que los fallos no los dan los jueces deportivos, sino el gran juez y soberano: la afición.

INAUGURACIÓN DE LAS BOLERAS

El héroe del 2 de mayo de 1808, tenía su plaza y su estatua. Su bronce era una postura señalando, amenazador, con su sable, a los invasores. La plaza tenía plátanos y quioscos, bancos y urinarios. Hacían rueda las pescadoras, los cocheros, los limpiabotas y los subastadores en torno del pedestal de don Pedro Velarde. Desde una azotea vecina, don Ángel Basave, con su perilla de chivo,

con su chalina al aire, con su larga chaqueta, vigilaba y escuchaba la algarabía del heterogéneo vecindario. Mas este año de 1908, centenario de la gesta heroica de la independencia española, al conjuro del recuerdo, la vieja plazuela de Velarde está engalanada con gallardetes y banderas, con tribunas y colgaduras. Hay tronar de cañones, con pólvora de salvas; hay desfile marcial de los infantes y los artilleros, y hay un cuadrilátero enmarcado por una docena de guardias civiles montados en briosos caballos, con su calzón corto y blanco, con sus levitas azules con vivos blancos y faldones rojos, con sus tricornos de paño aterciopelado y galones blancos, con sus sables brillantes, que contienen a todo el buen pueblo de Santander. Son las fiestas de gloria del primer centenario, alegres, patrióticas, de orgullo regional, que se exteriorizan en la casona de Muriedas y en el pino histórico del cadete don Pedro Velarde.

Y estas manifestaciones cívico-militares, tienen, en la gente deportiva, su repercusión. Los futbolistas, en los Arenales, y los jugadores de bolos, en la Cruz Blanca, se suman a los festejos organizando ellos sus concursos. El juego montañés fué presentado en el programa de los actos, por la sociedad «El Emboque», que tenía su domicilio social en la calle de la Cuesta de la Atalaya, número 23, bajo. Cuatro partidas se presentaron a disputarse los premios de sesenta y cuarenta pesetas, más el objeto de arte para el mejor jugador. El día 3 de mayo se jugaron los encuentros. Santander dió dos partidas, que jugaron por la mañana, la una contra la de Puente San Miguel, a la que ganó por tres a cero; la otra, también ganó, por el mismo resultado, a una cuadrilla de Torrelavega. Por la tarde se jugó la final entre los vencedores. Una partida la formaron Luis González, Telesforo Abad, Mariano Ruiz y Ángel Gómez. La otra estaba constituida por Ricardo Rivera, Pedro Regalado, Gonzalo Roviralta y José González. Ésta fué la vencedora, en la que había tres hombres capaces de vencer, por aquella fecha, a todos los jugadores de la provincia: Rivera, Regalado y Roviralta. Las tres R mayúsculas, grandes, como su juego.

Otro triunfo lograron en el mismo mes. Fué con motivo de verificarse un concurso en las boleras de Noja, situadas en el pueblo de Cueto. Su presencia no fué un mero capricho, sino un acuerdo solemne, tomado en una junta general de socios de «El Emboque», que se verificó el día 14 de este mes florido de mayo, a las ocho y media de la tarde, en el domicilio social. Y el día 17 se jugaron las partidas. Ganó la de «El Emboque», formada como el día del triunfo del Centenario de Velarde, quedando en segundo lugar la que presentó el vecindario de Cueto, que estaba formada por José Aparicio, apodado «Minuto», de cuyo alias tomaba el nombre la partida, que se llamaba de «Minuto». El resto de los compañeros eran Emilio Diego, Manuel Irusta y Hermenegildo Sáinz. El tercer puesto fué para la partida de Miranda.

Estos partidos y los que se verificaban diariamente en el Reenganche, habían creado un ambiente muy favorable entre los aficionados. Ya había alguno más que los indios que ocupaban invariablemente los bancos de las boleras. Iban gente joven, estudiantes, obreros modestos, empleados de oficina, que seguían con interés las jugadas y tímidamente jugaban entre ellos sus partidas. «El Emboque» estimó prudente aprovechar aquella afición y sobre todo las facilidades

que por parte de la empresa de la Cruz Blanca se le daba para verificar sus certámenes locales. Y a fuerza de conjugar ambas voluntades, se empezaron a construir las boleras cerradas, de la calle Floranes, ahora conocidas por las de El Alcázar y anteriormente por Las Boleras. Y el día 5 de julio de este año de 1908 se hace la inauguración oficial, llevando la parte deportiva la entidad «El Emboque», que puso gran entusiasmo en presentar un certamen digno del hecho histórico deportivo que se verificaba. Se dieron tres premios, a saber: de ciento veinticinco, de setenta y cinco y de cincuenta pesetas. Se intentó hacer el certamen en la bolera abierta, pero visto el mal tiempo, se jugaron todas las partidas en las que se habían hecho cerradas. La entidad organizadora presentó cuatro bandos, y la mayoría de los pueblos de la provincia enviaron sus hombres más caracterizados en el típico deporte. De estos grupos salieron los vencedores, clasificándose los primeros Bezana; en segundo puesto, Torrelavega, y en el tercero, Solares. Y como fin de fiesta, por la noche se celebró, con gran animación, un baile familiar, patrocinado por «El Emboque», que fué el encargado de repartir las invitaciones. Baile que fué el precursor de aquellos otros famosos, que andando el tiempo iba a verificarse en los amplios locales por muchos lustros. Mas, el Club organizador, que como un aliciente y un motivo de alegría al ver convertido en realidad el sueño muchas veces acariciado de tener en la capital de la Montaña unas boleras cerradas, dió este baile, lo que le interesaba era fomentar el juego montañés.

Y con ese entusiasmo que tienen los dirigentes de corazón, trabajaron lo indecible para alcanzar del Ayuntamiento santanderino una subvención. Con ella montaron, en el mes de septiembre, otro concurso, al que asisten doce partidas, cuatro de la capital y ocho de los pueblos del término municipal. A Bezana se la dió entrada también por su proximidad a la capital y porque en ella figuraban dos vecinos de Peñacastillo. Fué este excelente bando el que, como en el día de la inauguración, ganó el concurso. Se trataba de unos jugadores espléndidos de facultades y muy bien distribuidas sus características de juego. Los hermanos Zamanillo, Arturo y Aurelio, que vivían en Ojaiz-Igollo, y Telesforo Gómez y Antonio García, de Peñacastillo, los dos, formaban esta cuadrilla que pudiéramos llamar campeona de este año 1908, pues en la mayoría de los certámenes supo salir vencedora. La lucha en estos días de pruebas municipales, fué muy interesante y competida. Llegaron a clasificarse Bezana, Peñacastillo, Presas y tres bandos de Santander. El primer premio, fué para Bezana; el segundo, para la partida santanderina que formaban Rivera, Gonzalo Roviralta, Francisco Setién y José González; el tercero, también le obtuvo el cuarteto santanderino formado por Juan Roviralta, Sinforiano San Emeterio, Julio Montes y Máximo Setién.

Después, el dulce baile fué sustituyendo a los bolos. Sobre la arena se colocó un tablado para baile o una pista de patinar, y el buen humor de los santanderinos, imitando a la tonadillera La Goya, que entonces privaba con su famoso *couplet* del «Ven y Ven», nos dejó en esta coplilla cantada a todas horas y en todos los barrios, un recuerdo de lo que llegaron a ser aquellas boleras que «El Emboque»

que», con don Manuel Prieto Lavín, concibieron como la mejor manera de hacer deporte bolístico en todo tiempo. Así cantaba, con música del «Ven y Ven», la mocedad del 1908:

*Ven y ven y ven,
ven conmigo a Las Boleras,
que allí verás patinando, ¡mi vida!,
a todas las costureras.*

FEDERACIÓN BOLÍSTICA MONTAÑESA

En Santander, capital, el juego vuelve a tener un marasmo, un sueño por demás prolongado. Allá de vez en cuando se juega algún desafío, que sólo tiene ambiente entre los amigos de los jugadores. Desde el año 1908 al 1916, no se encuentra una nota firme del progreso o cuando menos del entusiasmo de las multitudes por este deporte. La provincia aún tiene un poco de fisonomía propia, y conserva las partidas de bolos en los días festivos. Torrelavega, quizá con más intensidad que ninguna otra, presenta concursos y desafíos; Puente San Miguel, con su corro famoso, cuidado por el inolvidable don Darío Gutiérrez, concentra una vez al año a los más afamados jugadores; Vargas, sostiene su cuadrilla, con los hermanos Varillas en pleno auge; Toranzo y Cabezón de la Sal, son puntos de referencia en aquella época de abandono y desorganización.

El Tennis de Santander, empezó sus concursos el año 1913, ganando el primer campeonato social Tito Gorordo, cuando aún no había ni soñado con ser el presidente de la Federación Nacional de Bolos, teniendo por compañero a don Victoriano Sánchez, pero esta aristocrática Sociedad no dió el vigor que el deporte necesitaba. Siguió el profundo letargo y sólo el año 1916, en La Arboleda, de Cuatro Caminos, se juega un concurso, del 8 al 15 de octubre, para que Juanito Roviralta, Sebastián Herrera, Telesforo Gómez y Ricardo Rivera, ganaran el premio de cien pesetas, por haber hecho 263 bolos. Para el segundo puesto fué preciso que se formara este formidable cuarteto: Augusto Miguel, Federico Mallavia y los hermanos Varillas, que ganaron cincuenta pesetas y lograron 257 bolos. El premio individual fué declarado desierto, pues ninguno de los jugadores había llegado al número tope de bolos, que era el de 80. Quien más hizo fué Rivera, que alcanzó 75.

El año 1917 se verificó un concurso famoso en Puente San Miguel. La figurilla simpática, conciliadora, justa, atrincherada su pasión tras las gafas de tipo Quevedo, de don Darío, supo llevar por buen camino a las catorce partidas que acudieron. Destacó un muchachillo, que jugó mucho y bien, pero tuvo la desgracia de que sus bolas resultaron quedas cuando estaban rozando las barbas del bolo «benjamín», del emboque. Era Saúl Herrera. La partida vencedora fué la de Vargas, que logró cuatrocientas pesetas, por 294 bolos; Alceda, hizo 277 bolos y cobró ciento cincuenta pesetas. La copa y una moneda de oro de veinticinco pesetas que se otorgaba al mejor jugador, la llevó Manuel Maza, de Vargas, que tiró 128 bolos.

Pero este concurso, que si en organización no tuvo pero, dejó flotando

una pasión y unas dudas sobre el mejor juego de unos y otros, que en la prensa se reflejó con toda la pujanza de un reto. *El Pueblo Cántabro* insinuó que la partida del Puente, la que jugaba por este lugar, retaba a cuatro partidos, dos en cada bolera de los que contendieran, mediante el depósito de quinientas pesetas que sería el premio para el vencedor. Salió bravamente un aficionado a pedir que se diera los nombres de los jugadores o de la persona que había de llevar su representación, porque estaba ya otra cuadrilla dispuesta a contender. Y sin más notas, ni discusiones, se llegó a este acuerdo: se jugarían dos partidas en el mismo día en Puente San Miguel y otras dos en Vargas en otra fecha. Caso de empate, se resolverá en una bolera desconocida para los dos bandos, mediante la celebración de otras dos partidas. Las condiciones serán las de tiro y raya de concurso. El día 24 de julio se juega en Puente San Miguel. Quien conociera aquel hermoso corro, rodeado de añosos árboles, se podrá imaginar lo que sería aquella tarde, cuando al llegar los trenes especiales del Cantábrico, que se movieron para conducir a los aficionados de Torrelavega y demás pueblos cercanos, la afición no tenía sitio para acomodarse. Por las ramas centenarias fué la gente situándose. Salieron a la palestra la partida del pueblo, la formada por José Gómez, Juan Antonio Rodríguez, Federico Mallavia y Emilio Fernández, «el Tornero». La contraria estaba formada por Marcos Maza, los hermanos Varillas y Augusto Miguel, y tenían la representación de Vargas. Resultó vencedora la primera, pero Tomás Varillas fué el jugador todo oportunidad y pulso certero. Sus compañeros flojearon tanto, que aunque él trataba de sacar adelante los «chicos», con emboques que acortaban las distancias, no podía contener la baja de ellos. En el otro bando la figura cumbre de la tarde fué «el Tornero», que aparte de su jugadas maestras, sacó el emboque más limpio y bonito. Al domingo siguiente se jugó en Vargas las otras dos partidas, que fueron también ganadas por la del Puente, recibéndose por la noche a los vencedores con gran alegría y abundante disparo de cohetes.

Tal pasión y entusiasmo dejó como sedimento este acertado concurso y su posterior desafío, que un hombre enamorado del juego, con gran autoridad entre los aficionados, comenzó una campaña de prensa para ir armonizando las distintas tendencias sobre las condiciones de los concursos. ya que la afición estaba dividida. La gente con solera, no transigía con las modificaciones. Ellos mantenían su criterio de que el juego debía ser libre, en cuanto a rayas y tiros. En los viejos tiempos, el que hacía de capitán de partida, era el que decidía sobre la materia o a lo sumo consultaba con sus compañeros después de fijarse en las cualidades de los contrarios. La gente moderna entendía, por el contrario, que había que regularizar, reglamentar el juego, para unificar las partidas. El hombre que salió a ver si arreglaba aquel desconcierto era José María Ortiz, muy bien intencionado y muy sensato en sus apreciaciones. Él entendía que urgía levantar el juego, que estaba atravesando un período crítico. Para ello le parecía lo más prudente el constituir una Junta Protectora de la Afición, la cual tendría como misión preparar, en Santander, un gran certamen provincial. Se puso un poco de entusiasmo en recoger esta idea y así como en los pueblos de la provincia se hizo una buena campaña de concursos, en la capital fracasó todo,

por falta de subvenciones, que se negaron incluso por la Comisión Municipal de Festejos.

Otro aspecto, el más interesante que trataba Ortiz, era la modificación de las reglas de los concursos. Se jugaban éstos con tiros fijos de catorce metros uno y otro de dieciocho metros. Él los modificaba proponiendo uno de diez metros y otro de veinte, dejando al jugador en libertad de escoger entre los intermedios. Es decir, que se rompía de todo la vieja costumbre de libre elección, sino que la condicionaba a un máximo y un mínimo. Suprimía el emboque sacado con la calle de fuera, pues entendía que procedía de un estacazo realizado por una bola perdida que pegó el golpe a una distancia mayor de medio metro del sitio donde iba dirigida. En cambio, duplicaba el valor del emboque, si la jugada era cantada de antemano, como hacen los jugadores de billar, que señalan el itinerario de la bola antes de hacer la carambola. Así razonaba la defensa de sus modificaciones.

Otro hombre que por estas fechas laboraba por la organización adecuada de este juego, era don Manuel Gutiérrez. Mas no se acababa de perfilar la obra. En *El Pueblo Cántabro* y *Santander Deportivo*—un semanario de breve duración, pues tuvo finalidades futbolísticas encaminadas a dar una directiva de prestigio al Club—se hizo también campaña, pero enfocándola de distinta forma. El crítico del diario maurista, recogiendo una idea del artista Ángel López Padilla, que, desde Puente Viesgo, sugería la conveniencia de hacer un gran concurso en Santander, que fuera presidido por los Reyes, creyó que lo que procedía hacer era una Sociedad potente que cargara con la organización y que fuera ayudada por otras que se formaran en los demás partidos judiciales de la provincia, y con todas ellas constituir la Federación al estilo de la de fútbol, para que ella legislara y pudiera extender los nombramientos de campeones con todo el carácter oficial que precisaban.

Esto sucedía por julio de 1918. Un año después, los retos de «el Tornero» eran las notas frecuentes de la sección deportiva. Pero también Fernando Sañudo, un buen torrelaveguense, después que se habían inaugurado en Santander las boleras de Rasilla, situadas donde hoy está el Grupo escolar de Menéndez Pelayo, se lanzó a una magnífica campaña de prensa para constituir la Federación de Bolos. El mayor éxito alcanzó el buen deportista. A su lado se puso la «Gimnástica de Torrelavega», con todo el entusiasmo de sus socios y en particular de Gabino Teira y del presidente don José Molleda. Otros incondicionales de la idea fueron Darío Gutiérrez, Manuel Fernández, Villar, Vélez, Mallavia, etcétera. Tal entusiasmo se desplegó en aquella fecha, que Sañudo, ayudado por sus buenos admiradores y compañeros, sacaron a flote un magnífico proyecto de reglamento. Y para aprobarle con toda la solemnidad, el día 14 de septiembre de este año 1919, se reunieron en el gimnasio de la Sociedad torrelaveguense los primates de los bolos en la Montaña, presididos por el alcalde de la ciudad. Habló y explicó el alcance de la Federación el presidente gimnástico Molleda, y Sañudo fué leyendo el proyecto de reglamento, después que dedicó unas frases de gratitud y recuerdo a la memoria de don José María Ortiz y don Manuel Rodríguez por las mejoras que había logrado con sus orientaciones dadas desde

la prensa, en el juego de bolos. El Estatuto aprobado marcaba, como fin de la Federación: el fomentar el juego de bolos; el depurar las prácticas viciosas, teniendo, a este respecto, a eliminar del resultado de los partidos el factor suerte, y procurar la unificación de las condiciones del juego en todos los pueblos de la provincia. Su régimen interno, determinaba que el domicilio social radicaría en el lugar cuya asociación municipal tuviere mayor número de asociados, señalándose como primer domicilio el Salón gimnasio de Torrelavega, situado en la calle de Joaquín Hoyos, número 5. Para regir la Federación había una Junta Central, que era el organismo superior, y de la que dependían las asociaciones municipales. Éstas se constituían cuando menos con veinticinco afiliados de su término municipal, pudiendo agruparse, si no hubiera este número en un ayuntamiento, los individuos que lo deseen, en otro colindante. La Junta Central la formaban un presidente y ocho miembros más, con sus especialidades de secretario, tesorero, etc. Estos cargos se elegían durante dos años, por los presidentes de las asociaciones municipales, a los cuales se les otorgaba un número de votos igual al de afiliados que tuviere su entidad local, precisamente en el mes de mayo, previa certificación de la junta directiva municipal. Era misión de la Junta Central, aparte de entender en la interpretación de reglamentos, el de organizar el campeonato provincial, en el que se disputaría una copa; otro de segunda categoría, donde como condición precisa se establecerán unas longitudes de tiro inferiores a las fijadas para el campeonato; otro individual, para el cual serviría de prueba eliminatoria la final del campeonato, y por último, otro infantil, con fijación máxima para los jugadores. Las juntas municipales tendrían sus asambleas para nombrar, entre todos sus componentes, su directiva, y entender en la rendición de cuentas, pues los ingresos tenían destinos distintos. El 50 por 100 de lo recaudado por la cuota social de tres pesetas anuales, se entregaría a la Junta Central y el otro 50 por 100 se emplearía «en actos que correspondan a los fines para que se había creado la Federación». Los certámenes tenían dos fases: las eliminatorias, que las organizaba, según su criterio, la Junta Directiva de cada término municipal, dentro de los meses de junio y julio y en corros enclavados en su demarcación. Los vencedores de estas pruebas eliminatorias pasarían a las finales, bien entendido, que por cada cincuenta asociados la asociación municipal tenía derecho a enviar una partida por cada categoría. Si no tuviera los cincuenta afiliados, igual podía participar. El primer año la Junta Central señalaría el corro donde habían de jugarse las finales, pero en años sucesivos lo haría la Junta Directiva de la asociación a que pertenecía la partida campeona. Las copas entraban en posesión de la partida cuando la ganaba dos años consecutivos o tres alternos, y el «cache» de oro, que se regalaba al jugador o campeón individual, pasaba a su propiedad al ganarle. A grandes rasgos esa era la hermosa obra que intentó la primera Federación Bolística Montañesa, fundada con un entusiasmo sin precedentes, en la ciudad de Torrelavega. Su primer directiva la constituían: presidente, don Darío Gutiérrez; vicepresidente, Gabino Teira; secretario, Fernando Sañudo; contador, Amancio Capillas; tesorero, Federico Mallavia; vocales: Pedro Argüello, Manuel Fernández (por Queveda), Alfredo Rasilla (por Santander), César Hermosilla (por Renedo) y José Cobo. Buena gente toda ella.

PRIMEROS CAMPEONATOS OFICIALES

Estaba la Federación en marcha. En Santander se constituyó la Asociación de municipio, previa convocatoria de una reunión de aficionados, que se verificó en las boleras de Rasilla. Fué elegido presidente Pedro García González; tesorero, Roberto Mons, y secretario, Eusebio Vélez. Esto sucedía en los primeros días del mes de enero de 1920. La animación era grande en toda la provincia. Santander no se quedaba a la zaga. Tanto se prodigaron los concursos, que partido hubo que alquiló, el día 27 de junio, un pequeño camión para poder acudir a varios certámenes en el mismo día. Así, Emilio Fernández, el famoso «Tornero»; José Aizcorbe, Serafín Presmanes y Epifáneo Terán, «el Soldado», fueron a Renedo y ganaron un partido, en el que hicieron 264 bolos. De allí se trasladaron a Comillas y jugaron otro, haciendo 254 bolos, y por último se presentaron en Sierra de Ibio, donde lograron 260 bolos. Ganaron, pues, en los tres sitios el mismo día, luchando con partidas de Renedo, Comillas, Torrelavega y Puente San Miguel.

Con tales entrenamientos, se llegó al primer campeonato oficial de la Montaña, organizado por la Federación Bolística Montañesa. Se verificó en Torrelavega, con unas bases perfectamente trazadas, con todo lo que la experiencia había enseñado a los buenos aficionados que estaban al frente de la Federación. El campeonato de partidas de primera categoría, se empezaba jugando el día 8 de agosto, dedicándose todos los días a las eliminatorias, a excepción hecha de los cuatro primeros puestos de cada Asociación, que jugarían los días 15 y 16. Los premios eran de mil pesetas y copa de plata y distintivo honorífico; trescientas, doscientas y cien pesetas. Los tiros fueron tres: a dieciséis, dieciocho y veinte metros del primer bolo, haciéndose desde cada uno dos tiradas a la mano y dos al pulgar. En el tiro se colocaba siempre el pie correspondiente a la mano con que se juega, procurando no arrastrarle al despedir la bola; el jugador que adolezca de este vicio, cada vez que desplace el pie más de veinte centímetros, no se le contarán los bolos. Las rayas: al tiro dieciséis, corresponde raya paralela a la línea determinada por los tres bolos últimos, y a dos metros de la misma, situando el emboque un metro más abajo y a cuarenta y cinco centímetros del tablón lateral. A los tiros dieciocho y veinte, corresponde raya al medio y el emboque a cincuenta centímetros del bolo medio de la calle de fuera. Las rayas de la mano serán simétricas a las del pulgar. Paralela al tablón de cabeza y a un metro de distancia, se trazará una raya, sobre la que se colocarán todas las bolas que, lanzadas desde el tiro, retrocedan más de un metro, después de pegar en dicho tablón. El emboque se le contará siempre diez bolos, y sólo será válido sacado con el primer bolo de la calle del medio. Será queda: toda bola que en el punto que más se haya aproximado a la raya, no toque al emboque armado en el centro de ésta; la que pase desviada del primer bolo de la calle del medio, hasta el punto de tocar los primeros de las calles de afuera o más desviada aún la que dé golpe más allá de la caja o metro y medio, como mínimo, antes de la misma. La siega se efectuará siempre por los dos bolos de fuera, nunca al medio; prohibiéndose, para esta jugada, colocar el pie dentro de la caja, así

como soltar la bola después de tocar al segundo bolo. En las jugadas correspondientes a raya alta, no se permitirá segar bola alguna. El bolo que saliera de la estaca se contará aunque quede armado. Ningún bolo valdrá más de uno. Una vez que el jugador haya tirado sus dos bolas para arriba, éstas se retirarán, señalando el lugar donde llegaren, al objeto de colocarlas en esta señal cuando les corresponda ser birladas. Cada jugador birlará sus bolas, colocando el pie en el lugar señalado por las mismas. La clasificación se hará por el mayor número de bolos, contando los emboques, y en caso de empate, se resolverá jugando los empatados la mitad de las tiradas. El empate, caso de tener opción a premio, se disputará el último día de esta jugada. El número de orden que guarden los jugadores en la primera tirada, se mantendrá en todas las demás y durante el birlar. La copa de plata tendrá que guardarla hasta el año siguiente el Ayuntamiento a que pertenezca la partida.

Participaron en este concurso de primera categoría seis partidas: dos de Santander, una de Reocín, una de Renedo y dos de Torrelavega. Las partidas de Santander hicieron 329 bolos y 292; la de Reocín, 308; la de Renedo, 239, y las de Torrelavega, 272 y 306. Estaban formadas las de Santander por Juan Antonio Calderón, Modesto Salas, Francisco Ríos y Saúl Herrera, la una, y la otra por Roberto Mons, Maximino Setién, Juan Gómez y Gonzalo Roviralta. La de Renedo por José Cobo, Ricardo Pereda, Joaquín Diestro e Isidro Martínez. La de Torrelavega por Vicente Marcos, Eduardo Rodríguez, Francisco Bustamante y Telesforo Mallavia; otra partida de esta misma ciudad la formaban Justo Alonso, Pedro Sáinz, Luis de Miguel y Francisco Gutiérrez. La de Reocín tenía a Andrés Gómez, Antonio R. Salazar, Antonio González y José Díaz. En estas partidas la mayoría de los bolos fueron hechos sin emboque. Sólo Juan Gómez y Roberto Mons, ambos de Santander y de la misma partida, habían sacado uno cada uno, a pesar de haberse estado jugando desde por la mañana hasta la noche del día 8 de agosto, fecha de la inauguración del primer campeonato oficial de la Montaña.

El día 15 se jugaron otras partidas por la representación de Vargas, que la componían los hermanos Varillas y los hermanos Maza. Les tocó luchar contra la buena gente de Cabezón de la Sal, cuyos jugadores eran Ramón Toribio, Remigio Toyos, un hombre de cincuenta y seis años, que jugó admirablemente; Eladio Herrero y Carlos Díaz, un ingeniero y deportista. La mejor jugada de la tarde fué un emboque del veterano Toyos, que le sacó derribando a la vez cinco bolos. Una maravilla de jugada que arrancó una ovación clamorosa. Con esa misma bola birló además otros cinco bolos. Pero la partida no era él solo, y a pesar de todo su esfuerzo y buen juego, llegaron a 287 bolos, mientras las grandes figuras de los Varillas y los Maza sacaron 325. Este mismo día se produce un empate entre las partidas de Renedo, formada por Senén Landaburu, Sebastián Gómez, Miguel Riva y Eloy Revilla, y Comillas, que la constituían José Sierra, Fabio Gutiérrez, Isidro Gutiérrez y Mauricio Celis, que lograron ambas 236 bolos.

Por la tarde se ventiló el partido cumbre del torneo. Por Torrelavega, saltaron Federico Mallavia, Paulino Cayón, Manuel García y Manuel Noriega.

Por Santander, Serafín Presmanes, Epifáneo Terán, Emilio Fernández y José Aizcorbe. Empezaron apretando los santanderinos y a la sexta tirada llevaban treinta y cuatro bolos de ventaja; Aizcorbe hizo un emboque magnífico, y Cayón le respondió con otro precioso. Era la segunda vez que este torrelaveguense había rozado el bolo pequeño, pues en otra jugada se le había quedado la bola a pocos centímetros del «cache». «Ico» Mallavia, levantó el espíritu de su gente con un primoroso y oportuno emboque. Fué la jugada que decidió. Terán y «el Tornero» empiezan a fallar, a tener desafortunada actuación. El que se mantiene sereno y deseando compensar la falta de sus compañeros, es Serafín, que muestra una regularidad asombrosa. Aizcorbe se entrega por entero a buscar con afán unos emboques que les lleven a la igualada, mas no lo logra. La partida de Torrelavega se proclama campeona, con este resultado: 378 bolos logrados por los jugadores de esta forma: «Ico», 116, con dos emboques; Cayón, 89, con un emboque; Noriega, 88, y García, 85, con un emboque. Los santanderinos llegaron a 338, haciendo Serafín, 91; Terán, 88; «Tornero», 81 y Aizcorbe, 78, con un emboque. Hubo además de estas partidas otras de Reocín, a quien se consideró como la más preparada, y estaba compuesta de Juan A. Rodríguez, Antonio Herrera, Manuel Gándara y José Gómez, que ganó por 322 bolos por 304 que hizo la de Los Corrales de Buelna, que la componían José Pernía, Ricardo Bustamante, Antonio Pérez y Miguel Alonso. Santillana, también participó jugando sola, por estar de non y realizó 306 bolos, logrados por Pelayo Ansorena, que obtuvo el primer puesto en bolos de los sesenta jugadores que actuaron, logrando 99 sin emboque, con Monserrat Fernández, Arsenio Ventisca y Juan M. Pacheco. El Jurado estableció esta clasificación: primer premio, partida de Mallavia, de Torrelavega, con 378 bolos; segundo, partida de «el Tornero», de Santander, con 338; tercero, la partida de Santander, de Roviralta, que hizo 329, y cuato, la de Vargas, de los Varillas, que hizo 325.

Resuelto el campeonato de partidas, había que dilucidar el de campeón individual. Las condiciones de estas jugadas eran que, para participar en ellas, se tomaba como punto de eliminación los bolos que habían hecho los jugadores en las jugadas de las partidas. Los ocho que más hubieran logrado tenían que disputarse entre sí el campeonato, que consistía en un premio de quinientas pesetas y el «cache» de oro; un segundo premio de cien pesetas y distintivo, y los otros premios, hasta cubrir los puestos de los ocho participantes, objetos de arte. Cada jugador tiraba cuatro bolas en vez de dos, siendo las demás condiciones del juego iguales que las observadas para el campeonato de partidas. Para entrar en posesión del primer premio se jugaba una final entre los dos que más bolos tuvieran, contándose los bolos de diferencia que entre ellos hubiera al comenzar este último y definitivo encuentro. Este año 1920, el día 21, tenían derecho a jugar Federico Mallavia, que había hecho en el campeonato de partidas 116 bolos; Juan Manuel Pacheco, de Santillana, con 90; Andrés Gómez, de Reocín, con 97; José Gómez, de Reocín, con 95; Miguel Alonso, de Corrales, con 92; José A. Calderón, de Santander, con 91; Serafín Presmanes, de Santander, con 91; Marcos Maza, de Vargas, con 90. Total, los ocho que exigía el reglamento. Estaban eliminados figuras tan prestigiosas como Varillas,

«el Tornero», Roviralta y Terán, y se consideraba como candidatos a «Ico», Presmanes y Gómez. La cátedra no se equivocó mucho. De ellos salieron vencedores, para el partido final, Presmanes y Mallavia. Los resultados fueron: «Ico», 232; Gómez, 140; Maza, 191; Pacheco, 159; Andrés Gómez, 170; Calderón, 172; Alonso, 147, y Presmanes, 201. Había de ponerse en lucha, para dirimir el título, la diferencia de 31 bolos a favor de Mallavia. De cómo se batieron estos dos hombres, da idea el hecho de que al ser proclamado campeón «Ico», sólo sacaba de ventaja 18 bolos. La clasificación individual, establecida por el Jurado, fué: Mallavia, Presmanes, Maza, Calderón, Andrés Gómez, Pacheco, Alonso y José Gómez. El «cache» de oro y el título de primer campeón de la Montaña, fué para Federico Mallavia.

Faltaba aún por ventilarse el campeonato de la segunda categoría. Estaba reservado este campeonato para aquellos jugadores que se hubieran inscripto en tal categoría, diferenciándose las bases del concurso del de primera en que los tiros eran de catorce, dieciséis y dieciocho metros. Había cuatro premios: cuatrocientas, doscientas, cien y cincuenta pesetas, una copa para el jugador que más bolos hiciera, como título de campeón, y otra para el que lograra más emboques, donada por el joyero Peña, y la de campeón, por el Conde de Limpias. Los días 29 y 30 de agosto se jugaron los partidos. Son dieciséis participantes, de los Ayuntamientos de Renedo, Cartes, Santillana, Corrales, Reocín, Cabezón, Comillas, Santander y Torrelavega. Esto da idea de la importancia que habían adquirido las Asociaciones municipales. El triunfador fué el grupo o partida presentado por Torrelavega, con la nota más elogiada: la de haber batido las marcas de todas las partidas, tanto de primera como de segunda, pues hicieron, sin emboques, la suma de 354 bolos. Estaba formada por José Montes, Agustín Regato, Francisco Díaz y Ángel Chaperó, sobresaliendo la juventud de todos ellos, pues ninguno había entrado en quintas. Esta partida vencedora y campeona de su serie ganó cuatrocientas pesetas y los distintivos, siguiendo, para ganar el segundo de doscientas pesetas, con 339 bolos, la de Cabezón, que la constituían Antonio Castro, Emilio Díaz, Rafael Díaz y Salvador Barreda. Luego el premio de cien pesetas para otra partida santanderina, que hizo 330 bolos y figuraban Julio Montes, Telesforo Gómez, Manuel García y Julio Fernández. El de cincuenta pesetas fué para Santander, también por 325 bolos, hecho por Juan Roviralta, Agustín Helguera, Vicente Fernández y Francisco Sánchez. Otras partidas de Corrales hicieron 318; Santander, 317; Reocín, 307; Santillana, 302; Reocín, 300; Torrelavega, 296; Comillas, 294, y alguna más baja. A la vista de este concurso y del de primera, se procedió a conceder la copa de los emboques, que correspondió a Mallavia, que había hecho dos.

A la Federación le parecía poco lo hecho y miró con simpatía y esperanza hacia los infantiles. Para ellos montó su correspondiente campeonato, celebrado, como todos los anteriores, en Torrelavega. Se hizo por partidas, previa selección de sus Asociaciones municipales. Las condiciones eran: tener como máximo dieciséis años y no cumplidos los diecisiete, ser socio, hijo o hermano de socio. Para que las jugadas fueran lo más equitativas posible, se hicieron dos grupos. Uno, los que hayan cumplido quince y dieciséis años. Otro, los que hubie-

ran cumplido doce, trece y catorce años. Los del primer grupo tiraban desde doce, catorce y dieciséis metros y el birle corriente. Los del segundo grupo, sus tiradas eran desde diez, once y medio y trece metros, y el birle se les bajaba dos metros. Si hubiera algún número de niños que quisieran jugar mezclados, es decir, con edades correspondientes a los dos grupos, entonces se les consideraba como de la categoría superior o de primer grupo. La partida vencedora fué sacada de la famosa «catedral» de Puente San Miguel. Todos los chicos tenían trece años y se llamaban Serafín y Marcelino Botín, Darío Gutiérrez (hijo del presidente de la Federación) y Manuel Gómez. El éxito fué asombroso. Batieron a todas las categorías, pues hicieron 373 bolos, que ninguna partida de hombres había logrado. De todos, el más sobresaliente y completo fué Marcelino Botín, que ganó el campeonato individual con 109 bolos, con la particularidad que bajó una bola en blanco y hasta ésta la cruzó entre el uno y el dos. No perdió un birle. Con ellos se batieron la partida de Torrelavega, compuesta de Félix Martínez, Ramón Mallavia, Ángel Campuzano y Ceferino Mendaro, que hicieron 316; la de Corrales, en la que figuró Juan Manuel Mazarrasa Quijano, como jefe, e hizo 105 con un emboque, quedando, por eso, el segundo en la clasificación individual, alcanzando esta partida 314 bolos, y Vargas, que hizo 312. Es curiosa la lucha tan igual sostenida por estas tres últimas, pues sólo se han llevado unas de otras dos bolos.

Fué el digno remate, este campeonato infantil, de aquel espléndido debut de la Federación Bolística Montañesa, que parecía, a juzgar por el entusiasmo y admiración que se manifestó el día 12 de septiembre, al repartir los premios el alcalde de la ciudad de Torrelavega don Herminio Alcalde del Río, que se encontraba en un período de reconstrucción y vida próspera del deporte montañés. Y, sin embargo, bien pronto se olvidó todo lo hecho. Y eso que había sido un éxito clamoroso.

SIN BRÚJULA Y A LA DERIVA

Si en el terreno de los organizadores, nadie pudo poner el menor reparo al primer campeonato de la Montaña, de bolos, no sucedió así en cuanto al reglamento porque se rigió. Y no es que el Jurado le diera una interpretación caprichosa o que sus hombres se movieran influenciados por la pasión, sino que las tendencias, las opiniones sobre el juego, volvieron a salir con ímpetu, dividiéndose los aficionados. Uno de los paladines más esforzados fué J. Gutiérrez Gandarillas, que se pronunció claramente por los bolos llamados de forma botella, es decir, anchos por el centro y delgados por la punta y la coz. Se había jugado este primer campeonato con bolos, a juicio de un buen lote de aficionados, que parecían estacas, muy saltarines. Gandarillas quería bolos gordos, panzudos, que recibieran bien el efecto que llevaba la bola y completaran la jugada. Tampoco era partidario de que en los concursos la bola que se quedara al dar el estacazo pudiera ser repetida, es decir, se volvía a tirar. Él razonaba su teoría diciendo que el mérito de un jugador era dar al bolo «al oído», para que

la bola se escuadre y vaya al emboque. Y agregaba: «si el jugador no tiene confianza en el estacazo, que tire golpe atrás». Otro consejo suyo era que en los certámenes no se tirara en dos sitios o tiros y con dos rayas, porque ello obligaba a ciertos jugadores a jugar fuera de su especialidad, ya que unos juegan más en un sitio que en otro. Entendía que el jugador no podía jugar lo mismo en un tiro que en otro, pues en tal caso sería un fenómeno. Pedía que los concursos se dividieran según las modalidades del juego, para que cada jugador escogiera con arreglo a su especialidad.

Terció en la polémica «Estacazo», enviándole unos reglamentos a Gandarillas para que aclarara ciertas dudas que debía tener al juzgar por sus escritos. «Estacazo» reconocía que los bolos debían ser más gordos y puso reparos a que el bolo que sale de su estaca y no cae se contara por válido. También el competente crítico discrepaba de que las bolas no se segaran si iban a raya larga.

Las discusiones fueron avanzando, pero no para buscar una solución, sino para dividir más los bandos y para ir matando la Federación, que tanto costó crear a sus fundadores. No pudieron éstos aguantar aquella marea encrespada, y la nave federativa naufragó. La iniciativa particular, nacida más que de la afición, del deseo de lucro de los propietarios de boleras y tabernas, sustituyó a la entidad organizadora, y empezaron los concursos en boleras de la provincia, con la anarquía de unas bases confeccionadas con vistas al jugador que más frecuentaba la bolera.

En agosto de 1922, se juega, en las boleras de Venero, un concurso en el que participan cuarenta y seis partidas. El primer día jugaron y ganaron Epifanio Terán y Serafín Presmanes, que hicieron 232 bolos, y otra partida de Gonzalo Roviralta, que llegó a los 212. Dos boladas de capicúa. Hasta el 10 de septiembre duró el certamen, del que hubo este resultado: Alejandro Pellón y José Sanz, que llegaron a 262 bolos (siguiendo los capicúas); después, la partida de Terán; la de Luis Fernández, un buen capitán de la Marina mercante y Francisco Ortiz, el tabernero de La Perla; siguen Julio Portilla y Pedro Rumayor. El campeonato de bolos lo ganó Terán, con 101 (más capicúas). El de emboques, Francisco Ortiz.

Como consecuencia de este concurso se llegó a celebrar un desafío de gran resonancia en la Montaña. La partida Terán-Presmanes se enfrentaron contra Mallavia-González. El día 4 de septiembre jugaron en la bolera de Miera, en Peñacastillo, ganando los primeros. El día 4 de octubre, se repitió el encuentro en Barreda y también ganó la misma partida. Han jugado veintinueve «chicos», y han ganado los vencedores quince y perdido catorce.

No satisfizo a los vencidos este resultado, y volvieron a desafiar. Reto aceptado y nuevas condiciones. Ni en la bolera de Venero, ni en la de Miera, ni en Barreda. En los pueblos de los jugadores. Cada cual escogía una bolera. En Santander, en la calle Alta, número 3, es la que señalan Terán y su compañero. Allí se juega el día 14 de Octubre de este año 1922. Gana la partida de Santander. Se juega otro día en Torrelavega y gana esta partida. El desempate se verifica el día 22 de octubre, con toda la expectación que es de suponer. La partida Presmanes-Terán, gana. Y se acabó, por un año, el afán de la revancha.

El año 1923, fué pródigo en concursos. Los hubo en Santander, en las bolearas de la calle Alta y de Cuatro Caminos, en San Martín y en Puerto Chico, en Castañeda, Ampuero, Escobedo de Carriedo y en Escobedo de Camargo, en Alceda, Santoña, Colindres, Argoños, Roiz, Lamadrid, Gajano, Astillero, Barreda, Cabezón de la Sal, Bezana, Sierra de Ibio, San Vicente de la Barquera, Panes, Maliaño, Heras, Solares, Santibáñez de Carriedo, Vargas, Cos, Comillas, Cerrazo, Puente San Miguel, Torrelavega y Peñacastillo. El más importante fué el de este lugar, donde Domingo Miera llegó a poner en su corro cincuenta y ocho partidas, batiendo el *record* de la época. Resultaron vencedores, Francisco Ríos y Francisco Sánchez, con 209 bolos, quedando en segundo lugar Martín Cillero y Julián Fernández, con 193. Campeón de bolos quedó Ramón Mallavia, con 96 bolos, y de emboques, Francisco Sánchez, con dos.

A pesar de toda esta afición, que estaba desperdigada y sin una mano rectora, por ese individualismo montañés, nada práctico se hacía. Los concursos sin una entidad oficial, no podían dar títulos, y cuando pomposamente se anunciaban en un lugar, a los pocos días surgía otro organizador que también requería para sí el honor de conceder el título codiciado de campeón. Y seguía imperando el capricho, en cuanto a las condiciones del juego, siendo las reglas distintas, según el lugar donde se verificaban. Gandarillas, por el año 1924, volvió, con su constancia y preocupación, a escribir sobre el clásico deporte montañés, para unificar criterios, hacer algo que acabara con aquel desbarajuste. Él sostenía su vieja teoría de que los jugadores en los concursos debían tener un solo tiro y no obligarles a que jueguen en distintos. Y buscaba con ello, según propia confesión, la belleza del juego. Así le vemos que decía:

«A los espectadores les agrada mucho más el ver una «bonita» jugada que no una «difícil» tirada, y los jugadores de bolos pueden «mejor» hacer una bonita jugada, de su tiro «correspondiendo» que no del que estén «forzados» por lo largo o «cohibidos» por lo demasiado corto. Esto me lleva, como de la mano, a decir también algo referente a mi «opinión» sobre los bolos.

»Ya he dicho que yo «prefiero» los llamados «de botella», es decir, gruesos al medio, pero no tan gruesos que resulten «redondos» y una vez caídos «rueden» solos.

»Un poco gruesos y «proporcionados» al centro, colocándolos de modo que al tirarlos la bola, se «alcancen», no que se «piquen» los unos con los otros, pues esto lo considero preferible a que sean «palos» delgados puestos a una distancia que el mejor jugador nunca «pasa» birlando de tirar tres o cuatro de ellos.

»Hay quien opina que ese es el mérito del juego y por ende del jugador tirar los bolos aunque sean pocos, «difícilmente», y yo creo, por lo contrario, que el mérito consiste en tirar muchos «ejecutando» el jugador «la tirada» que indique la bola según «el punto» de la bolera en que se halle.

»Las tiradas todas son difíciles si no se le «pega» al bolo en el sitio indicado por la jugada; por eso el buen jugador de bolos, lo mismo que el buen jugador de billar, lo primero que necesita tener es buena vista y buen pulso.»

A pesar de esta campaña, la reglamentación única no surgía, antes al contrario, más se separaban los partidarios de las distintas fórmulas. Y el juego se practicaba por toda la provincia sin una directriz, pero se jugaba. Esto era consolador.

LA «CUERDA» ROYALTY

Van pasando años y el deporte se desarrolla sin una vigilancia oficial. Cada pueblo y cada tabernero, tiene su campeonato anual. Hay una excepción en esta confusión reinante: es la bolera de Miera, en Peñacastillo, magníficamente cuidada, hasta tal punto, que hubo crítico que la llamó mesa de billar. En ella se verifican los mejores y más afortunados certámenes de estos tiempos precursores de las organizaciones de la «Cuerda» Royalty. El año 1927, durante quince días, se verifican, con gran éxito, unos partidos que pudiéramos llamar del campeonato provincial. Las más famosas partidas de Torrelavega, Corrales, Santander, San Vicente de la Barquera, Cabezón de la Sal, etc., se presentan y luchan con gran entusiasmo y ante la admiración de los verdaderos aficionados. La partida de Torrelavega, compuesta de Ramón Mallavia y de Gándara, es la vencedora, por 236 bolos; le sigue la partida de Santander, con 232; y la de los Corrales, con Díaz y Turiel, que llegan a 230. Saúl Herrera es el hombre que más bolos derribó, sin emboques.

Este mismo año, en la bolera de Ismael Terán, en la calle Alta, patrocinado por el Ayuntamiento de Santander, que ha concedido los premios de trescientas, cien y sesenta pesetas, se juega otro certamen, que ganan Santiago Ontañón y Ventura Chaves, de Elechas; Calixto Velarde y Saturnino Entrecanales, de Escobedo, y Rafael Díaz y Fermín Cué, de Corrales. Campeón de bolos es Ramón Mallavia; de emboques, Saturnino Entrecanales, y Marcos Maza, con su formidable pulso, dió veintiún estacazos de veinticuatro bolas que tiró. Es todo una marca.

El año 1928, en la bolera de Miera, se presentan setenta y un partidas, hermoso exponente de la afición que existía y de la calidad de jugadores que atoraban los pueblos. Ganaron Calderón y Sáinz, de Santander, con 233 bolos, las doscienta cincuenta pesetas del primer premio. Ramón Mallavia y Gándara, de Torrelavega, con 229 bolos, las cien pesetas; Federico Mallavia y Varillas, con 220 bolos, las sesenta pesetas, y Adrián y Turiel, de Corrales, con 215 bolos, las treinta pesetas del último premio.

Si estas competiciones por partidas fueron reñidas, las superó el campeonato individual. Según las condiciones, se escogían cuatro jugadores que mejores actuaciones hubieran tenido en las partidas, computándose para ello el número de bolos que lograban. Quedaron clasificados Federico Mallavia, Francisco Sáinz y Francisco Ríos. El cuarto puesto fué preciso determinarle en una eliminatoria entre los jugadores que estaban empatados, que fueron Ramón Mallavia, Tomás Varillas, Adrián Pérez y García. Todos ellos habían hecho 103 bolos. Jugadas las correspondientes partidas, el desempate se deshizo a favor de Mallavia, que alcanzó 107 bolos. Los dos hermanos Mallavia, Francisco Sáinz y Francisco Ríos, entraron, pues, a disputarse el título. Federico y Ríos se colocan en cabeza, empatando a 210 bolos. El otro Mallavia hace 199 y Sáinz, 196. Estas cifras representan no sólo los bolos hechos en estas partidas individuales, sino incrementado con los logrados en el concurso de parejas. Descartados los dos últimos jugadores mencionados, se verificó una verdadera final entre Federico

y Ríos. Fué una lucha preciosa, llegando Mallavia a 87 bolos y superándole Ríos, que, apuntándose un emboque, alcanzó 107. Se le proclamó campeón provincial y recibió como premio la Copa Romeral.

Todos estos concursos, aun los que se verificaban en Peñacastillo, acreditados por su seriedad y por el piso excelente de la bolera, dejaban tras de sí largas discusiones, que terminaban en desafíos entre las partidas. Así este año 1928, en las boleras de Venero, se ventiló un reto que desde la prensa se hicieron las parejas de Mallavia-Varillas y la de Roviralta-Zamanillo. Hubo pasión, juego noble y un triunfo de los torrelaveguenses; mas concedida la revancha, ganaron los santanderinos.

Llegó el invierno y la prensa empezó una campaña sana para recoger todo aquel formidable grupo de jugadores, aquella afición desperdigada, las diversas tendencias y encerrarlo en un campeonato bien logrado, con garantías de organización, con premios espléndidos y con un reglamento que recogiera, a ser posible, lo más acertado de cada grupo y fuera un ensayo que permitiera ir perfilando la legislación bolística. Esta labor se realizó en una «peña» deportiva, situada en un café santanderino. En el Café Royalty, en los divanes de la mano derecha entrando por la Ribera, existía una «cuerda» de amigos, que entre sorbo y sorbo de «moca», discutían de política, de arte, deporte y de cultura general. Había allí médicos, arquitectos, periodistas, industriales, mecánicos, ingenieros. Los más dispares criterios, las tendencias más opuestas, pero un solo pensamiento: Santander. Esta «Cuerda» Royalty tenía fibra montañesa, amor a la tierra nativa y vehemencia para defender, con calor y a gritos, todo lo que redundara en beneficio de Santander. Allí había republicanos que formaron la Comisión que hizo la magna despedida del año 1930 a Don Alfonso de Borbón, sin perjuicio de ser luego los mismos que ayudaron, con sus trabajos, a destronarlo. Fueron ellos los que lanzaron, y realizaron después, la idea de hacer un banco que perpetúe la obra humana, de verdadero apóstol de la cirugía, de don Vicente Quintana, y entonces, en 1929, los que piden a los Reyes de España trofeos que ofrecer a los campeones de bolos de la provincia. No les importaba para ello su filiación política. Entendían que era beneficioso para su Santander y sin más reparos se ponían a trabajar. Y cuando toda la obra estaba perfilada, los premios conseguidos y los reglamentos editados, lanzaron este manifiesto:

«A LOS BUENOS AFICIONADOS.—El deporte, quizá milenario, del juego de los bolos, que ha tomado modalidades distintas en muchos pueblos españoles y en muchos países de Europa, tiene acaso su sede y su cuna en la Montaña, donde ha adquirido la majeza, la máxima perfección y gallardía, llegando a lo que se pudiera llamar su período clásico. La belleza del juego ha llegado a plasmarse en el estilo de los jugadores montañeses. Este momento es el preciso para que se evite la decadencia del más bello deporte rural español.

»Otros países han universalizado sus deportes rurales, fijando en el momento de su máxima decadencia las reglas fijas que se han elaborado por siglos de ejercicio del deporte propio. Esto queremos hacer nosotros con el deporte de los bolos. Es necesario aprovechar este momento de clasicismo del juego para fijar definitivamente las reglas. La ocasión nos la ofrece el Ayuntamiento de Santander, gobernado y regido

por un alcalde montañés de cepa y artista de corazón, por don Fernando Barrera. Se ha consignado una cantidad relativamente importante, que esperamos que será cada año mayor, para la celebración de un campeonato regional. Después de terminado este campeonato, en que tomarán parte las más afamadas figuras del deporte, y que se celebrará en los corros que reúnan las mejores condiciones, se formará la Federación Nacional de Bolos, con domicilio en Santander y con filiales en Madrid, Sevilla y Cádiz. Se redactará un reglamento único y definitivo, en que se haga constar no solamente las reglas del juego, sino también las dimensiones de los corros, naturaleza de los pisos, ancho de la caja, separación de los bolos, forma de éstos (tendiendo a restaurar el uso del bolo cónico antiguo y desterrando el bolo de «botella»), peso máximo y mínimo de los bolos y bolas, calidad de la madera, diámetro, límite máximo de rayas, etcétera.

»Se formarán sociedades en los pueblos y ciudades de la provincia, de modo que el corro de bolos sea propiedad de las sociedades deportivas, para que el deporte se purifique. Entre esas sociedades, combinadas con las de Madrid, Cádiz y Sevilla, se jugará el próximo año el Campeonato Nacional.

»Hacemos un llamamiento a los veteranos jugadores de bolos de la provincia, a los viejos aficionados y a los mozos que ahora empiezan a definirse como primeras figuras, para que tomen parte en el campeonato de este año, que se organiza por la Comisión de Santander, a fin de que una vez terminados y reunidos en Asamblea se fije el Reglamento oficial del juego de bolos y se forme la Federación Nacional de Sociedades, para que ella defina en Campeonato Nacional, con exclusión absoluta de toda ingerencia mercantil en el deporte a fin de que no se reconozca otro campeonato que el que ella proclame.—Evaristo Lavín del Noval, Víctor Serna Espina, Mariano Lastra, Gonzalo Roviralta, Adriano García Lomas, Manuel Garnica, Adolfo Balbontín, Luis y Pedro Arce, Francisco Gutiérrez, Dámaso Salomones, Santiago Ormaechea, Tomás Quintana, Domingo Solís, Rafael Ruiz.»

PRIMER CAMPEONATO OFICIAL

Así se tituló la primera organización de la «Cuerda» Royalty. Para reglamentar esta prueba, se contó con lo más florido de la afición montañesa. Todos dieron su opinión, pero los hombres de la «cuerda», muchos de ellos magníficos jugadores y el que menos versado en materia bolística, fueron quienes trabajaron denodadamente para hacer una cosa lo más acabada posible. Desde luego, fué lo más completo en cuanto a organización preliminar, cribando jugadores en las diversas partidas y haciendo que, a medida que se acercaban a la final, fueran quedando los más calificados de cada sector. El Reglamento se dividía en capitulillos y comenzaba con las

CONDICIONES GENERALES:

ARTÍCULO 1.º Podrán participar en este campeonato todos los aficionados que lo deseen, previo pago de la cuota de inscripción que se señala en este Reglamento, y conformidad y acatamiento a todas y a cada una de sus partes.

ART. 2.º Los jugadores han de inscribirse precisamente constituyendo partidas de dos, y pueden designar, en el momento de la inscripción, el nombre de un tercer jugador, en calidad de suplente, y que puede sustituir a los titulares en caso de enfermedad o ausencia justificadas.

ART. 3.º La cuota de inscripción será la de diez pesetas por persona. El jugador suplente no abonará cuota alguna.

ART. 4.º En el acto de inscripción, los jugadores darán sus respectivos nombres, así como el del suplente, si es que quieren acogerse a los derechos que les concede el artículo 2.º, pero bien entendido que de no hacerlo en este momento es que renuncia a este derecho.

ART. 5.º No podrá inscribirse como suplente de una partida ningún jugador que figure como titular de otra.

ART. 6.º Habrá de hacerse constar también en el acto de la inscripción, el lugar en donde habitan los jugadores inscriptos, pues las partidas han de eliminarse, precisamente, en el lugar de su residencia.

ART. 7.º A todas las partidas se les entregará el correspondiente recibo de cuota, en el que se harán notar los detalles consignados en los artículos 3.º, 4.º y 7.º

ART. 8.º Toda partida que no se presente en el corro a la hora señalada para jugar, se considera que renuncia a participar en el campeonato, con pérdida de todos los derechos.

ART. 9.º Las inscripciones se reciben en el Café Royalty, pudiendo también hacerse por carta dirigida a la C. R., enviando por giro postal el importe de la cuota de inscripción.

DE LOS CORROS O BOLERAS:

ART. 10. Los dueños de los corros o boleras, podrán ponerlos a disposición de los organizadores, pero siempre que tengan las siguientes condiciones:

Longitud mínima de tiro, dieciocho metros.

Longitud mínima de birle, diez metros.

Respecto a la caja de bolos, las estacas han de estar separadas, por lo menos, por una longitud de nueve centímetros, más la longitud de los bolos.

ART. 11. Para inscribir sus boleras los dueños pueden dirigirse, por carta, a la C. R., comprometiéndose a acatar y hacer acatar, en el corro, los preceptos de este Reglamento.

ART. 12. Las boleras designadas para celebración de las partidas eliminatorias, deberán estar en las debidas condiciones de juego, siendo de cuenta de los propietarios los gastos necesarios.

ART. 13. No tendrán derecho los dueños de corro a cobrar cantidad alguna a las partidas participantes en este campeonato.

ART. 14. Los dueños de bolera no tendrán que pagar cuota alguna de inscripción.

DEL JUEGO:

ART. 15. El juez de corro, que actuará de delegado de la C. R., y que será designado por ésta, al empezar la partida *echará arriba* lanzando una moneda al aire, y la partida que acierte elegirá lo que le convenga, raya o tiro, ejecutándose después las tiradas, alternativamente.

ART. 16. El juez de corro es la única autoridad, que resolverá por sí cuantas dudas pudieran plantearse, y puede tomar decisiones extremas si las partidas no se comportan con el alto espíritu deportivo que anima esta organización.

ART. 17. El juego será libre y a cuatro chicos terminados de cuarenta bolos.

ART. 18. No obstante el juego sea libre, la C. R. ha creído conveniente, y velando por la mayor pureza del *estilo*, señalar algunas condiciones que se determinan en los artículos siguientes.

DE LA RAYA Y EL EMBOQUE:

ART. 19. Será a elección de la partida que le toque, pudiendo ser de cualquier forma que se marque, pero nunca a una distancia mayor de 1,50 metros de la última fila de bolos.

ART. 20. Cuando la raya llegue a la fila del medio, el emboque no podrá estar a más distancia de la caja que 0,80 metros.

ART. 21. Salvo el caso anterior, se colocará como convenga, pero siempre que su situación no dificulte la realización de la jugada de emboque. En caso de duda, resolverá inapelablemente el juez de corro.

ART. 22. El valor mínimo del emboque será de diez.

ART. 23. El tiro ha de estar comprendido entre quince y dieciocho metros.

DE LAS BOLAS QUEDAS:

ART. 24. Será queda:

1.º Toda bola que dé golpe en tierra antes de una línea colocada a 1,10 metros de la primera fila de bolos.

2.º Las que no dejen armar una escuadra sobre la raya.

3.º Las que pasan por fuera de la caja, aunque derriben el primer bolo de la calle del emboque, o el último de la calle contraria.

DE LAS PENALIDADES:

ART. 25. Dispuesta la C. R. a que todas las partidas actúen con un elevado espíritu deportivo, que rodee este campeonato de toda seriedad y deportivismo, eliminará definitivamente a todas las que no se conduzcan de esta manera.

ART. 26. Serán amonestados los jugadores que promuevan alborotos, discusiones pendencieras y pronuncien palabras malsonantes e irrespetuosas.

ART. 27. Serán eliminados del campeonato:

1.º Los reincidentes en las faltas comprendidas en el artículo anterior.

2.º Los que no acaten la autoridad del juez del corro.

3.º Los que, con ánimo preconcebido, se dejen ganar para mejorar la puntuación de alguna partida.

ART. 28. En este último caso, el delegado de la C. R. enviará un escrito en el que hará constar las circunstancias que concurran, y la C. R. podrá descalificar a las dos partidas, anulando sus puntuaciones respectivas.

DE LAS ELIMINATORIAS PREVIAS:

ART. 29. Una vez recibidas por la C. R. las inscripciones, se procederá a su distribución por grupos, ateniéndose a relaciones geográficas o de vecindad, para mayor facilidad de los jugadores.

ART. 30. Una vez agrupadas las partidas, se publicará en la prensa diaria la constitución de cada uno de los grupos, así como el calendario correspondiente.

ART. 31. Dentro de cada grupo, las partidas se eliminarán jugando una contra todas, numerándose en sorteo previo.

ART. 32. Las eliminatorias se harán por puntos, anotándose uno por cada *chico* ganado, quedando nombrado *campeón de grupo* el que al final de la eliminación obtenga mayor puntuación.

ART. 33. Estas eliminatorias previas se celebrarán en una de las boleras de la región de los respectivos grupos.

DE LAS ELIMINATORIAS FINALES:

ART. 34. Se celebrarán en Santander, en corro designado por la C. R., procurando, si ello es posible, que en él no se haya jugado alguna eliminatoria o partida previa.

ART. 35. La eliminación final se organizará en forma que el último día del campeonato jueguen las cuatro partidas mejor clasificadas.

ART. 36. Como la organización final dependerá del número de grupos, las bases que han de regirla se publicarán oportunamente en la prensa local.

ART. 37. La copa que se otorgará al campeón y que será solicitada de Su Majestad la Reina, para que quede en propiedad definitiva, deberá ganarse dos años seguidos o tres alternos.

ART. 38. Todas las dudas e incidentes que puedan suscitarse y no estuvieran resueltos en este Reglamento, lo serán por la Comisión organizadora.

ART. 39. Las inscripciones se reciben en el Café Royalty hasta el día 31 de julio.

P R E M I O S

1.º PARTIDA CAMPEÓN.—Premio del Excmo. Ayuntamiento de Santander, mil pesetas y copa.

2.º PARTIDA FINALISTA.—Quinientas pesetas y copa.

3.º PARTIDA SEMIFINALISTA.—Trescientas pesetas y copa.

4.º PARTIDA SEMIFINALISTA.—Doscientas pesetas y copa.

PREMIOS DE LAS ELIMINATORIAS PREVIAS

SETENTA PESETAS al campeón de grupo que no obtuviese alguno de los premios anteriores.

TREINTA PESETAS al que ocupe el segundo lugar en cada grupo.

Nota.—Si hubiere copas suficientes se le otorgará una a cada campeón de grupo.

I CAMPEONATO DE LA «CUERDA» ROYALTY

La organización de este Campeonato de la Montaña, se trazó con gran esmero. Así, se cuidó en buscar las mejores boleras, para que los grupos fueran eliminándose. El grupo de Villaescusa, tenía que jugar sus partidas en Villanueva. Los del Astillero, en la bolera de Angelín. El formado por los jugadores de Peñacastillo, Escobedo y Muriedas, tenían por escenario la de Miera. Los santanderinos de la capital lo hacían en Cuatro Caminos, en el corro de Venero. Torrelavega, Barreda, Campuzano y Suances, en Barreda. Reocín, Bielva, Silió y Puente San Miguel, en la famosa bolera de este último pueblo. Estas eliminatorias estaban vigiladas por unos delegados, investidos de su autoridad de buenos y viejos aficionados y del prestigio que les daba el nombramiento extendido por la «Cuerda» Royalty. El inolvidable propagandista, don Darío Gutiérrez, cuidaba su feudo de Puente San Miguel. Fidel Cayón, de los Corrales; Eutiquio S. de Baranda, en Barreda debía actuar; Juan Pereda, en Peñacastillo; Lanza, en Santander, y Castillo, en el Astillero.

El día 1.º de septiembre de este año 1929, ya estaban proclamados todos los campeones de grupo. En las boleras cerradas de El Alcázar, se reunió toda la afición. Los palcos, llenos; las gradas que servían para montar el circo de gallos, fueron aprovechadas para colocarlas a todo el largo de la bolera. La mejor actuación corrió a cargo de las parejas Roviralta-Zamanillo y Ríos-Villar, ambas de Santander. «Emboque», el competente crítico en la materia, señaló como notas destacadas: en Zamanillo, la belleza y el estilo clásico al tirar la bola; la ciencia y veteranía de Roviralta; la soltura de Villar, y la gran clase

de Ríos. Ganó la pareja de Zamanillo, por cuatro «chicos» por dos. También esta tarde resultaron victoriosos Isidro y Liaño, que vencieron a Presmanes y Rafael. Los ocho campeones que se habían logrado, estaban agrupados: en el primer grupo, Ríos-Villar, Presmanes-Rafael, Zamanillo-Roviralta, Fernández-Liaño. En el segundo formaban Mallavia-Gándara, Pérez-Solar, Maza-Colsa, Maza-Imaz. Cuando se terminó la ronda entre cada grupo, la puntuación era la siguiente: en el primero, Zamanillo-Roviralta, doce puntos; Ríos-Villar y Presmanes-Rafael, empatados a nueve, y Fernández-Liaño, con cuatro. Como de cada grupo pasaban dos a las semifinales, fué preciso que deshicieran el empate habido, quedando clasificados Ríos-Villar. En el segundo grupo se clasifica Mallavia (menor)-Gándara, por un lado, y Maza-Colsa, por otro. Sorteadas las cuatro partidas para jugar las semifinales, dió este resultado: Zamanillo-Roviralta juegan contra Mallavia-Gándara, venciendo éstos y proclamándose finalistas. Queda por encontrar el otro rival, y éste se logra al ganar la partida Colsa-Maza a Ríos-Villar. Según el Reglamento, el día de la final deberían jugar las cuatro mejores partidas, unas, las primeras, para hallar de los dos semifinalistas eliminados, quién de ellos habían de ocupar el tercero y cuarto lugar, y las otras dos, para proclamar al campeón. Y el día 8 de septiembre de este repetido año 1929, en el mismo lugar de El Alcázar, se enfrentan, a primera hora, Roviralta-Zamanillo contra Villar-Ríos, a quienes vencen los primeros, y más tarde, con un lleno imponente, una organización impecable y sin la menor protesta, se juega la final, que gana Mallavia-Gándara, entre atonadoras ovaciones. También en el campo de los subcampeones se había ventilado la pugna. Una pareja de chiquillos, formada por Marcelino Botín y Darío Gutiérrez, hijo éste del más inteligente aficionado de su época, que llevaba su mismo nombre, se ganaron la simpatía de la afición. Marcelino sobre todo, con su pulso certero hizo prodigios, ganando merecidamente el título de campeón de emboques, y con su compañero, el de subcampeones provinciales. Y lo fueron, luchando con jugadores tan formidables como Mallavia y Varillas, a quienes derrotaron en la semifinal, y a Entrecanales y Arce, en la final. La figura de Marcelino cobró un valor tan firme, que la afición sintió que pronto desapareciera del marco de los corros de bolos, donde hubiera sido, por muchos años, un campeón de campeones. Aquel año lo fué de emboques, y con él se reunieron, en el Salón Rojo de Royalty, los vencedores de este inolvidable torneo, para recibir de manos de Carmina Gutiérrez, la bella hija del propietario del afamado café, los premios, una vez que se leyeron unas admirables cuartillas de Pepe Río Sáinz, el reglamento para el año venidero y el alcalde, don Fernando Barreda, pronunció unas palabras de felicitación y elogio a los ganadores y a los hombres de la «Cuerda» Royalty. Y como fin de esta fiesta íntima, Víctor de la Serna leyó unas cuartillas que Gonzalo Roviralta, en nombre de todos los jugadores había escrito. Y entre abrazos y aplausos, fueron recogiendo los jugadores estos premios:

1.º Copa de la Reina y mil pesetas, título de Campeón de la Montaña, a la partida Mallavia-Gándara.

2.º Copa Diputación y quinientas pesetas, a M. Maza y Colsa.

- 3.º Copa Conde de la Mortera y trescientas pesetas, a Roviralta y Zamanillo.
- 4.º Copa Condesa de Forjas de Buelna y doscientas pesetas, a Villar y Ríos.
- 5.º Copa Royalty y setenta pesetas, a Presmanes y Díaz, campeones de Villanueva.
- 6.º Copa Puente San Miguel y setenta pesetas, a A. Pérez y A. Solar, campeones de Corrales.
- 7.º Copa Árbitros Fútbol y setenta pesetas, a Maza y Imaz, campeones de Peñacastillo.
- 8.º Copa Racing a Liaño y Fernández, campeones del Astillero.
- 9.º Copa Cuerda Royalty, a Roviralta y Zamanillo, campeones de Santander.
- 10.º Copa Catastrófico y cien pesetas, a Marcelino y Darío, subcampeones de la Montaña.
- 11.º Copa Emboques, a Marcelino Botín, que fué quien hizo más en todo el concurso.

LOS «ZURDOS»

Año 1930. La «Cuerda» Royalty y su vecina la Peña Catastrófico, sentían íntimamente un triunfo resonante y santanderino. En las aguas de Suances y en las de Santander habían embarrancado dos barcos extranjeros. Las Compañías de Seguros habían enviado técnicos y material de salvamento, pero todo fué inútil. Aquellos restos marítimos se pegaron a las arenas y no había remolcador que los moviera. Las pleamares de coeficiente más elevado, fueron aprovechadas para intentar el salvamento, inútilmente.

Un día, Indalecio Santos, práctico mayor del puerto, trasnochador empedernido, que recordaba por su figura unos años mozos, varoniles y alegres, pero que en la madurez de su vida había emprendido saneados negocios, se puso de acuerdo con un buzo de nombradía en el litoral norteño, llamado Bermúdez, y vecino de Santander, para sacar los abandonados cascos. Primero fué el *Sendeja*, que salió en pocos días de su lecho de arenas, para comenzar el desguace. El suceso tuvo tal importancia en la vida local, que la musa popular improvisó unos cantares, que empezando en aquel plantel de mujeres que en el muelle cargaban el carbón, alternando la dureza de su trabajo con dichos y cantares populares, y pasando por todos los barrios de la ciudad, era como un canto de victoria al ingenio y pericia de un santanderino cien por cien. Ahí quedó flotando muchos años aquella copla montañesa que decía:

*Con dos picos y una pala
dos muchachos y una vieja,
en el arenal de Somo,
sacó Indalecio al Sendeja.*

Y después, cuando el barco noruego C. D. Halversen fué extraído de la barra peligrosa de Suances, también el vulgo entonó un himno de victoria a Indalecio, en esta salada canción:

*Marinerito valiente,
que no temes los balances,
di a los ingleses que aprendan
a sacar barcos de Suances.*

Y la «Cuerda» Royalty y todas las «peñas» deportivas, donde Indalecio era muy popular, especialmente en el Marítimo, al que prestó, como juez de llegada en las regatas de vela y remo, durante veinticinco años, señalados servicios, festejaron aquellos triunfos con cenas íntimas, en las que junto al amor por lo típicamente santanderino, se proyectaron no pocos programas deportivos.

El de la «Cuerda» Royalty estaba, por aquellas fechas, en plena madurez. Pocas correcciones fué preciso hacer en el reglamento del I Campeonato de la Montaña, de bolos, para redactar el del II Certamen. Y hasta los premios no diferían gran cosa. Una modalidad implantaron los organizadores. Era dar participación a los jugadores de Madrid, que reunidos en las boleras de la Sociedad «Sport Norte», celebraban sus campeonatos, en primera y segunda categoría. La «Cuerda» de Santander se dirigió a la Sociedad Bolística Madrileña para que, si lo estimaba pertinente, hiciera un concurso previo entre los jugadores de la por entonces Corte de España, con el fin de escoger las partidas que habían de presentarse a las pruebas finales del Campeonato de la Montaña. Con esta determinación se esbozó el proyecto de los hombres de Royalty de ir recogiendo de los grupos dispersos que existen por Madrid, Valladolid y, sobre todo, por Andalucía, una representación que todos los años viniera a Santander para lograr que el Campeonato Provincial de Bolos tomara categoría de Nacional. La idea era ir poco a poco dando estado legal a todas las «peñas», para luego constituir, con las representaciones regionales, la Federación Española de Bolos, con sede en Santander, como cuna y hogar paterno de este deporte montañés. La invitación no fué recogida desde Madrid, pero en cambio la provincia, toda ella, se aprestó con entusiasmo a la lucha por el campeonato. Había para ello un gran estímulo: la seriedad y el orden que presidió al primer concurso de la «Cuerda» Royalty. En el segundo, las eliminatorias locales se verificaron con normalidad y con tiempo sobrado quedaron proclamados los campeones y subcampeones. Y a primeros de septiembre de este año 1930, se empezó, en El Alcázar, a jugarse las eliminatorias de campeones. Empezaron luchando Sánchez-Rogelio, de Mazcuerras, que vencieron a Calderón-Somonte, primero, y a Liaño-Verduras, después. La pareja vencedora causó gran impresión, proclamándose campeón de su grupo y pasando a subcampeón Calderón-Somonte. Los campeones Gándara-Mallavia, con toda su aureola del año anterior, son derrotados ante la sorpresa de los aficionados, por Isidro-Cortiguera, que les ganan por cuatro «chicos» a cero. Otra decepción causa la pérdida de los hermanos Maza, que sucumben ante el juego de los representantes de Peñacastillo, Tuto y Arce, por un contundente cuatro a uno. Otro triunfo

resonante de Sánchez-Rogelio, le alcanza en una misma tarde, venciendo a Cortiguera-Isidro y a Mallavia-Gándara, haciendo una verdadera exhibición de juego, tanto a la mano como al pulgar, en la que Rogelio bordó maravillosas jugadas, destacando los cuatro emboques que sacó en la partida de Mallavia. Quedaron clasificados para las semifinales con Cortiguera-Isidro, por estos grupos. Por el otro lado, van jugando, alternativamente, Mallavia-Varillas, Ismael-Arce, los hermanos Maza, que en un partido pierden los nervios y se conducen con poca elegancia, y Rafael-Presmanes. Hubo en este sector una lucha enconada, hasta tal punto, que se llegó a un partido entre los hermanos Maza y Varillas-Mallavia, en que si los últimos ganaban eliminarían a los Maza, pero si éstos hubieran triunfado, se producía un empate con la pareja Ismael-Arce. Las jugadas dieron lugar a un día de gran emoción, pues se llegó en el partido a empatar a tres chicos, perdiendo los Maza el cuarto y eliminándose de las semifinales. Quedaron, pues, para éstas, Mallavia-Varillas y Arce-Tuto.

Los subcampeones también van poco a poco seleccionando partidas. Han intervenido Roviralta-Zamanillo, que han vencido a Maza-Montes, de Villanueva; Mallavia-Gutiérrez, que eliminan a Gutiérrez-Durante, de Villanueva; Arpide-Arce, de Torrelavega, que vencen a González-Sancifrián. También Mallavia-Gutiérrez triunfan sobre Roviralta-Zamanillo y sobre Maza-Montes. Siguen luchando entre sí, y Gutiérrez-Durante ganan a Roviralta-Martín (éste sustituye, por enfermedad, a Zamanillo) y Calderón-Somonte hacen perder a García-Arpide. Y al fin de todas las jornadas nos encontramos que el día de las semifinales están clasificados, para subcampeones, Gutiérrez-Mallavia, Roviralta-Zamanillo, Calderón-Somonte y Sancifrián-González. En los campeones tenemos a Rogelio-Sánchez, de Mazcuerras; Cortiguera-Isidro, de Santander; Varillas-Mallavia, de Torrelavega; Ismael-Arce, de Peñacastillo. Y el día 13 de septiembre, en el mismo corro de El Alcázar, empiezan las partidas, ante un buen lleno. En subcampeones, Calderón-Somonte vence, por cuatro a tres, a Roviralta-Zamanillo; González-Sancifrián, se clasifican para la final al ganar a Mallavia (T.)-Gutiérrez, por cuatro chicos a uno. En campeones, la lucha no es tan refida. Hay una superioridad neta de la pareja Rogelio-Sánchez, que elimina fácilmente a Tuto-Arce, y lo mismo pasa con Isidro-Cortiguera, que vencen, por cuatro a uno, a Mallavia-Varillas. La pareja de los dos zurdos, de Bielva y Mazcuerras, ha sido una revelación, que ha entusiasmado a los aficionados y de modo especial a la gente vieja, que ha saboreado a placer su juego portentoso. Cuando se terminaron estas semifinales, ya se conocía al campeón. Y así fué: el día 14 de septiembre, con un lleno imponente, se verifican las finales. Empiezan disputándose el tercero y cuarto puesto entre Mallavia-Varillas y Tuto-Arce, ganando los primeros. Saltaron a la arena los subcampeones para dirimir su título. Con relativa facilidad son proclamados Calderón-Somonte, que vencieron a González-Sancifrián. Y se pasó a conquistar el trofeo de la Reina y el título de Campeón Provincial. Desde el comienzo se vió la superioridad neta de los «zurdos», que faltos de contrario en Isidro-Cortiguera, sólo trataron de superarse a sí mismos, si bien es justo consignar que Isidro salió enfermo, lo que posiblemente le restara facultades y ánimo.

Y se cerró esta final con un cuatro a cero, que marca precisamente esa diferencia de juego, a favor de la pareja Rogelio-Sánchez. Todavía fué preciso jugar el título de campeón de Santander, que defendieron, por un lado, Roviralta-Zamanillo, que fueron los vencedores de Cortiguera-Isidro.

Se hizo el reparto de premios con toda sencillez y el buen aficionado esperó al día 28 de este mes, en que volvieron todas las figuras a encontrarse en las boleras de Miera, para jugar el título de campeón individual. Estaban presentes Rogelio, con sus estacazos precisos; Federico Mallavia, con su vieja escuela; Julio González, que al pulgar era poco menos que imbatible, y otro gran jugador, Ramón Mallavia. Para dar seguridad de justicia en los fallos, se montó este Jurado de hombres buenos: don Darío Gutiérrez, don Ricardo Gutiérrez, el prestigioso médico de Bezana y un empedernido seguidor de estos concursos; Luis Miera, protector de este deporte y cuidador de su bolera con cariño filial, y Juan Pereda, otro consecuente aficionado, dotado de gran inteligencia en bolos. Se jugó bien, con grandes arrestos y facultades. El «Zurdo de Bielva» hace, contra González, una bolada de 140 a base de un emboque. Julio llega a 152; sumados a las jugadas del concurso, tienen 338 y 324, respectivamente. Los dos Mallavia luchan entre sí y logran: «Ico», con dos emboques, 188, que sumados a los del concurso, llegan a 357. Ramón, quedó rezagado. Y se enfrentan en la final Federico y Rogelio, en una lucha memorable, en que las ovaciones se sucedían y los jugadores se esmeraban, haciendo verdaderos alardes de juego y potencia. Al fin, Federico Mallavia, en medio de una ovación inenarrable, es consagrado campeón individual de la provincia en este año 1930. Bien merecido y arrancado a otro coloso del deporte. Al «Zurdo de Bielva», que contaba en su haber este historial magnífico: tener treinta y cuatro años, jugar indistintamente con una u otra mano, facultad que empleaba hasta los doce o catorce metros. Era hombre de poca suerte, al decir de un apologista, pues en varios concursos «no había ganado sus partidas, a pesar de quedarle pocos bolos que hacer, debido a que se le deslizaban las bolas sin tocar, a pesar de verlas salir perfectamente dirigidas». Hasta este año no había encontrado un compañero que le ayudara a formar una buena e inmejorable pareja en aquellos tiempos. Era completo en todas las jugadas, pero el estacazo era su jugada favorita, que ejecutaba con un dominio sorprendente. Se contaba de él que en Bielva, ante un numeroso grupo de aficionados, había lanzado veinticuatro estacazos de otras tantas bolas, obteniendo seis emboques a la mano y dos al pulgar. En Cos hizo otra hombrada, pues de treinta y dos bolas dió treinta y dos estacazos y logró diez emboques. Y en la época en que los bolos eran más gordos que los que se empleaban en los concursos, tiraba los nueve bolos, habiéndole visto hacerlo en los corros de Sierrapando, Sobrelapeña, Bielva y San Pedro de las Baheras. Esa era, al decir de sus admiradores, su hoja maravillosa de servicios. Federico Mallavia no era zurdo, pero tampoco manco. Su historia, para aquellas fechas, estaba plagada de triunfos resonantes. Tenía en su vitrina dieciséis copas, la mayoría de ellas otorgadas con título de campeón de todos los corros de la provincia, desde Santander, Torrelavega, Renedo, Peñacastillo, Bielva, hasta Colombres y Carmona. Trofeos magníficos eran también: la bolera en minia-

tura y oro ganada en Torrelavega y el emboque de oro de los años 1920 y 1921, de la misma ciudad; pitilleras, monedas de oro, medallas de plata, etc., etc. Un verdadero museo deportivo, adquirido en estas hermosas competiciones, donde «Ico» brilló como astro de primera magnitud. Fué un gran campeón y este año venció a un gran rival. Rogelio y «Ico» son dos nombres que, en el deporte de los bolos, tienen la admiración de todo buen aficionado.

EN LA FERIA DE MUESTRAS

La buena intención de los santanderinos de la «Cuerda» Royalty, no fué comprendida por la mayoría de los jugadores. Para el año 1931 se anunció el III Campeonato de la Montaña y fué preciso suspenderle cuando ya había veintitrés partidas inscriptas. Amargamente, los organizadores, lo hacen público en una nota, en la que después de dar las gracias a los que se apresuraron a inscribirse, se duelen de la conducta de algunos jugadores, cuando dicen «que hacen constar ante la afición el poco espíritu deportivo de los jugadores negándose a figurar en este certamen, que tiene todas las características de seriedad y justicia. Quizá sea ello debido a que esta Comisión no está dispuesta a consentir que la pureza del juego y habilidad de los jugadores fuera contrarrestada con procedimientos poco deportivos». Se duelen de que las modificaciones que pensaban llevar al Reglamento, para mejorarlo, no fueran acatadas por la mayoría de los participantes, y, por tal causa, se creen obligados a retirarse de estas organizaciones. Dolorosa determinación, que trajo como consecuencia un marasmo en las organizaciones bien controladas, quedando al libre capricho de unos y otros el ir celebrando concursos por toda la provincia, en medio del mayor desbarajuste. Únicamente en Torrelavega y en Peñacastillo se hace una labor más reglamentada. Miera vuelve a montar el campeonato individual y el 11 de octubre se juega la final, ese mano a mano que emociona, que hace esmerarse al jugador, que asume toda la responsabilidad, porque sólo de él depende su triunfo. Dos notables jugadores se enfrentaron. Dura pelea, noble rivalidad, grandes jugadas. Por un lado, Ángel Maza; por otro, Federico Mallavia. Cuando empezó la fase final, Mallavia tenía a su favor 177 bolos; Maza, 151; Ríos, 152, y Varillas, 160. Se empezó con grandes jugadas de Maza, que hace 150; Federico, 133; Ríos, 137, y Varillas, 119. Quedan estos últimos eliminados y entran a la verdadera final, Mallavia, con 300, y Maza, con 301. Se hizo un gran partido, logrando «Ico» 458 bolos, y Maza, aún con mejor juego, 442, declarándose campeón al coloso Mallavia. Este concurso ofreció la particularidad de que se verificó sin haber sacado nadie un emboque, de haber perdido Maza treinta y dos bolas y haber pegado veintitrés estacazos, sin emboque. Federico fué el más normal en las tiradas y a eso se debió su triunfo, que fué tan merecido como lo habían sido los de todos cuantos en aquella bolera habían sido proclamados campeones en los siete años que se había celebrado los famosos mano a mano. Y fueron: el año 1925 y 1926, Pedro Mendaro; el 1927, «Ico»; el 1928, su hermano Ramón; el 1929, Francisco Ríos, y el 1930 y 1931, «Ico».

Este año, como fin de temporada, en la misma bolera de Miera y a beneficio de los remeros de Peñacastillo, se verificó un concurso en el que Ángel Maza y Roviralta ganaron con 234 bolos, seguidos de Federico Santamaría y José Sancifrián, que hicieron 224, y «Ico» y Manuel Gándara, 216.

Y vino el año 1932. Santander inaugura su Feria de Muestras en la Alameda de Oviedo. Tiene fuentes luminosas, preciosos *stand*, coquetón saloncito de actos, paseos y pérgolas, luces, productos del campo, del mar y manufacturas. Y no falta una bolera en un rincón hermoso del Verdoso, con fronda de árboles gigantes y bancos acogedores. Y es preciso montar un certamen que responda a la importancia de aquel alarde de potencia económica de la provincia. La entidad organizadora está ya creada, sólo falta convencerla de que se haga cargo de llevar la dirección de un gran concurso de jugadores de bolos de la Montaña. Y la «Cuerda» Royalty vuelve a prestar un gran servicio a Santander y al deporte bolístico. Van jugándose partidas eliminatorias, hasta que el día 28 de agosto se comienza, a las nueve y media de la mañana, las semifinales. El plato fuerte, el desayuno, es un hermanos Maza contra Gándara-Mallavia. En el primer «chico» mandan a ganar los hermanos a 56 bolos, pero se llega a 55. El empate se resuelve favorablemente para Mallavia-Gándara. El segundo «chico» le gana, con 42 bolos, los Maza. El tercero, también los Maza mandan a ganar a 59, pero empatan a 58, y en el desempate, Mallavia triunfa. El cuarto, quinto y sexto «chico» los ganan los Maza, quedando para la final. Menos reñida fué la otra semifinal, en la que la pareja Presmanes-Díaz ganan fácilmente, por cuatro «chicos» a uno, a Gómez-Somonte. Enfrentados para el tercero y cuarto premio los dos vencidos, la pareja Mallavia-Gándara no jugó con el entusiasmo desplegado contra los Maza y fué derrotada por cuatro a uno, quedando en cuarto lugar. Igual pasó con los Maza, que faltos de contrarios, pues habían ido desbordando primero a todas las parejas más fuertes, se proclamaron campeones en la lucha con Presmanes-Díaz, victoria lograda por una mayor regularidad y rendimiento. Y en la misma Feria de Muestras, con toda solemnidad, se fueron entregando, aquella tarde, los premios por este orden:

- 1.º Marcos y Ángel Maza, quinientas pesetas.
- 2.º Serafín Presmanes y Rafael Díaz, doscientas cincuenta pesetas.
- 3.º Andrés Gómez y José Torre Somonte, ciento cincuenta pesetas.
- 4.º Manuel Gándara y Ramón Mallavia, cien pesetas.
- 5.º Copa Presidente de la Feria, a la partida mejor clasificada, compuesta por A. Gómez y Manolo Gómez.
- 6.º Premio Emboque, a Marcos Maza.

Y otra vez la afición volvió a descansar y los corros se llenaron de agua y los bolos durmieron tumbados y en mezcla con las bolas, hasta que el año 1933 la misma «Cuerda» Royalty se encargó de hacer, en la Feria de Muestras, el campeonato del año. Concurrieron cincuenta y dos partidas, que se van eliminando en unas boladas muy cortas, pues nadie pasó de los 200 bolos. Celebradas las eliminatorias, se entró en la fase de estilo libre a cuatro «chicos» ganados, de 40 bolos hechos, dejando fuera de concurso a los que pierdan. Se llega

a los cuartos de final, encontrándose, por un lado, Marcos y Ángel Maza contra Ricardo Boya-Rogelio Herrera, perdiendo éstos por cuatro a cero. Otra partida que ganó también fué la de Arsenio Ruiz y Gabino Revuelta, que por cuatro a uno venció a Calixto Arce y Saturnino Entrecanales. Jesús Sánchez y Rogelio González vencen a Rafael Díaz y Serafín Presmanes, quedando semifinalistas. Fué una pena que el cuarto semifinalista no se pudiera obtener y ello fué debido a que las partidas Manuel Gándara y Ramón Mallavia, por un lado, y por otro la de Tomás Varillas y Federico Mallavia que les correspondía jugar entre sí, no se presentaron. Ante tal complicación, el Jurado acordó que los tres semifinalistas jugaran a estilo de concurso y los dos que más bolos hicieran se encontrarán después en la final, a estilo libre. Como había cuatro premios importantes, el de la partida eliminada por su incomparecencia, se entregaría al Asilo de la Caridad. El motivo, al parecer, que impidió la presentación de los jugadores torrelaveguenses, debió ser alguna mala interpretación sobre la forma en que se había efectuado el sorteo, pero días antes de irse a jugar las partidas acordadas por el Jurado, la «Cuerda» Royalty recibió una carta de los jugadores, declarando que el sorteo había sido «claro» y que el castigo de eliminación que se les había impuesto, que era el adecuado, mas solicitaban que se les concediera el perdón y se les permitiera jugar entre sí para poder proclamar el semifinalista que falta. La «Cuerda» Royalty accedió, y el día 27 de agosto se enfrentaron, a las dos de la tarde, ganando la pareja Gándara-Mallavia, por cuatro a uno, y eliminando, por tanto, a Varillas-Mallavia. Se procedió, acto seguido, al sorteo de los cuatro semifinalistas, que no habían perdido con ningún contrario, como es lógico, tocando a Sánchez-Rogelio contra Ruiz-Revuelta, a los que ganan. Se logra el finalista del otro bando al vencer Gándara-Mallavia a los hermanos Maza. Había, pues, dos finalistas: Sánchez-Rogelio y Ramón Mallavia-Gándara, y en partido reñido, esta última pareja se proclama campeona y gana quinientas pesetas de premio. El segundo es para Jesús Sánchez-Rogelio González, que se reparten trescientas pesetas. El tercer puesto fué disputado en un partido entre los hermanos Maza y Revuelta-Ruiz, ganando los primeros las doscientas pesetas y las cien los segundos.

Después de este torneo que pudiéramos llamar oficial, se jugó otro a beneficio de la Asociación de la Caridad. Hubo una nutrida participación de parejas, quedando vencedoras la de Calixto Arce y Saturnino Entrecanales, de Escobedo, que ganaron quinientas pesetas y copa. En segundo lugar, Andrés Gómez y Francisco Ríos, de Santander, que se les concedieron trescientas pesetas; tercer puesto y doscientas pesetas, para los hermanos Maza, y las ciento cincuenta pesetas del cuarto premio, fueron concedidas a los jugadores de Los Corrales de Buelna, Ceballos y Prado.

Y como notas finales y agradables de esta temporada, el homenaje que, en las boleras de la Feria, se rindió a los veteranos jugadores el gran don Darío, Telesforo Mallavia, Gonzalo Roviralta y Varillas.

OTRO INTENTO MALOGRADO

El año 1934 entró con los mejores deseos. Todos los aficionados, visto que la «Cuerda» Royalty no parecía muy propicia a seguir con la organización de los concursos, pensaron que había llegado el momento de volver a formar la Federación, y si esto no era posible, cuando menos reglamentar el campeonato. El hombre que más prestigio tenía en la Montaña, por su veteranía, por su claro talento en materia deportiva, por su independencia e imparcialidad, se unió a otros hombres de buena fe y de probado amor al deporte montañés. Y en Torrelavega, este don Darío Gutiérrez presidió una magna asamblea de jugadores y aficionados, que tomaron como primer acuerdo el de constituir un Comité deportivo, formado por cuatro miembros ejecutivos, designándose para ocupar los cargos a don Darío, Telesforo Mallavia, Miera y Gonzalo Roviralta. Como administrativos fueron nombrados Carmelo Sierra y Heraclio González. Se elaboró un plan para jugar las eliminatorias, que consistía en dos fases: la primera era para ir eliminando partidas, y en la segunda jugaban los vencedores desafíos entre sí. Todo jugador podía inscribirse en cualquiera de las cuatro boleras siguientes: las dos cerradas de Torrelavega y Maliaño, y la dos abiertas de Peñacastillo y el Paseo de Canalejas. Era condición indispensable que los jugadores jugaran en todas las boleras en dos fechas diferentes y en dos boleras cada día. La selección se hacía para la primera y segunda categoría, estando formada la primera por dieciséis jugadores y la otra por ocho. Para lograr esta clasificación se tendrían en cuenta los bolos que cada jugador hiciera en las cuatro boleras, los que sumados, nos darían una puntuación, que colocada por orden de mayor a menor, servirían para seleccionar los veinticuatro jugadores. Éstos competirían por el sistema de desafíos, con gastos pagados para desplazamientos, y disputarían premios en metálico.

Todo este bello proyecto se rubricó el día de la inauguración de la bolera cubierta de los Mallavias. La Asamblea se verificó el día 27 de mayo y a marchas forzadas se tiró la primera bola el día 10 de junio. Antes se celebró un banquete, en el que habló el alcalde accidental de Torrelavega don Manuel García, que declaró abierta la bolera. El viejo Mallavia, con la emoción de sus años mozos, llevó a su nietecita, María del Carmen, a la caja de los bolos, para que esta criaturita tirara el primer bolo. Y ya cumplido con este protocolo, saltaron a la arena los jugadores que habían sido homenajeados el año anterior, a excepción hecha de Roviralta, que no pudo desplazarse. Y se enfrentaron Telesforo Mallavia y Tomás Varillas contra Darío Gutiérrez y Serafín Presmanes, que sustituye a Roviralta. La primera bola la tira Darío, que desde quince metros dió al primer bolo. El veterano Mallavia fué quien derribó más bolos, pues llegó a los 99 y con su compañero Varillas fueron los ganadores. Contendieron después Miera y Rafael Díaz contra Carmelo Sierra y Julián Marcos, ganando los primeros. Y por último, a juego de concurso libre, se ofreció al público uno de los mejores partidos que podían lograrse. Jugaron cuatro a cuatro y no se podía encontrar mejores partidas que las que se enfrentaron. De un lado, «Ico» y Ramón Mallavia, Varillas y Gándara, y por otro, los hermanos Maza y los

«zurdos» de Bielva y Mazcuerras. Los «ases», pudiéramos decir, de todos los tiempos, se reunían jugando el mismo partido. Fué una gran idea el agruparlos. El desafío fué competidísimo, con jugadas que correspondían a aquellos maestros, jugando a estacazo y a golpe en tierra, con arte al birlar, con soltura de brazo y con momentos de verdadera emoción. Al fin los «zurdos» y los hermanos Maza, ganaron. Y como fin de fiesta, Mallavia impuso a los jugadores homenajeados unas medallas conmemorativas.

Si Torrelavega había inaugurado su bolera cubierta, en Santander se hacía lo propio al montar una abierta en La Carmencita. Su inauguración ofreció la novedad de jugarse un partido femenino, en el que las bellas Isabel Mier, hizo 32 bolos; Luisa Gómez, 24, que sumados son 56, con los que ganaron a otras, no menos bellas, llamadas Encarnación Cimiano y Carmen Lobo, que derribaron 46 bolos.

En Maliaño se inaugura, también, una bolera cerrada, reservando los primeros partidos para los jugadores del Valle de Camargo y cerrando el día un desafío entre los campeones del año anterior de la Feria de Muestras, Entrecanales y Arce, contra los hermanos Maza.

Mas a pesar de este buen ambiente, del buen lote de jugadores, de los buenos terrenos que se estrenaban, aquella magnífica idea de reglamentar el juego, de hacer campeones oficiales, controlados por un organismo oficial, se malogró. Con amargura lo declara la Comisión deportiva nombrada en Torrelavega, cuando se dirige a la afición montañesa con un comunicado que lleva por título *Una obligada resolución* y por texto estas sabrosas palabras:

«La Comisión deportiva del Plan de desafíos, ha acordado, en la Asamblea de Torrelavega, la suspensión de dicho plan, por considerarse relevada de sus funciones en vista del fracaso de la inscripción, que dió por resultado la adhesión de treinta y tres jugadores en la zona de Torrelavega, dos en Santander y ninguno en Peñacastillo y Maliaño. El plan ha sido mal entendido y combatido intencionadamente, con indiscutible éxito, obligando a la Comisión a este desestimiento. Es deseo de ella, que debiéndose el fracaso a falta de inteligencia del plan, cuantos tengan interés por comprenderlo, pidan ejemplares del Reglamento, con el fin de que sea debidamente estudiado para el año entrante, en la persuasión de que si los jugadores, que ahora se han retraído, comprenden que han sido víctimas de un engaño, ellos se encargarán de imponer un proyecto concebido exclusivamente con miras a la perfección del deporte y a la conveniencia general de los jugadores.»

Ante tan notorio fracaso, al juego volvió a faltarle el marchamo oficial. Y así, en el concurso de La Carmencita, nos dan por vencedores a las partidas de Roviralta-Zamanillo, seguida de la de Presmanes-«Chin», de Garmendia-Rodríguez, de los hermanos Maza y de Pérez-Quintana. La copa individual la gana Roviralta, con 126 bolos, mientras que Maza hizo 114 y Presmanes, 113.

También en Peñacastillo, en la bolera de Miera, se juega la Copa del Presidente de la República, que la gana Rogelio, que en cuatro partidos hizo 433 bolos, contra 419 de Ángel Maza y 417 de Manuel Lanza. La final se jugó entre el «Zurdo» y Maza, ganando aquél por ocho bolos de diferencia y recibiendo del sucesor de Miera, José Fernández, la Copa.

En la Feria de Muestras, organizado por el Asilo de la Caridad, se juega otro concurso. En las semifinales juegan Serafín Presmanes, que pierde frente a R. Mallavia, y el «Zurdo», que gana a Fernando Gutiérrez. Hay una final de altura: Mallavia contra el de Bielva, y éste gana, proclamándose campeón de su categoría. En la de segunda, es campeón Miguel Bustamante, clasificándose en segundo lugar José Giménez. También se jugó un campeonato infantil, que en primera categoría ganó la pareja de Santibáñez de Carriedo, Francisco y Justo Pelayo, dos hermanitos que prometían mucho. En la segunda categoría, Manuel y Agustín Escalante, de Mazcuerras, también con estilo, son campeones, seguidos de Marcos y Manuel Maza, de Villanueva, y de Celestino Lavín y Joaquín Salas, de Peñacastillo. Por parejas, en este concurso, los «Zurdos» son los vencedores netos, ganando la Copa del Campeonato Provincial y quinientas pesetas; el segundo puesto fué para los Maza; el tercero, para Varillas y «Ico», y el cuarto, para Serafín Presmanes y Rafael Díaz. Fué campeón de bolos, Rogelio; subcampeón, Fernando Gutiérrez. También se estableció una segunda categoría, que, por parejas, dió por vencedores a Manuel Lanza y Joaquín Giménez, que ganan la Copa y trescientas pesetas; son segundos Manuel Leñero y José Rodríguez, y campeón de bolos en esta categoría, M. Alba, y subcampeón, Leñero.

Y se cerró la temporada con otros pequeños concursos, que se verificaron por toda la provincia, en la que alternaron la mayoría de los jugadores, viéndose siempre la superioridad de los Maza, de los Mallavia y «Zurdos». Estaban todos en un gran momento de su juego.

UN MANO A MANO CÉLEBRE

La provincia se dividió en dos bandos. Se resucitó el tiempo de las polémicas por los ídolos taurinos. Había «istas» de Mallavia y del «Zurdo». Estos, no eran ajenos a aquella pasión, y hasta la fomentaron, llegando a concertar un famoso desafío. Se jugaban, como premio, quinientas pesetas y en cada jornada los jugadores apostaban cien pesetas. No cabía la menor duda de que ambos se emplearían a fondo. La localidad designada para ventilar este duelo, era Cabezón de la Sal. Allí se presentaron los dos hombres el día 15 de julio de este año 1934. No estaban solos. Junto a ellos, todo lo más florido de la afición, que se había trasladado en trenes y autos. La cosa lo merecía. Toda la tarde se llevaron jugando maravillosamente. Quizá hubiera una ventaja en el «Zurdo», que hizo un alarde del juego de estacazo, que le salvó grandes dificultades. Ganó por ocho a cuatro.

El segundo día, la expectación fué mayor. Era el día 29 de julio. El «Zurdo» ganó los dos juegos de concurso, un «chico» del primer partido a juego libre y los tres últimos del segundo, mientras que Mallavia ganaba los tres «chicos» del primero y los dos primeros del segundo. Al finalizar esta jornada, ya suma el «Zurdo» dieciséis puntos y nueve Mallavia. Terminados estos partidos, la misma tarde el «Zurdo» intentó derribar los diez bolos de diez estacazos, cosa

que hacía con frecuencia, pero desistió de ello al ver que no estaba bien de pulso. «Ico», su rival, los llegó a tirar, pero de once bolas.

El tercer encuentro se verificó el día 5 de agosto. Aunque el «Zurdo» lleva ventaja, las boleras de Barrecabras están completas de público. Este desafío tiene intrigada a toda la provincia. La Peña Bolística de Bielva, que ha hecho un estudio en la prensa del juego del «Zurdo», y que ha propalado sus características y hazañas por América, se siente satisfecha de su ídolo, y esta tarde sale con la seguridad de que el vencedor será Rogelio. Ha tenido una actuación de verdadero fenómeno. En el estilo de concurso ha hecho 117 bolos por 106 de «Ico». En el juego libre, los dos primeros «chicos» los hace Mallavia, pero Rogelio empató; mas el quinto «chico», que decidía, es ganado por el torrelaveguense. Juegan otro a estilo concurso y Mallavia llega a los 123 bolos y el «Zurdo» a los 103. El último encuentro es a juego libre y a tres «chicos», que Rogelio no dejó que Mallavia hiciera nada que mejorara su puntuación. La tarde fué pródiga en emociones, pues hubo «chico» que se creyó ganado por uno de los contendientes, por la gran ventaja que llevaba en bolos, pero luego se perdía, porque en el momento de mayor apuro para el posible derrotado, se salvaba con un emboque oportuno, que le permitía rebasar el tanteo. Este tercer día dejó la puntuación en veintitrés puntos el «Zurdo» por catorce Mallavia.

El último encuentro, por el mal tiempo y por la celebración de otros certámenes, se tardó en jugar bastante, no verificándose hasta el 28 de octubre, ganando el «Zurdo» este memorable desafío, si bien Mallavia, en una tarde de inspiración y buen juego, rebajó la ventaja, quedando en veinticinco puntos por veinticuatro. Verdadero empuje, que sirvió para que las discusiones no cesaran.

Con estos dos magistrales jugadores había un tercero que tenía también una fuerte corte de admiradores. Era Ángel Maza, a quien, a principio de la temporada de 1935, se le dió los honores de un homenaje en el restaurante El Centro. Este año estuvo más floja la lucha, no se acertó a montar un gran concurso, pues aunque la Asociación del Asilo de la Caridad hizo su campeonato en la Feria de Muestras, fué sin gran sabor. Solamente las partidas de los infantiles, que presentó Peñacastillo y que fueron las vencedoras del segundo grupo, llegaron a impresionar. Fueron campeones Celestino Lavín y Joaquín Salas, y subcampeones Alejandro Zamanillo y Fidel Bilbao, los cuatro de Peñacastillo. En el primer grupo, como campeones, quedaron Adolfo Cavia y Modesto Cabello, de Maliaño, y subcampeones, Vicente Magdalena y Eladio Selaya, de Nueva Montaña.

En el Campeonato Provincial por partidas, se dividió en dos grupos. Del primero fueron campeones Telesforo Mallavia y Fernando Gutiérrez, y subcampeones, Rufino Igareda y Saúl Herrera, ocupando el tercer lugar Félix Ovejero y Amós Benito. En el segundo grupo fué campeón Ramón Mallavia y Gándara, por haber vencido a Luis Concha y Francisco Villar, reservándose el tercer puesto para Serafín Presmanes y Rafael Díaz.

A parte de este torneo, se jugaron varios desafíos, con más o menos alboroto, destacando el que jugó el asturiano Noriega contra Marcos Maza, ganando

éste por cuatro a tres; el del «Zurdo» contra Ángel Maza, como final de la Copa de la «Cuerda» Royalty, jugada bajo el nombre de Copa Montaña a beneficio de la Asociación de Caridad y ganada por Rogelio. Este encuentro tuvo una segunda parte, ya que en la misma tarde, y para dar más aliciente al espectáculo, el «Zurdo» y Noriega jugaron contra los hermanos Maza, a los que ganaron por 229 bolos contra 201.

Y también, como todos los años, en Peñacastillo se jugó el titulado campeonato, que fué ganado por Ramón Mallavia y Gándara.

Y en medio de una gran polémica de prensa entre los partidarios del «Zurdo» y Mallavia, se empieza a desarrollar el año 1936. La Peña Bolística de Bielva sale a la defensa de Rogelio, a quien considera como el mejor jugador de la Montaña. Su argumento más poderoso es una estadística de los partidos en que se habían encontrado durante la temporada anterior, que era la más próxima, ambos jugadores. El balance arrojaba una cifra de veintitrés puntos a favor del «Zurdo» por quince de Mallavia.

Este resultado no le podía borrar los primeros encuentros que, en esta temporada de 1936, habían verificado los dos colosos. Habían éstos sostenido un desafío en San Vicente de Toranzo y en Comillas, quedando empatados. El partido decisivo se jugó en Torrelavega, y le ganó Mallavia. Fué entonces cuando la campaña de prensa arreció más. «Emboque», el competente crítico, inclinó su predilección por Mallavia, pero entonces la «peña» del «Zurdo» hizo público que el año 1935 se habían logrado estos resultados: en Ontoria, el «Zurdo», seis; Mallavia, cero. En Torrelavega, el «Zurdo», seis; Mallavia, uno. En San Vicente de la Barquera, Mallavia, seis y su rival, tres. En Comillas, Rogelio, seis y el torrelaveguense, dos. En Torrelavega, el «Zurdo» quédase con dos, y Mallavia, con seis. Realmente el tanteo era favorable al de Bielva por veintitrés a quince y tres desafíos ganados y dos perdidos. Tercia en la polémica «Estacazo» y se pronuncia por la superioridad de Rogelio, mientras Ruiz de Villa defiende ardorosamente a «Ico». Tal confusión se produjo, al discutir, que Román Sánchez de Acevedo sacó bandera blanca y cortó la polémica abogando por una Federación Bolística. Dieron su parabién las «peñas», los críticos, los aficionados de abolengo, y los lectores de *La Voz de Cantabria* vieron, por cientos los artículos de Estatutos y Reglamentos que Román había perfilado, dando a su obra un perfil semejante al de la Federación de Fútbol, en la que él, como presidente, había adquirido gran experiencia. Envió «Pepito Pedal» su reglamento por todos los pueblos, pero no pudo terminar su propósito. La política le atrajo con fuerza y a ella se entregó con toda su alma, para mezclarse con aquel enjambre de milicianos que para los frentes salieron. De la crítica deportiva se fué este hombre a la crónica de guerra, dejando que aquí se verificara la reapertura de las boleras de El Alcázar. Por la mañana del día 31 de mayo, Ángel Maza y «Tuto» vencen a R. Mallavia y M. Gándara por 212 bolos contra 182. Siguen luego el «Zurdo» y «Ico» Mallavia, los rivales, que se pelean con gran tesón, y empatan a 98 bolos. Sube la pasión, se cruzan no pocas apuestas y en el desempate el gran Rogelio hace 136 bolos y «Ico» 112. Como última jugada de esta mañana, se disputan la Copa San Julián entre

el «Zurdo» y Maza, que gana el primero por 130 bolos por 112. Por la tarde se juegan las mismas partidas a juego libre. Gándara y Mallavia se desquitan de la pérdida de la mañana, venciendo a Maza-Imaz. Vuelve la lucha entre «Ico» y el «Zurdo». El primero manda a ganar, desde dieciocho metros, a 27 bolos con cuatro bolas. Era difícil vencer, máxime si tenemos en cuenta que el «Zurdo» dejó queda la primera bola. Pero este hombre de grandes recursos y pulso certero, con la última bola que le quedaba por bajar, hizo un precioso y oportuno emboque, que le levantó la partida. Después, todos los participantes estuvieron haciendo alarde de su pericia, intentando derribar los nueve bolos uno a uno con nueve bolas. Nadie lo consiguió. Quien más se aproximó fué «Ico», pero haciéndolo con quince bolas. Después de este ensayo, el armador, con el bolo «benjamín» en la mano, segó todos los bolos, para que los hombres oyeran la señal de guerra. Los deportes, los juegos, que son la válvula de escape de las multitudes, donde la pasión se exterioriza caballeramente, se arrinconan cuando los hombres juegan con la muerte, por una lucha entre hermanos. El año 1936, pasó esto. Paz deportiva y guerra entre los hijos de España.

I y II CAMPEONATO DE ESPAÑA

Interregno forzoso por la guerra. Son tres años muertos para los bolos. Tímidamente se asoma, en agosto de 1939, en La Carmencita, este deporte, en un desafío que gana Ángel Maza al «Zurdo de Bielsa». Y la revancha, jugada en La Arboleda, fué también otro triunfo de Maza.

En los cuarteles de segunda fila de Falange, se han hecho boleras y la Organización Post-trabajo, precursora de Educación y Descanso, aprovechó esta coyuntura para interesar a los jugadores montañeses en un gran certamen que se desarrolló en La Arboleda. De él salieron vencedores los hermanos Maza, que hicieron 214 bolos, pero la nota destacada fué el éxito logrado por dos jovencitos, Cavia y Cabello, a quienes la afición empezó a conocer con el nombre de «Los chavales de Maliaño», que supieron clasificarse en segundo lugar con 196, siguiéndoles Ricardo Boya y Leonardo Real, de Torrelavega, con 195. Fué campeón de bolos Leonardo Real, con 110.

Como fin de temporada hay otra figura que empieza a tomar una personalidad propia de campeón. Es Joaquín Salas, que en Las Presas va perfilando su estilo y escalando puestos. Los «Chavales», Salas y Maza, venciendo este último en dos desafíos a «Ico» Mallavia, son los jugadores que empezaron a levantar la afición de la postguerra. Y cuando el año 1940 el «Real Santander» abre sus boleras en los Campos de Sport, del Sardinero, el debut en aquel terreno de los ya famosos «Chavales», que vencen por 169 bolos a Salas y Haya, interesa tanto a los espectadores, como la partida que Maza-Mallavia ganan al «Zurdo de Bielsa» y Gándara por 204 bolos. Y hasta la final de este concurso, jugada el día 15 de septiembre entre Benito Haya y Marcos Turiel, que vencen a Miguel Cueto y Rafael F. Calderón, por 190 bolos contra 184, dió ya sensación de que se estaba en presencia de un buen resurgir del deporte. Y el aficionado se

interesó más al ver que para hacer proclamación del campeón individual, Ángel Maza y Benito Haya tuvieron que desempatar dos veces, haciéndolo, al fin, a estilo concurso y ganando Maza por 153 contra 129.

Coincidió con esta marcha ascendente de la afición en la provincia y en particular en Santander, con el auge que, merced a los trabajos del veterano futbolista José Luis Campuzano, Íñigo Aguilar y Benigno Quevedo, realizaban en Madrid, con vistas a poner en práctica un gran desplazamiento de jugadores santanderinos. A sus trabajos se sumaron pronto Antonio Gorordo y, luego, Julio Cueto, que tanto hacía por los deportistas montañeses desde *Informaciones*, y otra figura llena de prestigio periodístico y de acendrado montañesismo, Víctor de la Serna, director del citado diario madrileño. Tan valerosos paladines tuvo el deporte de los bolos, que ellos pueden anotarse el triunfo de haber creado la Federación Española de Bolos, que en 22 de junio de 1941, recibe el espaldarazo del Consejo Nacional de los Deportes, en oficio que el glorioso Moscardó envió a «Tito» Gorordo, como primer presidente, dando la primer vicepresidencia para José Lopetegui Goicoechea, la segunda para Eugenio Gutiérrez Balbás, conde de San Diego; la secretaría para Valentín González Gutiérrez-Cueto y la tesorería para Víctor de la Serna y Espina. Esta candidatura es recibida con general aplauso y se confía en una labor positiva. Rápidamente se va a la constitución de las dos Regionales que puedan dar vida al organismo superior, pues se había empezado la obra en sentido inverso, ya que siempre se ha empezado por hacer en los juegos primero el jugador, luego los Clubs, éstos las regionales y éstas la Nacional. En Bolos se rompió la tradición, quizá con éxito, ya que las regionales que se habían creado morían seguidamente. Y el hecho cierto es que en septiembre se crea, en Madrid, la regional, y en agosto, previas unas visitas que hace en Santander «Tito» Gorordo, se establece en los altos del Café Boulevard, la regional de la Montaña, otorgándose la presidencia a Pablo Sánchez Palacín, la secretaría a Agustín Ruiz Cossío y la tesorería a Telesforo Gómez. Y empezó la difícil tarea de ir haciendo que los jugadores empezaran por tener su ficha oficial y que los propietarios de boleras adquirieran su licencia de campo. Y costó Dios y ayuda ir enderezando la anarquía reinante. Facilitó no poco la labor el saberse que un buen lote de jugadores de la provincia tenían que desplazarse a Madrid para jugar el campeonato de España. Esto daba ánimo y obligaba a una disciplina, que fué admitiéndose de buen grado. Hízose, por la premura de tiempo, un Campeonato Provincial, que dió vencedor, con 188 bolos y once emboques, al «Zurdo» de Bielsa, y fué segundo Joaquín Salas, con 147. El torneo se jugó a doble vuelta. Y con treinta y seis representantes que envió la Montaña y quince que puso Madrid, en las boleras del Duque de Sexto empezó el Campeonato de España, primero de todos los tiempos. Fueron unas jornadas que sorprendieron grandemente al elemento deportivo español. Fué un gran reclamo de nuestro juego de bolos y de aquella competida lucha salió vencedor Joaquín Salas, que hizo 544 bolos y ganó la Copa del Generalísimo. El segundo puesto fué para el «Zurdo» de Bielsa, que hizo 520; Manuel Gándara, 419; Ángel Maza, 393; Modesto Cabello, 310; Federico Mallavia, 302; Adolfo Cavia, 296; etc., etc.

Coincidiendo con este torneo, se jugó el Concurso de Otoño, que estaba destinado a las parejas. Resultó un triunfo de los «Chavales de Maliaño» Cavia-Cabello, que hicieron 897 bolos en cuatro tiradas, contra 853 de Gándara-Mallavia (F.), en igual boladas; siguieron Imaz-Salas, con 636, y Ruiz-Revuelta, con 629 con tres tiradas. Hay que hacer notar que tanto en el Campeonato Provincial como en el Nacional, para lograr el título de campeón individual se vieron frente a frente Salas y el «Zurdo». De ellos dijo, en sus crónicas, M. Heracleio González, que había paridad de fuerzas. En Santander, vence el «Zurdo» por sus certeros emboques; en Madrid, Salas, con sus boladas prodigiosas. En Rogelio estaba la veteranía; en Salas, la juventud, con ímpetu avasallador.

Esta salida a Madrid ha sido muy beneficiosa para todos. Por lo pronto, para el año 1942 nadie se duerme. Y ya por la primavera, cuando Víctor de la Serna suena su cuerna de buen cabuérnigo, llamando, cual si estuviera en Luzmela, a los montañeses para que vayan a ese corro que él tiene en Madrid, donde todas las tardes va dejando caer en el ambiente las viñetas impregnadas de montañesismo a ese *Informaciones* acogedor, los jugadores de bolos ya tienen sus pulsos firmes y sus brazos ágiles. Y a la bolera del Duque de Sexto llegan el «Zurdo» de Bielsa, Maza, Mallavia, Gándara, el «Mozo de Campuzano», Salas, Cabello y Rufino Igareda, para medir sus fuerzas con Eloy Ruiz, José Pérez, Manuel Noriega, Benigno Quevedo, Luis Rasilla, Ramón Genaro, Valentín González, Guillermo Revilla y José Luis Campuzano. Y el 15 de mayo de este año 1942, la plana mayor del deporte bolístico allí estaba. «Tito» Gorordo y Palacín, como presidentes Nacional y Regional; el Conde de San Diego, con toda su solera de buen aficionado; el general Buruaga y Dolores Gutiérrez; Campuzano e Íñigo, por la Regional Centro; Julio Cueto, por *Informaciones*; «Estacazo» y «Aruco», por la prensa santanderina. Con tan lucido plantel de espectadores empezaron las eliminatorias, destacando el primer día Joaquín Salas, que se apuntó 221 bolos; Igareda, 214; «Mozo de Campuzano», 207; José Pérez, 207; Quevedo, 197; Maza, 196; Cabello, 195, y «Zurdo», 195. Al segundo día se van clareando los puestos. Quedan eliminados Quevedo, Pérez, Maza y «Mozo», y hubo una verdadera pugna para buscar la clasificación entre Igareda y el «Zurdo», haciendo el primero tres emboques y uno el «Zurdo». A la final llegaron «Finín» Igareda y Salas, teniendo el primero una ventaja de veinticuatro bolos, pero Salas, con gran serenidad, logra un emboque, que le nivela, y en la tirada final, otro, que le da el título de campeón de Primavera del diario *Informaciones*.

No había duda de que Salas estaba ya preparado para seguir su carrera deportiva en el resto del año. Su forma era excelente y al revalidar en Madrid su presentación en el primer campeonato oficial de España, su crédito quedó elevado. En Santander, también la Federación estaba atareada. Pesaba sobre ella la preocupación natural del campeonato regional y la enorme responsabilidad de tener que organizar el Campeonato de España. Era preciso mover influencias, adquirir premios, mendigar subvenciones y preparar un escenario digno de tal acontecimiento. Se tenía la impresión de que el público respondería, pero en los deportes nadie puede garantizar un éxito. Y esta preocupación

fué desechándose a medida que se veía que las Corporaciones respondían al llamamiento y que los grandes y buenos jugadores de la época estaban entreñándose periódicamente.

Se empezó con el Campeonato Provincial, dividiendo la provincia en dos zonas: Santander y Torrelavega. Cada zona clasificaría quince jugadores, que con los dos que fueron campeón y subcampeón, Salas y el «Zurdo», componían el lote de los treinta y dos que empezarían las verdaderas eliminatorias. Comenzaron éstas el día 2 de agosto. Los dieciséis que se clasificaron, tenían, con otros ocho, o sea, con los veinticuatro primeros de los treinta y dos, derecho a participar en el Campeonato de España, pues estas eliminatorias les clasificaban para ello. Y se dió el caso sorprendente, que desconcertó a la afición, de que el «Zurdo» fué eliminado por Luis Noceda, pues no fué capaz de hacer 105 bolos, sin perjuicio de que luego jugara un desafío con Ángel Maza y en tres «chicos» sacara catorce emboques, y en una tirada de tres bolas metiera otros tres emboques. Los «Chavales de Maliaño» y Maza, hicieron verdaderas proezas, quedando bien clasificados. Fué poco a poco avanzando este certamen y el día 25 de agosto, la gran semana de bolos, está en la Plaza de Toros, de Cuatro Caminos, en todo su poderío. El Conde de San Diego hace la inauguración oficial del corro, tirando dos bolas y seguidamente se entra a jugar la final del concurso que había organizado *Alerta*, previo un desafío que ventilan el «Zurdo» y Maza, a estilo concurso, contra «Finín» y Cabello y que ganan éstos por 196 bolos y 195. Esta final debían ventilarla Mallavia-Gándara, por un lado, y Salas-«Tuto», por otro. Salas tuvo desgracia, pues se le quedaron seis bolas y no se decidió a tirarse a emboque en la primera parte al ver que le llevaban ventaja, empeñándose en arreglar y quedándose porfiadamente. Ganó la pareja Mallavia-Gándara por 223 contra 163.

Al día siguiente se juega el Campeonato Provincial. Es el 26 de agosto, la bolera está pesada por el agua que ha caído y el juego que se hace no es muy brillante. Sólo se ha logrado un emboque, que fué debido al campeón provincial Modesto Cabello, que hizo 561 bolos. Isidro Maza, le sigue con 514; R. Mallavia, con 420; Joaquín Salas, 413; Juan Montoya, 309; M. Gándara, 304; F. Mallavia, 300; Rafael Calderón, 296.

Y como fin de estas grandes jornadas bolísticas, vividas con una expectación desconocida, celebradas con magníficas entradas, que llenaban la mayor parte de los tendidos de sombra del circo taurino, se celebró el Campeonato de España. El segundo campeonato oficial. El día 30 de septiembre se juegan los cuartos de final. De ellos salen eliminados «Ico» y «Foro» Mallavia, el «Zurdo» de Bielsa y el madrileño Constantino Pérez. A las semifinales llegan Modesto Cabello, Joaquín Salas, con su título de campeón de 1941; Manuel Gándara y Ángel Maza. Son duras las peleas, muy igualadas y pierden los dos jóvenes. Cabello y Salas. La final es emocionante. Van igualados a 477 bolos al empezar. Hasta la sexta tirada se confirman las diferencias. Arranca de la séptima una ventaja de siete bolos a favor de Maza, pero Gándara se apresta a buscar el desquite y saca un magnífico emboque. La propia Federación Nacional, al hablar de este campeonato, dice que «lo más saliente fué la actuación del

campeón Manuel Gándara. La ventaja lograda en la semifinal por su contrincante Ángel Maza, fué superada por el campeón con un emboque de la mejor factura. El campeón hizo gala, durante toda la competición, de un temple maravilloso, no así el subcampeón, Maza, que, quizá emocionado por las posibilidades del triunfo en las semifinales, malogró un título que apercibíamos casi seguro».

Los resultados obtenidos fueron: Manuel Gándara, campeón de España de 1942, con 596 bolos y tres emboques; Ángel Maza, subcampeón, con 589 sin emboques; Modesto Cabello, con 451 y un emboque; Joaquín Salas, 419 y un emboque; Federico Mallavia, 324; Rogelio González, el «Zurdo», 320; Telesforo Mallavia, 307; Constantino Pérez, 302; etc. Y como final de las grandes fiestas, a Julio Cueto, el brillante cronista santanderino, que en Madrid se ha abierto paso entre toda la crítica deportiva, dando prestigio a la sección deportiva de *Informaciones*, se le entregó el Emboque de Oro que concedió la Federación Nacional, como pago merecido a sus trabajos hasta lograr que tuviera categoría nacional el deporte montañés por excelencia. Y también la Federación Regional le hizo entrega de un pergamino como prueba de gratitud por sus trabajos en pro de los bolos. Y al parecer todo el mundo estaba contento.

DOS CAMPEONES NACIONALES: SALAS-GÁNDARA

Todavía el año 1942 fué movido en bolos. En Puente San Miguel, los familiares del finado don Darío organizaron un concurso de «ases», en el que Cabello, «el Chaval de Maliaño», ganó brillantemente al veterano Gándara. Pero se buscó un pretexto para seguir la lucha. Se dijo que aquel triunfo del «Chaval de Maliaño», era debido a que, siendo más joven que Gándara, le había favorecido la rapidez con que se habían llevado los partidos, encontrándose el veterano fatigado. De aquella bien llevada polémica surgió un desafío. Se dió tiempo a que se jugara el XIX Concurso individual, de Miera, que ganó «Finín» Igareda con 177 bolos y tres emboques, estableciendo una marca, pues batió la de 164 que tenía Calderón. También se jugó, en el mismo corro, la Copa Peñacastillo, que ganó «Finín» en una final con Mallavia por 632 por 575 de Ramón. Fué una buena competición, donde Igareda lanzó tres emboques impecables. Y se fué al famoso desafío. Se habían dictado unas bases muy ajustadas al momento. En vez de la lucha individual entre Cabello y Gándara, se hizo una partida de cuatro hombres por Torrelavega y cuatro por Santander. La de Torrelavega estaba hecha a base de Gándara, «Ico» y Ramón Mallavia y «Mozo de Campuzano». Lo mejorcito de casa. En frente colocó Santander a Cabello, Maza, «Finín» y Salas, también lo que tenía entonces mejor precio. Se tenían que jugar dos partidos, uno en cada ciudad. Se empezó en Torrelavega el día 11 de octubre. Los dos juegos de estilo concurso los ganaron fácilmente los torrelaveguenses. En los de libre estilo, ganaron tres lo de Santander y uno sus rivales. Hubo un incidente entre el público, que se metió en la caja de los bolos, por sostener los dos jueces árbitros disparidad de criterio sobre un

emboque, pero puestos de acuerdo los propios jugadores y el juez, se pudo continuar las partidas. El día 12 se repitió el desafío en La Carmencita. Los juegos de concurso los ganan los de Santander por 268 bolos contra 257. En el juego libre, también los de la capital triunfan por tres a uno. Y se acabó el desafío con el triunfo de la partida de Santander.

El ambiente estuvo caldeado una temporada entre los distintos aficionados. El presidente, Palacín, dimitió, y se hizo cargo de la presidencia interinamente el crítico de *Alerta* Agustín Ruiz Cossío, «Aruco», que era secretario regional. Se apresura a venir a Santander el presidente nacional «Tito» Gorordo, y empieza a terciar con poca fortuna. Sugiere la idea de dividir la provincia en dos Federaciones, con sede la una en Torrelavega y la otra en Santander, que no puede cuajar. Es más acertado el criterio de «Aruco», en *Alerta*, cuando propugna por hacer sociedades deportivas que impidan que los jugadores lleguen a convertirse en profesionales, y sean ellas las que se encarguen de sostener sus gastos de desplazamiento, buscando además la finalidad de tener boleras de clubs, para evitar que los campos de juego, de hoy, sean negocios, salvo raras excepciones, de taberneros de pueblo. Fué con estas campañas de «Aruco» y con los serenos comentarios de «Estacazo» dulcificándose el ambiente y se pudo lograr que un grupo de constantes aficionados se hicieran cargo de la Federación. En febrero, en una comida íntima que se verificó en La Carmencita, bajo la presidencia de Gorordo, se encargó de la dirección, como presidente federativo, Fernando Quintanal; vicepresidente, José Antonio Rodríguez; secretario, Francisco Camarero; tesorero, Eusebio Vélez. Gorordo dió unas consignas para el año, se elogió a las figuras cumbres de la época, Gándara, Maza, Mallavia, «Zurdo», Salas, los «Chavales», «Finín», y cuando apenas habían comenzado a actuar estos buenos hombres, tuvieron que organizar un acto de despedida a Cabello, que siendo ya una personalidad bolística nacional, abandonaba su hogar para ir a servir a su Patria. En la despedida, el muchacho pudo escuchar de la más alta autoridad de bolos en la provincia, de Quintanal, aquella afirmación de que era el maestro en la jugada del pulgar arreglando. Y se fué tranquilo. Aquí quedó la Federación haciendo una verdadera labor. Iba creando «Peñas» bolísticas, agrupando elementos, haciendo vida paternal, para todos. Tenía, además, una dura labor que cumplir. La Nacional tiene, gracias al trabajo ímprobo de un muchacho todo inteligencia, voluntad y dominio de la materia, de Manolo Alonso Díaz, terminado su reglamento de consurso. De la hondonada de Hijas y del corro de Los Corrales, tan frecuentados por aquel admirable chiquillo, todo modestia y organización, se había sacado nada menos que la ley bolística de España. Y a su autor, pues en su mayoría fué suya la obra, se le premió con el Emboque de Oro. Este reglamento había que ponerle en práctica en Sevilla y la Nacional daba instrucciones a las Regionales para que formaran sus selecciones. Escoger en la Montaña doce jugadores, con la plétora que se tenía de ellos, era difícil, pero la Regional se dió tal arte y obró con tal justicia, que cuando en abril envió a la prensa su lista, no hubo una sola queja que oponer. Y la nota en que la afición se enteró de su decisión, decía así:

«Se tuvo en cuenta la gloriosa historia y veteranía de unos, el arte y estilo de otros y la presencia de valores que se inician y se espera que sean dignos continuadores de los consagrados. Han sido elegidos: Manuel Gándara, campeón de 1943, que representa a Torrelavega; Ángel Maza, de Santander, subcampeón de 1943; Federico Mallavia y Gabino Revuelta, «Mozo de Campuzano», de Torrelavega; Rogelio González, «Zurdo de Bierva»; Joaquín Salas y Aurelio Imaz, de Peñacastillo; Emiliano Gutiérrez, de la Peña Bolística de Torrelavega; Rufino Igareda, del Club Bolístico de Santander; Modesto Macías, de Alceda-Ontaneda; Isidro Maza, de Cayón, y Constantino Pardo, de Los Corrales de Buelna.»

Esta selección llega a Madrid, de paso para Sevilla, el día 3 de mayo, y en las boleras madrileñas, Víctor de la Serna, en nombre de la Nacional, les organiza una fiesta íntima con discursos de tonos elevados, con vino de Jerez y con unas partidas en las que las hijas del Conde de San Diego jugaron unas mixtas con el campeón y subcampeón nacional. Y como fin de fiesta, el «Zurdo» se dispuso a derribar los nueve bolos, haciéndolo de ocho, pues sólo le falló una bola. Y el día 6 de mayo de este año 1943, en Sevilla, se deja un rato de cantar flamenco, porque en las boleras, las chicas de la Coral de Torrelavega, que presencian el torneo de Primavera, entonan aires montañeses y suenan las pande-retas y el pito y el tamboril. Parece una gran romería montañesa, donde los «jándalos» sienten la emoción de su tierra nativa y se entusiasman cuando los jugadores lanzan bolas con el estilo y la gracia de aquella maravillosa embajada que la Montaña llevó a tierra andaluza. Y, día tras día, van las eliminatorias dejando a los sevillanos Isidro y Clemente. González, dos hermanos que les tocó eliminarse con Maza y el «Zurdo», fuera de combate, y luego otros dos hermanos, los Treceño, quedan eliminados por el «Mozo de Campuzano» y Guillén. El día 7 se colocan en cabeza los torrelaveguenses Gándara-Mallavia y «Mozo de Campuzano»-Guillén, con 231 bolos cada una, seguidos de cerca por «Tuto»-Salas, con 225; Maza-«Zurdo», con 223. El día 8 siguen en cabeza los torrelaveguenses, con Mallavia-Gándara, 475 bolos; Guillén-«Mozo», 457; Macía-«Finín», 435; «Tuto»-Salas, 434; Maza-«Zurdo», 426. Quedan para las semifinales, por un lado, Gándara-Mallavia, que ganan a Macías-«Finín» por 685 y 633, y Guillén-«Mozo», triunfan sobre «Tuto»-Salas por 699 y 657. Y se llega a la final entre dos partidas de Torrelavega. Ganan Mallavia-Gándara por 918 y 902, pero es de hacer notar que «Mozo»-Guillén sacaban catorce bolos y que se llegó a empatar a veintisiete, perdiendo la gente joven la partida porque se le fueron, en cuatro tiradas, dos bolas en blanco al «Mozo».

Al regreso, se les complicó en Madrid en la Copa *Informaciones*. Sale de la pugna campeón individual Maza, con 120 bolos, seguido de Modesto Macías, con 109; Igareda, con 108. Todos reunidos nuevamente en Santander, tienen un recuerdo para Roviralta, que con sus sesenta y tres años aún se le ve por las boleras añorando sus buenos tiempos. Y en su honor habló el presidente Quintanal, y jugaron Marcos, Varillas, Juan Antonio y Carmelo, por Torrelavega, con doscientos cinco años en conjunto, contra el propio homenajeado, que tenía sesenta y tres años y que sumaban, con sus compañeros de juego, Presmanes, Alfredo y Zamanillo, doscientos once años. Esta partida de viejas glorias sanderinas, venció a las no menos laureadas figuras torrelaveguenses. Y los

«ases» en activo, Gándara, «Ico», Ramón y Guillén, ganan fácilmente a sus rivales de Santander «Tuto», Maza, «Finín» y Salas.

En Santander hay un poco de calma, mientras en la provincia se van perfilando partidos interesantes. El club «Darío Gutiérrez» inaugura su bolera en Puente San Miguel, con asistencia de lo más florido de la Montaña en bolos, como se mereció la figura de don Darío y la solera bolística de aquel pueblo. Se termina en Santander el campeonato de Juventudes de Franco, que gana Santander, con 811 bolos; Madrid sigue, con 629; Palencia, con 366, y Sevilla, con 334. Y empieza a jugarse el campeonato de *Alerta*, en su segundo año. En las eliminatorias caen los dos finalistas del año anterior, Salas y «Tuto». Hay dos categorías. En la primera, vencen Mallavia-Gándara, y en la segunda, los Cabello. Y se entra de lleno en las pruebas oficiales. Primero el Campeonato Provincial, el tercero que organiza la Federación Regional. Quedan clasificados en las primeras eliminatorias, Maza, con 246 bolos; «Mozo», 214; «Tuto», 210; Salas, 205; Polanco, 197; Escalante, 194; José Bedia, 194, y empatados a 188, «Foro» y Castanedo. El desempate le gana Mallavia. El día 5 de septiembre se jugaron, en una sola jornada, las eliminatorias, que sirvieron para eliminar a Escalante, Bedia, «Foro» y Polanco. En la segunda vuelta caen Salas y «Tuto». Y en la última, el triunfo de Maza estaba descontado, pues llevaba 488 bolos y 416 el «Mozo de Campuzano». Donde verdaderamente se sostuvo la lucha fué en la anterior, pues rondando los 416 del «Mozo» se quedó Salas con 414, y «Tuto» con 412. Quedó, pues, campeón provincial de 1943, Ángel Maza, y subcampeón, el «Mozo de Campuzano», en quien se vió una mejora notable, pasando de su juego de gran bolista a una postura más depurada y un ritmo en su cuerpo más elegante.

Y también por delegación de la Nacional, se juega en Santander el III Campeonato de España. Se lleva al mismo escenario del año anterior, a la Plaza de Toros. Hay más afición que el pasado año, los tendidos de sombra llenos, el foso de la barrera, repleto, y en los estribos los jugadores en mangas de camisa esperando les llegue el turno para tirar sus bolas. Participan jugadores de las regiones castellanas, asturiana y cántabra. Castilla, con cuatro; Asturias, con dos, y Santander, con diez. En las primeras rondas quedan eliminados Revuelta, con 195 bolos en dos tiradas. Con las mismas quedan también fuera José Bedia, con 191; Alberto Noriega, con 189; Luciano Polanco, con 177; Guillermo Revillas, con 175; «Foro» Mallavia, con 171; Evaristo Dosal, con 166, y Federico Castanedo, con 164. Después, cuando habían hecho tres tiradas, salieron eliminados Constantino Pérez, con 291, y con igual bolada, Benigno Quevedo; Lucas Noriega, con 313, y Ángel Maza, con 318. Las semifinales las pierden Manuel Escalante, que se quedó con 439, y Aurelio Imaz, con 448, habiendo tirado cuatro. Y la final fué jugada entre Joaquín Salas y Manuel Gándara. El primero era campeón de 1941, Gándara lo era de 1942. Cualquiera de ellos que venciera volvía a revalidar el título. La lucha fué hermosa, digna de ambos campeones. La ganó Salas por 593 bolos contra 570 de su rival. Por segunda vez se llevó la Copa del Caudillo a su casa este gran jugador, campeón nacional. Y con el título de campeón de segunda categoría provincial, que ganó

antes de jugarse el Campeonato de España, Rafael Pérez, de Borleña, que hizo 553 bolos en cinco tiradas, y con el de subcampeón, Lino Galdos, de Santander, con 512, se entró a jugar el campeonato de productores, que ganó el equipo de Los Corrales de Buelna, compuesto de Polanco, Pardo, Obeso y Solar, seguido del de Polanco, que ganó el segundo, y del de «Nestle» y «Sol-vay», que ganan los otros dos premios.

También este año se juega el campeonato infantil, en Torrelavega. Francisco López, con 344 bolos, y Casimiro Pérez, con 355, llegaron a la final, que gana Casimiro, con 453 y un emboque, mientras que López, sin emboque, hizo 446. Por la actuación que con estos infantiles venía sosteniendo, entrenándoles y dotando los concursos de premios, la Federación Nacional concedió el Emboque de Plata a Severino Prieto, buen jugador y mantenedor del juego entre la gente menuda. Buen premio y merecido.

Y se acaba el año con la presencia en Madrid, con motivo de la Exposición Deportiva y del Congreso de Educación Física Nacional, de los «ases» montañeses «Mozo de Campuzano», Salas, «Zurdo» y Gándara en las boleras madrileñas, para dar a los congresistas una lección completa de cómo es y se juega el noble deporte de los bolos.

DEL «ESTACAZO»

El año 1944 empieza con la dimisión del presidente regional y con el homenaje a Ángel Maza. Recibió éste una valiosa vitrina, donde pudo guardar sus treinta y cuatro copas y varios bolos o emboques que como trofeos había ganado dignamente. Y don Fernando Quintanal se pasó al rincón modesto del aficionado de corazón. Al frente del organismo federativo se colocó a un hombre todo entusiasmo, buen sentido y buena fe. Ya se había fogueado en cargos de esta índole antes de llegar a la suprema autoridad. No era advenedizo, ni un improvisado, sino un viejo y buen aficionado. Con éste—Eusebio Vélez Mier—se quedaron, como vicepresidente, Juan A. Rodríguez, que representaba al sector de Torrelavega; de secretario actuaba, Adrián Pérez; de tesorero, Francisco Camarero, y de vocal asesor, el crítico de *Alerta* Agustín Ruiz Cossío. Empezaron su labor calladamente estos nuevos federativos. El aficionado no sabía qué labor estaban haciendo, pues su atención estaba distraída en seguir la polémica que Bernardo González había iniciado, con su seudónimo de «Estacazo», en *El Diario Montañés*. Sostenía éste que había llegado el momento de que la Nacional terciara sobre el particular. Se admitía como válido el estacazo en una parte de la provincia, y en otra, no. Santander consideraba esta jugada buena, y Torrelavega le negaba valor. Y él pedía a la Nacional, que se iba a reunir por aquellas fechas, que prestara atención a su propuesta de implantar esta jugada como válida en los concursos, y otras modalidades que la práctica iba enseñando como necesarias.

Esta propuesta sirvió para que los dos bandos, con mucho calor, pero también con gran respeto, se batieran tenazmente desde la prensa. Torrelavega des-

plazó a lo más representativo, para que influyera con sus opiniones. Así, Federico Mallavia, cuya autoridad nadie podía dudar, sentó como principio su opinión contraria al estacazo válido, pero si éste se quería admitir, condicionaba su aceptación a que de antemano el jugador cantara la jugada, de tal forma, que si da al bolo se la considere válida, y se la deje por queda si no le pega. Otra opinión fué la del presidente de la Peña Bolística, Carmelo Sierra, quien se muestra contrario a la validez de la jugada. Culpa al estacazo de haber hecho desaparecer aquellas jugadas que hacían los segadores barriendo materialmente la caja, y sostiene que los emboques deben ser sacados golpe en tierra. Otra opinión en contra es la de Luis Abascal, presidente de la Peña Darío. Fundamenta su hostilidad a la jugada del estacazo, en que siendo, sin duda ninguna, el tiro y raya las dos primeras reglas que tuvo el juego, no hay razón para que por una jugada más o menos vistosa, haya que prescindir de una de estas dos elementales bases del juego. También el jugador Manolo Gándara es partidario de no dar por válida la jugada del estacazo, preguntándose: «¿para qué tenemos raya?», y contestándose seguidamente de esta manera: «para que la bola que no llegue, dejarla por queda. Luego con esto está dicho todo». Y agregó, que no le parecía justo que si él tiraba una bola, bien tirada, y derriba cuatro bolos y se interpone uno que no la deja llegar a la raya, es queda, y, en cambio, si da el estacazo, tira cuatro bolos y no llega a la raya, se la da por válida. Esto —termina diciendo—no es lógico. Otra firma de gran valor que se pronunció en contra del estacazo, fué Julio Cueto. Sostuvo el criterio de que la Nacional no le había reglamentado porque conocía las discrepancias que existían en la provincia sobre el particular y por eso decidió «lo que es igual para todos, no es ventaja para nadie». Sostenía sus puntos de vista desde *Informaciones*, entendiendo «que con el estacazo el riesgo le corría el jugador porque quiere y no porque le obligue el reglamento. Tal vez el premio de diez bolos por emboque sea poco para la desventaja que supone para el jugador la queda (pérdida de la bola de estacazo), pero esto puede subsanarse aumentando el valor del emboque en quince o veinte bolos. Por lo demás es como si en fútbol quisiéramos que el balón que da en los postes valiera gol o que en el frontón, la dejada, que da en la chapa, valiera tanto a su ejecutor. En ambos casos la realización de esas jugadas tiene indudable mérito, pero el premio son los aplausos de los entendidos».

Contra estas valiosas opiniones, se alzó el resto de la provincia. Solares, su Peña Bolística, representada por su presidente señor Gutiérrez, mostróse partidario del estacazo, porque era motivo de emoción y vistosidad, a la vez que el jugador no corre el riesgo de quedarse tan fácilmente, tirando bien sobre el bolo. La figura señera de Telesforo Gómez, el veterano jugador y que tenía probada su competencia haciendo de árbitro en las competiciones oficiales, terció también en la polémica y después de hacer un recorrido histórico para demostrar que el juego del estacazo es el de la emoción, y el de «al palo dos, al palo dos», es el traído por la impotencia de los indios, se pronuncia por la jugada, porque «hay que dar alegría a las bolas, colocándolas donde debe colocarse: al pie del bolo». Pero donde la fuerza persuasiva, la serena discusión,

el razonamiento clarividente, se exteriorizó con un dominio absoluto de la materia, fué en la Peña Bolística de Bielva. Con ese estilo, fino, claro y razonado que siempre emplea en sus escritos esta admirable agrupación de aficionados modelo, fueron defendiendo la jugada del estacazo, viéndola a través de los jugadores. La postura de los de Bielva, en este aspecto, era terminante. El jugador que condena sea reglamentado el estacazo, le teme, y está proclamando la valía excepcional de la jugada y su falta de aptitud para lograrla. Y refiriéndose a la jugada propiamente dicha, la Peña de Bielva sostenía:

«Nosotros NO DAMOS VALIDEZ TAMPOCO A LA BOLA QUEDA DE ESTACAZO; le otorgamos un trato de favor que se merece, un privilegio disculpado por la suprema emotividad deportiva; pero sobre todo, miramos al interés universal del juego, al pensamiento público, e introducimos una particularidad que llena ampliamente la atención de los espectadores, en una regla de captación que no representa violencia airada contra la opinión de los demás: La bola queda de estacazo DEBE SER REPETIDA, siendo válida con todos sus efectos si vuelve a derribar el bolo de estacazo y pasa la raya.

»He ahí una fórmula sencilla que aumentará el número de jugadas emocionantes y que debe ser impuesta desde arriba y aceptada desde abajo por su propia conveniencia, desde cualquier punto de vista que se la considere.»

Cuando la polémica estaba ya terminando, la Nacional, en el mes de mayo de este año 1944, reglamentó la jugada de esta forma: que daba la razón al sector de la capital y que decía:

«Estacazo. Se considera válida la bola que, lanzada desde el tiro, al caer lo haga sobre el primer bolo o su estaca, de tal forma que, sin pasar la línea A. F. quede dentro del ángulo recto formado por la mitad de esta línea, la comprendida entre el bolo llamado del medio y su banda lateral respectiva, derecha o izquierda, según donde esté situado el emboque, y otra línea que partiendo del bolo medio llega hasta los tiros, que es la que forma la llamada línea de tiros. Con el fin de evitar su prolongación real hasta los tiros, la suponemos suficientemente con que llegue hasta su fleje, y se señalará al igual que las demás rayas. Se entiende que la situación del emboque es el que determinará la validez del estacazo, dentro de su ángulo correspondiente. Se aplicará en el estilo de concurso y juego libre de competiciones oficiales.»

Y después de esta manera terminante de zanjar la cuestión, por el momento cesó el ruido. Pero estaba latente el descontento para un sector.

ÁNGEL MAZA, CAMPEÓN DE ESPAÑA

Se había concedido el Emboque de Oro a doña Dolores Gutiérrez Juanco, en memoria de su padre don Darío, y el de Plata a Gonzalo Roviralta. La Peña Bolística «Darío Gutiérrez», quería aprovechar el calor de la polémica del estacazo para enfrentar a Federico Mallavia y al «Zurdo», como si dijéramos, las dos escuelas que habían reñido fiera batalla. Mas la Peña Bolística de Bielva, en una nota sumamente diplomática, no se consideró que tenía la autorización de la superioridad para llevarse a cabo el desafío de la copa de los de Puente

San Miguel. Y evadió, por muchas razones, el llevar a su patrocinado a la «catedral» de Puente.

Pero la gente quería, a todo trance, ver un desafío entre Torrelavega y Santander y salió un valiente que entregó mil pesetas para jugar en dos tardes, una en Torrelavega y otra en Santander. Dos jugadores por cada bando a nombrar libremente entre ambas ciudades. Torrelavega señaló a Federico Mallavia y Manuel Gándara, y Santander a Joaquín Salas y Ángel Maza. Se juega primero, el día de la Ascensión, en Torrelavega, en la bolera de la Peña «Telesforo Mallavia». Gana Santander el juego de concurso, haciendo 234 bolos por 209. Es notable una tirada de Maza, que hace el birle a cinco por bola y saca un emboque, lo que permitió salvar la desventaja de una bola queda de Salas. Luego se juegan dos «chicos» a juego libre. El primero, en la primera tirada, Torrelavega hace 31 bolos y Santander 38. En la segunda tirada, Torrelavega manda a ganar a Santander a 22 bolos, que hacen fácilmente. En el segundo «chico», en la primera tirada, Santander hace 27 bolos y Torrelavega, 21. En la segunda, no puede hacer Torrelavega los 33 bolos a que le manda Santander a ganar. Hay un descanso y se vuelve a jugar a estilo concurso y pierde Santander por 231 bolos contra 227. Juego libre: primer «chico», primera tirada, Santander 33 bolos; Torrelavega, 26. Segunda, Santander manda a ganar a 38, que Torrelavega no hace. Segundo chico, primera tirada, Santander, 29; Torrelavega, 23. Segunda, Santander hace los 22 bolos a que le manda a ganar.

El día 28 de mayo, después de esta neta victoria de Santander, se juega en La Arboleda los partidos correspondientes a Santander. En juego concurso, gana Maza y Salas por 234 bolos contra 205, haciendo Maza un emboque y dos quedas; Salas, una queda; Gándara, un emboque y dos quedas. En juego libre: primer «chico», primera tirada, Santander, 23; Torrelavega, 31. Segunda tirada, Torrelavega hace fácilmente los 20 bolos a que le manda a ganar Santander. En el segundo «chico», es un triunfo de Torrelavega. Se descansa y en el estilo concurso Torrelavega gana a Santander por 228 bolos contra 215. Los dos juegos libres, los gana también Torrelavega, pero sumados los puntos de ambas jornadas, Santander sale triunfadora y gana las mil pesetas del desafío.

Mientras, por Renedo, por Sarón, por Los Corrales y demás pueblos, la gente está viendo desfilar a los «ases» de la Montaña. Contribuyen a estos desfiles la obra que están llevando a cabo las «peñas» bolísticas, que está acelerando su funcionamiento el presidente Vélez, con su amistad y consejo. La de Los Corrales, la preside Gerónimo Solís Prieto; la de Bielva, Benito Marcos Cuervo; la de Borleña, Máximo Quintanal; la de Polanco, Agustín Herrera; la de Reinosa, Ricardo Bustamante; la de Cudeyo, Ricardo Ontañón, y así se continuaría una fila interminable de entidades y buenos aficionados a su frente.

La bolera cerrada de Sarón estaba en moda y el «Zurdo de Bielva» había hecho en ella la hombrada, correspondiendo al homenaje que se le ofrecía, tirando en una sola tirada sus tres bolas para alcanzar tres emboques, siendo llevado en hombros por toda la bolera repetidas veces.

Y en Madrid, en el Concurso de Primavera, en las boleras de la calle del

Doctor Ezquerdo, el propio «Zurdo» y Maza se proclaman vencedores, dejando el segundo puesto para el «Mozo de Campuzano» y Ramón Mallavia.

Aquel mal sabor que había dejado la solución del pleito del estacazo, estuvo a punto de hacer fracasar el tradicional concurso de bolos que Torrelavega todos los años verifica con motivo de las fiestas de la Virgen Grande. Gracias al espíritu de concordia que supo llevar a los más descontentos el alcalde de la ciudad, se verificó el certamen, del que salió vencedor, en primera categoría, Modesto Macías, y en parejas, el mismo jugador y Marcos Maza (hijo). En la segunda categoría, es Constantino Pérez el ganador.

Y con este buen aperitivo, se entra a disputarse el IV Campeonato Provincial de Bolos. Toman parte cincuenta y dos jugadores y se ha tomado el acuerdo de irlos pasando por varios corros de la provincia. La Federación, y sobre todo Vélez, despliega un gran trabajo de organización. Se empieza entregando la primera organización al Club Bolístico Peñacastillo. En estas eliminatorias, de cincuenta y dos se sacan treinta y uno, que con Maza, por ser campeón y tener derecho a entrar avanzado el campeonato, jugarán cinco eliminatorias. Sale en cabeza de estas primeras pruebas el «Chaval de Maliaño», que está pasando en Santander unos días de permiso, pero tiene que abandonar el concurso para seguir prestando sus servicios con la Patria. Pasan los treinta y dos logrados a Torrelavega, donde, el día 3 de septiembre de este año 1944, se trata de buscar a los dieciséis mejores, que el día 10, del mismo mes, se enfrentarán en Sarón. Ya van en cabeza el «Zurdo» y Federico Mallavia, pero se les va aproximando Maza y «Forín», llegando a formarse, por la eliminación de Sarón, el lote de los ocho jugadores que se enfrentarán en los cuartos de final. Son éstos: «Zurdo», Federico y «Forín» Mallavia, Ángel Maza, Gándara, Marcos Maza, Ovejero y «Tuto». Éste pierde, incomprensiblemente, su buena colocación, pues faltándole seis bolos con tres bolas, y entre ellas una siega, hizo con ésta tres y con las otras uno y cero. Para las semifinales quedaron Federico, con 356 bolos; Ángel Maza, con 346; «Zurdo», con 345, y «Forín», muy bajo, con 329. Juegan, por un lado, Federico y Maza, sacando éste un emboque, lo que le permite rebajar la ventaja de diez bolos que le llevaba el torrelaveguense y enviándole a ganar a quince, que no hace. Tenemos, por tanto, a Maza finalista. Para hallar al otro, luchan «Forín» y el «Zurdo». La partida es clara para Rogelio, pero éste no puede olvidar que Federico puede volver a verse frente a Maza si él no supera su bolada. Tiene «Ico» 110 bolos y el «Zurdo», en un gran partido, llega a los 116. La final entre Maza y el «Zurdo», es justa. Los dos han sido campeones regionales bien merecidos. Maza revalidó su título en este partido emocionante, haciendo 575 bolos por 560 del «Zurdo»; 454, Federico; 417, «Forín»; 327, Gándara; 318, Antonio Gómez, «el pasiego»; 312, Ovejero, que además quedaron clasificados para acudir al Campeonato de España. Coincidiendo con estos partidos se jugó el campeonato de segunda categoría, participando treinta jugadores de toda la provincia y salió vencedor Ángel Soberón, con 556 bolos, y otorgándosele el título de campeón. Hipólito Villalba, hizo 511; Rogelio Ruiz, 416; Celestino Lavín, 389, que obtuvieron los títulos en las boleras que el buen sacerdote don Daniel García había formado en San Martín.

Fuéronse los vencedores de primera categoría a Madrid, para disputarse el Campeonato de España, y en el mes de octubre, Ángel Maza, con sus cuarenta y cinco años, revalidó sus dos títulos, de campeón provincial de 1943 y de 1944, al hacerse proclamar campeón de España de 1944, con 527 bolos, ganando la Copa del Generalísimo. Trofeo merecido, digno remate a una vida deportiva, que Dios quiso que pronto se agotara. Poco le duró al pobre su triunfo. Meses después moría, con hartos dolores de todos los montañeses, fueran o no aficionados, pero todos conocedores de esta gran figura nacional deportiva. Con él triunfaron en Madrid Federico Mallavia, con 508 bolos; «Forín», con 394; José Pérez, de Madrid, con 393; Gándara, con 297; Ovejero, con 292; Luis González (Asturias), con 287, y el «Zurdo», con 279.

En La Carmencita, de Santander, se festeja este triunfo, entregando a Maza la Copa del Ayuntamiento, que ha ganado por ser campeón provincial y una placa donde se hacía constar las fechas en que había ganado, este año 1944, los dos títulos, provincial y nacional. Y al recogerla, aquel cuerpo encorbado, que físicamente era la negación del atleta, enseñaba con su modestia, toda una lección de constancia y vocación por el deporte montañés. Que a éste le amó locamente, Maza.

NUEVOS CAMPEONES DE ESPAÑA

Aquella buena obra de Eusebio Vélez, sembrando por la provincia la disciplina federativa, a través de las «peñas» bolísticas, el mismo campeonato del año 1944, fueron estimados en su justo valor en la Federación Nacional, que le otorgó el Emboque de Oro del año, acompañándole, en tal merced, el veterano jugador Tomás Varillas, a quien se le concedió el de Plara. Condecoraciones bien ganadas.

Si estas noticias causaron alegría en la provincia, no sucedió lo propio cuando se conoció la muerte de aquel excelente jugador, que tanto brilló en los concursos por su maestría y su característica sencillez, de Serafín Presmanes, que en el mes de abril de 1945 dejaba este mundo.

Pero a esta gran pérdida la sucede la salida a la palestra, con gran personalidad, de un muchachillo de dieciocho años, que hace su presentación oficial acompañado de su tío, el «Zurdo de Bielva». Es Miguel Ángel González, a quien ya se le ha puesto un nombre de guerra, «Rilo», que lo esgrime en Sarón para batir poderosamente la marca que ostentaba el que había ya sido campeón de España, Joaquín Salas. De cómo debutó con tal hazaña, son las líneas que siguen, trazadas por la pluma inteligente del famoso crítico de *El Diario Montañés*, «Estacazo». Dijo así:

«Hete aquí que el domingo se presentó en Sarón con un «chavalín» de dieciocho años, con sonrisa inocente, mirada tímida, pero lleno de optimismo, al que presentó como sobrino suyo. Tío y sobrino se ponen a participar en el concurso en el intento de batir la marca que ostentaba Joaquín Salas. Desde el primer momento los cientos de espectadores que se encontraban en la bolera fijan su mirada en el «chavalín», al

que ven hacer jugadas de indudable mérito. Una tras otra, el «novel» se impone y nada le intimida, sino por el contrario, cada vez con más firmeza logra encajar «tres emboques» de primerísima factura, así como una gran «carpanchada» de bolos.

»Y llegan las últimas tiradas, y el público se impacienta, se pone en pie lleno del mayor nerviosismo y con gran silencio y atención—porque cualquier equivocación puede ser fatal—, hasta llega la última bola, que le faltaban tres para batir el *record* el chaval, con su gran serenidad, fija su puntería y ¡zás!, logra los tres bolos, y con ello arrebató una marca de 130 bolos, casi insuperable, y el primer puesto del concurso al que ha sido dos veces campeón de España: Joaquín Salas.»

Esto ocurría el día 18 de mayo de 1945, el mismo día que se inauguraban oficialmente las boleras de Las Fraguas, bajo la dirección de la Peña Bolística «El Carmen», de Iguña, que presidía el párroco de Las Fraguas, don Manuel San Miguel, y que gracias a la generosidad que la Marquesa de la Henestrosa había tenido, podían inaugurar las boleras, esplendidez que rubricó esta dama cuando las autoridades federativas fueron a darla las gracias por sus donativos, haciendo otro consistente en mandar construir, por su cuenta, una bolera contigua a la escuela, para que los niños practicasen este deporte. Este mismo día se jugó en Las Fraguas, como partido de inauguración, un desafío entre las partidas de Gándara-Mallavia y la de «Finín»-Maza, que fué ganado por la primera.

Por toda la provincia se verifican concursos, se liquidan desafíos y en Santander, en La Carmencita, por el mes de julio y organizado por los contertulios del Café Boulevard, se juega un torneo, que es un triunfo clamoroso de Salas, seguido por «Finín». Es la entrada, el aperitivo que la afición toma para pasar de lleno al concurso que se juega en la Feria de Muestras y le patrocina el Ayuntamiento de Santander. Cuando este concurso empieza, Ángel Maza sale para la Sierra de Gredos, donde tiene el encargo de hacer una bolera para el Parador del Turismo. Antes de hacerlo, en compañía del «Zurdo de Bielsa» deja ventilada su buena clasificación en el campeonato por parejas. En las eliminatorias ha destacado «Marquines» Maza, un sobrino de Ángel Maza, que hizo la tirada mayor de la temporada con 149 bolos. Por parejas, se juegan las eliminatorias con estos resultados: Maza-«Zurdo», 462 bolos; «Marquines» Maza y Modesto Macías, 441; Gándara-«Ico», 426; José Sámano-Leonardo Real, 414; Rogelio Ruiz-Adrián Pérez, 412; Salas-Imaz, 411. Quedaron clasificados los cuatro primeros, y de éstos fueron eliminados en las semifinales, «Marquines» Maza-Macías, Sámano-Real, Rogelio-Pérez, Salas-Imaz. Y el día 5 de agosto, cuando ya Ángel Maza se había proclamado ganador individual con 257 bolos, se verifica la gran final de las parejas. Son contendientes Maza-«Zurdo» contra Gándara-«Ico». Dos rivales muy igualados aquella temporada, veteranos todos en estas lides, con historia propia y gloriosa cada uno. Hay, ante ellos, cuatro mil espectadores que, impacientes y emocionados, van viendo las alternativas que ofrecen las partidas jugadas. Comienzan Gándara-«Ico», con ventaja, llegando a sacar hasta cincuenta bolos. El juego a estilo de concurso, aunque la ventaja queda disminuída, es íntegro de los torrelaveguenses, habiéndoles contado 220 bolos para Gándara-«Ico» y 204 para Maza-«Zurdo». Se entra a jugar al estilo libre. Maza-«Zurdo» hacen, en la primera

tirada, 27 bolos, y Gándara-«Ico», 33. En la segunda, los primeros mandan a ganar a 18. Es cortísima la bolada, pero se dió lo incomprensible, lo que nadie podía esperar, a juzgar cómo se desarrollaba el tanteo: «Ico»-Gándara subieron seis bolos y al birlar Gándara la primera bola tira cinco. Les faltan, pues, solamente siete bolos y les quedan cinco bolas por lanzar. Tal desconcierto se apoderó de ellos, que sólo pudieron igualar a bolos. Vuelven a tirar para desempatar y les mandan a ganar a 30 bolos, que no hacen Gándara-«Ico». Y así como éstos perdieron la confianza al desaprovechar la oportunidad de ganar el primer «chico», Maza-«Zurdo» se crecieron de tal forma, que ganaron los otros dos y con ellos alcanzaron el legítimo título de campeones del año 1945.

También los de segunda categoría tuvieron su campeonato, quedando en primer lugar Jesús Díaz y José Cobo, de Rubayo; segundos, Valeriano González y Mariano Blanco, de Santander. En tercera categoría, José Luis Ceballos y Celestino Martín, de Torrelavega, fueron campeones, y Emilio Bolado y Manuel Cortázar, de Revilla de Camargo, subcampeones. Individualmente también hubo clasificación de campeones. Aparte Ángel Maza, que lo fué en primera categoría, José Cañada y Aurelio Arce se proclamaron en segunda y tercera, respectivamente.

Ventilado el campeonato del Ayuntamiento de Santander se empieza a jugar el Campeonato Provincial individual de primera y segunda categoría. Se ha estudiado el asunto bien a fondo, pues se hacen las eliminatorias atendiendo a la situación geográfica de las partidas. Los de la línea del ferrocarril del Norte, desde Renedo a Reinosa, y los de la del Cantábrico, desde Polanco a Unquera, tendrán que hacerlo en la bolera de la Peña Bolística de Torrelavega. En La Carmencita, el resto de la provincia. De las eliminatorias, a dos vueltas, se clasifican dieciséis, que jugaron los octavos; los ocho vencedores, los cuartos; los ganadores de ellos, las semifinales, y los dos vencedores de éstas, la final. Esto por lo que hace referencia a la segunda categoría. La primera categoría se juega toda ella en las boleras de La Carmencita. El programa se cumple a las mil maravillas. Además, tiene un gran aliciente este campeonato, pues los más destacados en las dos clasificaciones, tendrán que volver a jugar mezclados, para lograr los seleccionados que acudirán al Campeonato de España. La proporción es la siguiente: los dieciséis mejor clasificados de primera y los ocho de segunda, juegan a doble vuelta para escoger los siete que, con Ángel Maza, como campeón del año 1944, acudan a Sevilla al campeonato nacional. Y con la normalidad y orden más perfecto, se logra tener estos campeones: «Zurdo de Bielsa», campeón provincial de primera categoría, con 611 bolos en cinco tiradas, con nueve emboques, y José Fernández, campeón de segunda categoría, con 538 bolos. En primera categoría se clasificaron, tras el «Zurdo», Ángel Maza, con 566 en cinco tiradas y tres emboques; «Marquines» Maza, con 431 en cuatro tiradas y cuatro emboques; Emilio Guillén, con 424 en cuatro tiradas; «Foro», con 319 en tres tiradas; Salas, con 312 en tres; «Finín», 309 en tres; Cabello, con 296 en tres, y F. Castanedo, con 208 en dos tiradas, etc., etc. En la segunda, después de José Fernández, terminaron: Francisco Sánchez, con 516; Luis Echevarría, con 402; Argimiro Ruiz, con 381; Celestino Montes, con

294, etc., etc. Logrados felizmente estos campeones y seleccionados, los jugadores empiezan, en las boleras de Sarón, a jugar las partidas para buscar los siete que, con Ángel Maza, habían de acudir al certamen nacional de Andalucía. El día 30 de septiembre se empieza. En esta primera vuelta iban en cabeza Salas, Maza, Ovejero, «Finín», «Zurdo», Izquierdo, «Marquines» Maza, etc. En el segundo día, al darse la segunda vuelta, se obtiene, como total, este resultado: Alberto Cabello, 214 bolos; «Finín», 213; «Zurdo», 211; Salas, 211; «Rilo», 203; «Marquines» Maza, 203, y Francisco Sánchez, 202. Quedan, por tanto, eliminados, Luis Antonio Martínez, con 201; Isidro Maza, con 196; Ramón Mallavia, con 191; Manuel Arce, con 190; Ángel Cobo Zamanillo, con 190; Manuel Leñero, con 184; Federico Castanedo, con 179; Ángel Izquierdo, con 175, y Félix Ovejero, con 167.

Este año 1945, de gran esplendor en el deporte de bolos, se cierra con un acto cordial y entusiasta verificado en las boleras de La Carmencita, el 28 de octubre, y en el que la afición en masa rinde homenaje de gratitud al presidente federativo regional, Eusebio Vélez, por sus trabajos, su pericia y tacto al frente del Organismo y aprovechando que se le hace entrega solemne del Emboque de Oro, la máxima condecoración que la Nacional ofrece a sus más destacados miembros. El acto consiste en la entrega, por su antecesor en el cargo, Fernando Quintanal, de un álbum que le dedica la afición junto con el Emboque. Hay un ágape modesto, se entregan las copas a los vencedores de los campeonatos de primera y segunda categoría, el veterano y entendido aficionado Telesforo Gómez impone a Vélez el Emboque. Quintanal y «Estacazo» elogian cumplidamente la actuación del homenajeado y éste, sencillamente, da las gracias a todos. Por la tarde de este día, los asistentes esperaban que las primeras figuras bolísticas jugaran unos partidos, pero la lluvia lo impide.

Cuando los jugadores que iban a salir para Sevilla, por el mes de diciembre de este año 1945, estaban haciendo sus maletas, inesperadamente cae enfermo el campeón Ángel Maza, y días después, el 12 de diciembre, muere, sumiendo a la afición en gran consternación. Su sepelio fué una sentida prueba del afecto que en todos los aficionados se había conquistado. Era la gran figura del año, dispuesto a que el Campeonato de España, que había ganado en la temporada anterior, no se le arrebatara. Dios quiso que así no fuera, y allá, a la vista de la Giralda, juéganse los partidos del Campeonato de España, con la ausencia de Maza flotando en aquel cielo azul purísimo, pero con todo el poderío de la Montaña, que conquistó el campeonato en lucha abierta y franca con Madrid, Asturias y Sevilla. Las pruebas dieron como campeón al compañero de Ángel Maza, al gran «Zurdo de Bielsa», que hizo 542 bolos en un alarde de facultades estupendas, con sus formidables estacazos, dejando bastante rezagados a sus contrarios, que hicieron: «Finín», 506; Benigno Quevedo (Madrid), 396; Salas, 395; Alberto Cabello, 305; Lucas Noriega (Asturias), 304; Miguel Ángel («Rilo»), 288; Raúl Sánchez (Sevilla), 284.

Cuando los jugadores montañeses se reintegran a sus lares, ya se habla en Santander de una expedición a Méjico. Por aquí anda un montañés establecido en tierras americanas. Es Nicolás Fernández Cuetara, nacido en el valle de

Liébana y a la sazón industrial en Méjico. Él empieza a parlamentar con los federativos regionales. Y parece que se entienden bien. Está la afición y los jugadores en el momento oportuno para exhibirse fuera de España y levantar en tierras de Cuba y Méjico la afición entre el núcleo enorme que forman las colonias montañesas desparramadas por el Nuevo Mundo. Hay plétora de jugadores, pues se ha logrado tener este año 1945, federados 415, contando, para adiestrarse con cuarenta y tres boleras reconocidas oficialmente por la Federación; se han jugado treinta y cuatro competiciones, más las de los Clubs, y se han repartido de premios 52.000 pesetas, sesenta y siete trofeos, más los que han donado los Clubs en sus torneos particulares. Es decir, que se había hecho una gran campaña y se estaba logrando disciplinar a todos los elementos que intervienen en juego. Y sobre todo, que había una gran unión formada en torno de la Directiva federativa. Habíase logrado lo que hacía lustros se pretendió inútilmente. Era para estar contentos. Y para que *Emboque*, el órgano oficial en la prensa, el bien escrito y ameno periódico de los bolistas, ocupara todas sus planas en alabanzas de los federativos y del deporte de los bolos. Le sobraba razón para ello.

EL CISMA

El campo montañés está en pleno auge. Las mozucas, que habían olvidado en sus viejos arcones los pañuelos rameados de sus abuelas, vuelven por las calles de Santander a imitar a las señoritas, que se preservan del viento sur con pañuelos de seda que recuerdan los de antaño. Los mozos acuden semanalmente a ver al «Santander», en los Campos de Sport, enfundados en sus gabardinas y fumando tabaco rubio. El vejete que se pasaba las tardes de primeros de siglo viendo jugar a los bolos en el corro de su pueblo, hoy se desplaza a Santander para contemplar las novedades del «No-Do». Las viejecitas, que en el soportal de la escuela, después del santo rosario dominguero, jugaban una partida a la brisca, también les pica la curiosidad de pasar la tarde en la ciudad. Y es que hay plétora de dinero entre los labradores santanderinos, que han llegado a cobrar, en el año 1945, la suma de sesenta y dos millones de pesetas por las reses vendidas en la feria de Torrelavega.

El cambio sufrido en el campo, ha desfigurado un poco el típico ambiente de los bolos, engendrado y cultivado con esmero, lustros y siglos, por el hombre de la aldea. Pero éste ha sido el que más se ha indignado cuando se enteró de que la Nacional no respondía a la correspondencia que le enviaba la Regional, hasta tal punto que ésta había dimitido sus cargos. No se encontraban sustitutos, y para lograrlo se dió la noticia a Santander, por el mes de abril de 1946, ordenando que no tenga valor el estacazo. Entonces surgió el cisma entre la Nacional y la afición. No andaban éstas muy bien en sus relaciones desde la última temporada en que desde Madrid no se entregaban los trofeos del último campeonato nacional, que los dirigentes santanderinos, recogiendo las quejas de los vencedores, habían reclamado. La modificación introducida en el Reglamento, suprimiendo el estacazo, fué la chispa que prendió el fuego de la lucha,

viéndose en peligro la disciplina del organismo rector de la Montaña y comprendiendo que se iba a una división, porque saldrían inmediatamente las polémicas entre los partidarios de una y otra solución, que estaban aletargados. A esta actitud dimitiendo sus cargos los federativos, fué seguida la solidaridad de todos los Clubs o «peñas» más importantes, y, por consiguiente, la adhesión de lo más florido de los jugadores. Y como se había pronosticado, empezó la polémica en la prensa y con ella las dimisiones colectivas de los Clubs, siguiendo el ejemplo de «Peñas Arriba», que fué quien rompió marcha. El clarinazo dado por estos Clubs, no fué escuchado en Madrid como un síntoma de unión de jugadores y «peñas» con el organismo federativo, y para reemplazar al Comité Directivo se hicieron tanteos, buscando gente que en Torrelavega se encargaran de la dirección de este deporte montañés. Mas como en los primeros intentos no fueron secundados, se dejó en silencio la sustitución, mientras que la polémica en la prensa iba mostrando, cada vez más firme, la solidaridad de todo el elemento bolístico. La Peña de Bielva, con esa admirable lógica que emplea en sus bien escritos artículos, descubre que las reformas sobre el estacazo se han hecho repentinamente, cuando el cisma se veía ya en lontananza y para ganarse el sector de Torrelavega, que siempre fué contraria a la modificación de esta jugada, o sea, a la implantación del estacazo válido. Al anularle—según la «Peña» aludida—se pensó en dar «una dedada de miel, como un cebo a la pasión posponiendo el consejo de la experiencia del deporte al éxito arquitectónico de una endeble armazón orgánica». Y esta misma «Peña», al estudiar el problema planteado bajo el prisma de un pleito entre jerarquías, es decir, entre la Nacional y la Regional, rompe una lanza en favor de ésta y apunta a la permanencia en los puestos contra viento y marea, con estas sustanciosas palabras: «pero la autoridad y el poder son patrimonio de la colectividad y han de ejercerse para satisfacción de la misma o resignarse rápidamente». Todavía remachó más el clavo, inclinándose francamente por la Regional esta notable entidad, cuando afirmó, que «sí es lícito secundar con el mayor afecto a las organizaciones locales o celulares de la provincia, que con motivo de la dimisión colectiva de la Federación Cantabria, le imparten su absoluta adhesión moral, guiadas por el conocimiento de la fructífera gestión realizada, no sólo en el ámbito provincial, sino más allá».

Pero esta nota llena de sentimientos y de afectos generalizados entre la afición montañesa, debió influir notablemente en el ánimo de la Nacional, por cuanto su presidente, «Tito» Gorordo, se creyó en el caso de enviar una carta abierta a la Peña de Bielva, en la que reconoce que los dirigentes regionales no han sido relevados, sino que se había admitido su dimisión, a pesar de estar la Nacional satisfecha de su gestión, pero les culpa de haber querido traer a la Montaña la Nacional y de hacer obstrucción encaminada a que no se encuentren personas que se hagan cargo de regir el deporte bolístico en la Montaña. Alude a la dimisión que presentó junto con sus compañeros, que no fué admitida por el Consejo Nacional y anuncia que se ha nombrado un delegado especial para que reorganice la Federación Regional.

Y claro está, a esta carta siguió otra del presidente regional Eusebio Vélez,

quien explica la postura de todos los directivos de la Montaña, nacida de la falta de contestación que han tenido las cartas enviadas a Madrid, el no haberse remitido las licencias y en los obstáculos que se pusieron hasta lograr, por la visita que estos federativos hicieron a Madrid, que se pudiera montar el Campeonato de España de 1945 en Sevilla. Establece dos tratos distintos guardados por la Nacional: anterior a 1945, que fué una actuación admirable, y la que arranca de esta fecha hasta el momento actual, de la que se ha discrepado, por ser abúlica y perjudicial para el deporte.

También se creyó aludido el ex presidente regional, Fernando Quintanal, el que hace saber que cuando fué requerido para intervenir y dar solución al estado actual, advirtió que no lo hacía para que no se entendiera que estaba disconforme con la gestión de Vélez y sus compañeros, cuando lo cierto era que la suscribía, pero que se creía en la obligación de anunciarle al presidente nacional que los federativos montañeses habían tenido la asistencia de la afición, y aunque deja al buen criterio de Gorordo el aclarar otros extremos de la carta que le envió, si estima que deben hacerse públicos, debió haberle insinuado la necesidad de que dimitiera, como se deduce de sus últimas palabras, en las que señalando a «Tito», le dice que «personalmente adopte una resolución que ponga término a las presentes dificultades».

Vino después a empeorar el asunto otra determinación de la Federación Española sobre la marcha de jugadores montañeses a Méjico. Estaban éstos persuadidos de que la excursión se realizaría, porque en Santander se había recibido un cable aceptando las condiciones que la Federación Regional había enviado a Méjico por conducto del señor Fernández Cuetara y que copiadas literalmente del documento que se entregó a este señor eran las siguientes:

«Don Bernardo González López, secretario general de la Federación Regional Cantabria de Bolos, de la que es presidente don Eusebio Vélez Mier. Certifica: Que según consta en acta de la Junta directiva celebrada por esta Federación el día 23 del actual, a fin de estudiar la propuesta hecha por don Nicolás Fernández, sobre posible desplazamiento de jugadores de bolos a Méjico, se tomaron los siguientes acuerdos:

»Primero: Exigir garantía de pasaje de ida y vuelta, para los jugadores, por un tiempo de uno a tres meses, incluyendo los viajes de locomoción que se originen.

»Segundo: Abonar a los familiares de cada jugador la cantidad de 1.500 pesetas por mes, en concepto de dietas, mientras éstos permanezcan ausentes.

»Tercero: Pago de los gastos de hospedaje, acomodados éstos a la clase de personas, y abono de una cantidad prudencial a cada jugador para gastos particulares, durante su estancia en Méjico.

»Cuarto: Seguro de accidentes, desde el lugar de partida hasta el regreso.

»Quinto: Los jugadores, sea cualquiera el número, serán acompañados de un delegado de esta Federación, que se desplazará en las mismas condiciones.

»Nota: Esta propuesta no tiene el alcance de compromiso definitivo, y si, solamente, la sugerencia en propuesta a las condiciones que pudieran llegarse a formalizar, una vez fueran aprobadas por las partes interesadas.

»Santander, 24 de diciembre de 1945.—Federación Cantabria de Bolos.—Bernardo González, secretario; visto bueno, el presidente, Eusebio Vélez.» (Firmado y sellado.)

Recibido el cable con la aceptación de estas bases, la Regional estaba dimitiendo, por lo que ésta no pudo comenzar a realizar las oportunas gestiones en

Madrid, para que se concediera la debida autorización. Mas la Nacional se apresuró a poner el asunto en conocimiento del Consejo Nacional, quien insertó la siguiente nota:

«El Comité directivo de la Delegación Nacional de Deportes hace la pública aclaración, con respecto a una información publicada referente a un supuesto viaje a Méjico de jugadores de bolos, de que ninguna Federación Regional está autorizada para entablar negociaciones sobre competiciones de carácter internacional ni para establecer contratos a ella referentes.

»Únicamente las Federaciones Españolas, con la aprobación de esta Delegación, son los organismos competentes para autorizar la participación de los deportistas españoles en las pruebas internacionales.

»La Federación Española de Bolos no ha autorizado ninguna negociación referente a la salida a Méjico de jugadores de este deporte, ni a la Delegación Nacional de Deportes ha llegado petición alguna en este sentido. Carece, pues, de validez cualquier gestión realizada a este fin.»

Esta nota unió más a los jugadores con los directivos y acabó de inclinar a favor de ellos a toda la afición, dándose el caso curioso, único en la historia deportiva de la Montaña, de que una bella, Angelines González Álvarez, acudiera a la prensa, para en nombre de todas las mujeres que acuden a las boleras, pidiera que unos hombres de buena voluntad fueran a Madrid y trajeran a Santander la Federación Nacional, dejando en la capital de España un delegado y entregando la dirección de la Regional a Torrelavega, formando el Comité por aficionados de esta ciudad, Santander y Los Corrales. Únicamente discrepan «Cascabelet», en el que los maliciosos creen descubrir la pluma del presidente nacional, Gorordo, que desde las columnas de *Alerta* defiende a éste, y Julio Cueto, en *Informaciones*, que mesuradamente sostiene sus puntos de vista.

No corta la polémica, ni trae la paz, la llegada de Ceferino San Martín, quien por su calidad de presidente de la Regional de Asturias, le ha confiado la Española la dura misión de buscar federativos para Santander. O no recibió las asistencias debidas, o no tuvo fortuna al hacer los nombramientos. Los hombres, todos excelentes personas, algunos con experiencia federativa en deportes o dirigentes de Clubs otros, llegaron a sus puestos con un gran lastre. La afición a los bolos no los conocían, les faltaba solera, crédito de inteligentes en la materia que habían de moldear, posición ganada en las propias boleras. El 20 de mayo de este año 1946 se despiden los salientes de los aficionados y agradecen a jugadores, prensa y afición, el apoyo recibido. Días después, San Martín da posesión a los nuevos elegidos, distribuyéndose los cargos así: presidente, Arnaldo de la Llama; vicepresidente, Ramiro Blanco; secretario, Julio Torón; tesorero, Juan Ortiz Angulo; vocales: Viriato Camus, José Luis Aguilera y Emilio Sánchez. Empiezan a trabajar, pero están solos. El día 7 de julio se dirigen a las «peñas» y les dan un plazo de diez días para que legalicen su situación, advirtiéndoles que quien no lo haga, deberá abstenerse de toda actividad. No da resultado esta determinación. Las «peñas» se escudan en Educación y Descanso, y con ella empiezan a organizar concursos. Los jugadores no toman sus licencias, ni escuchan las llamadas de los federativos. La paz no puede reinar. Y lo que es peor, la Federación no tiene poder para estrangular el cisma. En los con-

curso de productores están presentes Salas y Jesús Alonso, que ganan el de San Martín; en el que se monta en Villaverde de Pontones, ganan Antonio Gómez, el famoso pasiego, y José María Concha; en Renedo, Salas gana la copa del Jefe Provincial de Educación y Descanso, y en las parejas, triunfan «Finín» y «Tuto». Coincide con estos concursos, el que organizaba el Ayuntamiento de Santander en la Feria de Muestras, que estaba bajo la dirección de la Regional, y en donde la ausencia de las grandes figuras se hizo patente. Terminó éste con el siguiente cuadro de clasificación:

Primera categoría: primero, J. Antonio Gándara-Florencio Gutiérrez, 211 y 196, con un total de 407 bolos. Segundo, Manuel Gándara-Federico Mallavia, 197 y 185, total, 382 bolos. Tercero, Gabino Revuelta-Ramón Mallavia, 164 bolos. Cuarto, J. Montoya-Rogelio Ruiz, 155 bolos. Quinto, Miguel del Río-Cipriano Sotero, 162 bolos. Sexto, Luciano Ruiz-Norberto Cabello, 162 bolos. Estas últimas parejas, aún habiendo hecho más bolos que las dos precedentes, se han clasificado para estos puestos por no puntuar en los cuatro primeros.

Segunda categoría: Primer premio, Celestino Cuartas-Joaquín Castañera, con 428 bolos. Segundo, Julián Marcano-Emilio Gutiérrez, con 357. Tercero, Braulio Llama-Jacinto Llama, con 181. Cuarto, Enrique Fernández-Ramón Rivero, con 175. Los premios quinto y sexto, disputados por separado, les ha correspondido a las parejas de Ramón Portilla-Calixto Arce y Jesús Díaz-José Cobo, respectivamente.

Tercera categoría: Primero, Aquilino Martínez-Vicente Collantes, con 394. Segundo, Ramón Villanueva-José Martínez, con 374. Tercero, José Martínez Saiz-Ángel Cagigas, con 162. Cuarto, Ramiro Casar-Enrique Bedia, con 159.

Ni la Regional, ni la afición, ni la prensa, quedó satisfecha de este concurso. La batalla seguía en pie. Hasta el «Zurdo de Bielva», que estaba enfermo, salió a la trinchera, para decirle al enemigo que si hubiera estado sano tampoco hubiera jugado en los concursos oficiales. Rogelio, en esta ocasión, también empleó el estacazo.

CAMPEONATOS CON AUSENCIAS DE «ASES»

Seguían los certámenes por la provincia. Desde la calle de San Francisco, número 33, donde estaba instalada la Federación Cantabria, se estudiaba la manera de hacer entrar en el organismo federativo a la masa de jugadores y de Clubs que se habían separado de ella, y a sus espaldas, sin hacer caso de sus acuerdos, tenían plena libertad para actuar. Y en vez de buscar una atracción cordial, que no les debió ser propicia a los directivos de la Regional, por el espíritu que reinaba entre los más destacados jugadores, que seguían fieles a los ex directivos, se hizo un alarde de energía, tomando acuerdos que no dieron el resultado apetecido. Fueron éstos amparados en las atribuciones que a las Regionales confiere el Reglamento de la Federación Española de Bolos. Todos ellos eran perfectamente legales, ajustados a la doctrina federativa y por eso se

pudo decretar que todos los concursos que se organizaran debían ser autorizados por la Regional, como trámite previo y obligado para obtener el permiso de la autoridad competente, debiendo, además, los jugadores y boleras, tener las licencias al día.

Tampoco esta medida surtió efecto, y ya en pleno verano, el día 12 de agosto, se hace público otros acuerdos más duros. Por ellos se declaraba fuera de la Ley a las «peñas» que no enviaran su reglamento, teniendo que liquidarse y enviar sus fondos y enseres al Gobernador Civil. Es decir, que o se sometían al organismo federativo, o se las disolvía. Además se declaraba en rebeldía a todos los jugadores que habiendo estado federados el año anterior no lo habían hecho en este de 1946, prohibiéndoles jugar, advirtiéndoles que se enviaba nota al Gobernador Civil para que en todas las boleras de la provincia se pudiera cumplir la suspensión que se dictaba. También se enviaba nota al Gobernador de las boleras que estando la temporada pasada federadas, en la que corría no lo habían realizado, con el fin de que fueran clausuradas. Y luego venían las sanciones siguientes: a los jugadores declarados en rebeldía, como castigo, el pago del triple de su cuota de federado. A las boleras, estas multas: A Rasilla, de Los Corrales, 150 pesetas; La Maja, de Renedo, 250; al Casino de Sarón, 150; a La Carmencita, 50; a Miera, 50; a San Martín, 50; a Moisés Peláez, de Quedo, 375.

Si con estos enérgicos acuerdos se pretendió que los jugadores se propusieran un arrepentimiento, la equivocación fué grande. El Campeonato Provincial, organizado, como es natural, por la Regional, enseñó con sus resultados, que los jugadores de talla, salvo la facción de Torrelavega, estuvo ausente de la gran prueba anual. En dos categorías se jugó el campeonato. En segunda se empezó jugando en las boleras de la Peña Bolística «Telesforo Mallavia», de Torrelavega. La primera eliminatoria dió este resultado:

José María Fernández, 102 bolos; Calixto Arce, 100; Ramón Rivera, 99; Celestino Cuartas, 98; Jesús Bejerano, 98; Jacinto Llama, 96; Francisco Navarro, 94; Ricardo Concha, 93; Joaquín Herrera, 91; Joaquín Castañera, 90; Braulio Llama, 89; Luis Hernández, 88; Enrique Fernández, 86; Julián Marcano, 85; Ramón Portilla, 83; Norberto López, 80; Luciano Lebaniegos, 77; Nicolás Anievas, 73; José Cadelo, 73, y Agustín Llata, 67.

Los octavos y los cuartos de final, dieron éste:

Primero, Ramón Rivera, 239 bolos; segundo, Celestino Cuartas, 234; tercero, Joaquín Castañera, 220; cuarto, Braulio Llama, 213. A continuación, Jesús Bejerano, con 212; Joaquín Herrera, 206; Calixto Arce, 202, y José María Fernández, 176.

Al jugarse las semifinales, se produjo un empate. Quedó en primer lugar, y, por tanto, finalista, Celestino Cuartas, con 345 bolos. Para hallar el otro, fué preciso que desempataran Ramón Rivera y Braulio Llama, que hicieron 331. Jugóse el partido y dió por vencedor al segundo, que en la final, luchando con Cuartas, no pudo vencerle. Hizo éste 444 bolos y Llama, 431. Fué, por tanto, campeón de segunda, Celestino Cuartas, y subcampeón, Braulio Llama.

En primera categoría se jugaron eliminatorias en Torrelavega y en San-

tander. Sumados los resultados de una y otra prueba, se llegó a esta clasificación:

Norberto Cabello, 232 bolos; Ramón Mallavia, 232; Florencio Gutiérrez, 224; Rogelio Ruiz, 220; Manuel Gándara, 215; Gabino Revuelta, 213; Federico Mallavia, 210; Luciano Ruiz, 208; Cipriano Sotero, 204; Luis Noceda, 204; Calixto García, 204; Valeriano González, 199; Miguel del Río, 198; Telesforo Mallavia, 195; José Bedia, 195, y José A. Gándara, 194.

Y se proclama campeón de primera categoría en la región, Federico Mallavia, título que ostentará durante el año 1946. En sus distintas actuaciones en este torneo provincial, hizo un promedio de 119 bolos y en sus cuatro tiradas logró 476. Como subcampeón se clasificó Luciano Ruiz, con 468. A continuación se clasificaron: Florencio Gutiérrez, 352 en tres tiradas; Calixto García, 335; el «Mozo de Campuzano», 225 en dos tiradas; José A. Gándara, 218; José Bedia, 211, y Valeriano González, 203.

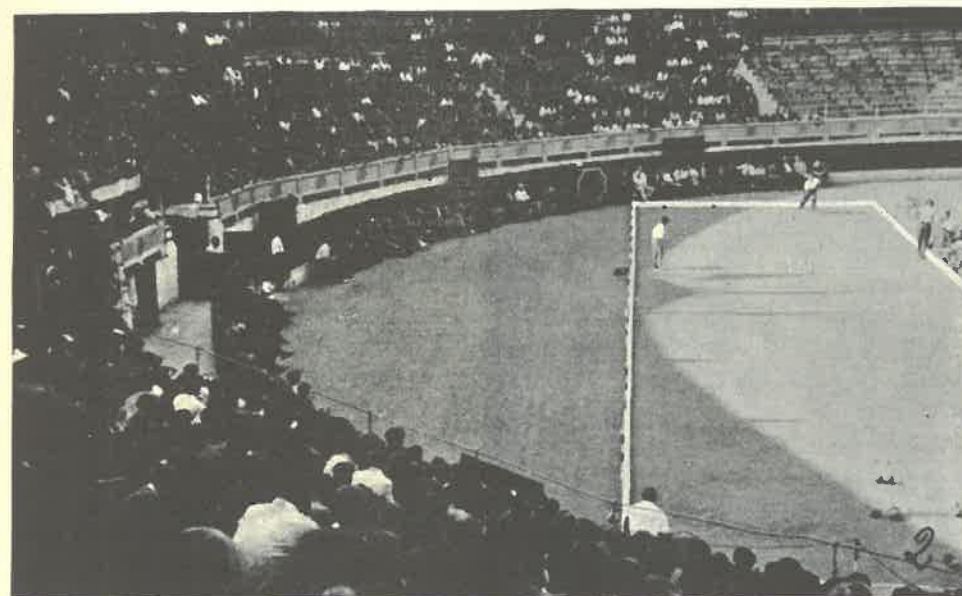
Como final de estos partidos se jugaron otros para buscar a los seis jugadores que habían de desplazarse a competir en el Campeonato de España. Resultaron seleccionados «Ico» Mallavia, Luciano Ruiz, es decir, campeón y subcampeón; «Mozo de Campuzano», Florencio Gutiérrez, Calixto García y J. A. Gándara.

Y allá, a la villa de Jovellanos, se fueron a luchar en la gran prueba nacional, logrando, con 530 bolos, ser campeón de España de 1946, Luciano Ruiz, de Torrelavega, quedando Gabino Revuelta, «Mozo de Campuzano», segundo, con 490, y luego Lucas Noriega, uno de los «ases» asturianos, con 400; después «Ico», con 397, y Florentino Gutiérrez, con 396.

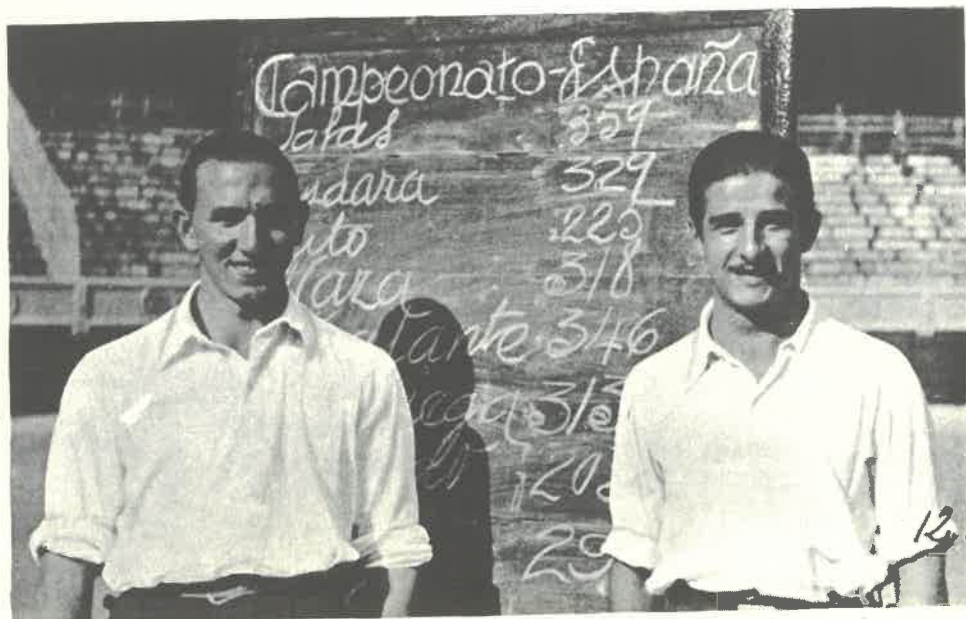
Mal año para los bolos este finado 1946. En sus postrimerías se continuó el fuego, pero ya más lentamente. La prensa, durante el invierno, calló. En Madrid se empezó a pensar que sólo había una solución al problema. Dar satisfacción a los jugadores y aficionados que unidos, salvo raras excepciones, no encontraban perfecta la Directiva nacional. Su cabeza visible estaba en pugna con ellos. Era muy doloroso, porque había un poco de ingratitud para el hombre que había hecho una parte importante de la Nacional. Pero los tiempos cambian, los hombres nos equivocamos y torcemos el rumbo de nuestra vida. La Nacional, para los aficionados de la provincia, no era la de antes. Según ellos, la habían cambiado de rumbo. Y para enderezarle pedían un nuevo piloto. Quiso Dios que el feliz hallazgo se diera en la persona de don Alfonso Peña, el gran protector de Santander, a quien se ha nombrado presidente de la Nacional. Ahora habrá paz, y que sea duradera.



He ahí una partida de bolos, con todo el rancio costumbrismo de los años felices, en que este juego era la única y más pura distracción de nuestros hombres de campo.



En la Plaza de Toros, de Santander, convertida en bolera, inaugura España sus campeonatos nacionales de bolos.



Joaquín Salas y Escalante en la bolera de la Plaza de Toros, de Santander, durante la celebración del Campeonato de España, ganada por el primero de los citados.



Maza, iniciando, desde el tiro, el lanzamiento de la bola, que Dios sabe, si al caer al suelo, malogrará la jugada o en su recorrido logrará el codiciado emboque.



En el salón rojo, la «Cuerda Royalty» entrega los trofeos de los Campeonatos de la Montaña.



Maza, campeón de España, título ganado en pago de una afición imponderable que le siguió hasta su muerte.



Rufino Igareda, «Finín», recibiendo de manos del Presidente de la Federación Regional la copa de campeón individual.



«Finín» Igareda, Ángel Maza, Modesto Macías y Federico Mallavia en las finales del campeonato de Primavera en Madrid.



Rufino Igareda, con su estilo insuperable.

BOXEO

Jack Johnson en Santander.—Academia Saider.—Peña Pugilista Cantabria.—Amador Rodríguez.—Buena época.—Una impresión muy breve.—De Bárcena a Machín.—Riskó, Nistal y Rodolfo.—Raúl Bretónel.—A falta del ídolo.